SOFÍA BLAKE

ASESINATO EN ALTEA

UN COZY MYSTERY



Asesinato en Altea

Un cozy mystery

Sofía Blake

© 2025 Sofía Blake

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en un sistema de recuperación, su transmisión por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo y por escrito de la autora, excepto en el caso de breves citas utilizadas en reseñas o artículos críticos.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con eventos reales, es pura coincidencia.

Primera edición en español

ISBN: 9798319458919

Imprenta independiente.

Contacto: sofia.blake.books@gmail.com

Publicado por Velvet Crime Press



1

LUCÍA SANTOS NO SABÍA si aquella frase sobre la posadera era una genialidad... o una confesión velada.

Repasó una vez más las notas que había esparcido por la mesa de la pequeña sala de estar. Eran apuntes desordenados, repletos de ideas sueltas para la novela policíaca con la que soñaba desde hacía tiempo. Entre esos folios se mezclaban trazos de escenarios costeros, nombres ficticios e incluso un par de frases inconclusas: "El mar trae los secretos…" o "Nadie sospechaba de la posadera…". Al leerlas, Lucía sonrió. A veces, lo vivido en Tabarca volvía a ella como una ola fría, y hoy, por alguna razón, el mar parecía mirarla de reojo. Hacía apenas un mes, había vivido una experiencia tan real e intensa en la isla que, de cierta manera, superaba cualquier ficción que hubiese imaginado. Aun así, no dejaba de sentir vértigo al pensar que su siguiente aventura literaria podía inspirarse en hechos auténticos.

Sacudió la cabeza para espantar aquella punzada de nostalgia y nervios. Cerró su libreta y se dispuso a llenar la maleta, pues la esperaba una nueva travesía: viajaba a Altea, un precioso pueblo costero en la provincia de Alicante, famoso por su gastronomía y sus galerías de arte. Lucía tenía dos propósitos claros en mente. El primero, más externo, consistía en encontrar inspiración para su ansiada novela. El segundo, íntimo y a la vez más poderoso, radicaba en afianzar su confianza tras los sucesos de Tabarca. Necesitaba demostrarse que no era solo una aficionada que tuvo suerte investigando un crimen, sino alguien capaz de observar, deducir y, por qué no, recrear historias con la fuerza de un buen misterio.

No estaría sola. En esta ocasión, la acompañaba su gran amigo Juan Valdés, columnista de la revista Vanidades, con quien había compartido la aventura en Tabarca. Si Lucía encarnaba la sencillez y la curiosidad investigadora, Juan representaba la sofisticación, la elegancia y, a veces, un puntito de altanería. Siempre vestido con camisas impecables y pantalones planchados, manejaba un sentido del humor algo sarcástico que solía sacar de quicio a Lucía. Sin embargo, por debajo de esa fachada distinguida, Juan poseía un corazón sincero y una lealtad inquebrantable. No había duda de que eran un dúo improbable, pero de algún modo se complementaban a la perfección.

Aquella mañana soleada, Lucía lo vio llegar con su coche —un utilitario de aspecto pulcro— y metió su equipaje en el maletero. Juan, con su porte habitual, llevaba gafas de sol y una camisa beige de lino. Lo miró de reojo:

—¿Listo para otra aventura, señor columnista?

—Listo. Aunque esta vez, si vamos a encontrar un cadáver, al menos que tenga buen gusto.

—Por favor, Juan... ni una paella fría, ni un muerto. ¿Podemos aspirar a eso?

—Bueno, nunca se sabe. Cuando estás tú cerca, parece que las intrigas florecen —bromeó Juan, mientras encendía el motor.

Lucía no se lo tomó a mal. De alguna forma, ella también intuía que la vida gustaba de sorprenderlos. Se acomodó en el asiento, echando una mirada a la libreta que siempre llevaba consigo, donde apuntaba ocurrencias y reflexiones sobre la posibilidad de que, en Altea, hallara ese "no sé qué" para enriquecer su narrativa. El recuerdo de Tabarca seguía ahí, fresco y contradictorio: una experiencia trágica y fascinante a la vez, que había terminado con un crimen esclarecido y un asesino insospechado.

El trayecto transcurrió entre risas, comentarios de Juan sobre la necesidad de describir con detalle cada plato que probaran y las bromas de Lucía, que se mostraba ansiosa por absorber la cultura alicantina. En una de las paradas, compraron algo de comer ligero y conversaron sobre sus objetivos.

Juan, recostado en el respaldo del asiento, soltó con su tono habitual:

—Mi editora me dio carta blanca para cubrir la Feria Gastronómica de Altea. Quiere un reportaje con fotografías de las recetas más representativas y un enfoque elegante, "fino pero accesible" —remarcó con un mohín, repitiendo las instrucciones que le habían dado—. Y eso, si puedo, lo adornaré con apuntes sobre la artesanía

y la belleza de la villa. Tal vez incluya unas pinceladas de la vida nocturna, si la hay.

Lucía asintió con un brillo de complicidad:

—Me alegra que tengas un encargo tan jugoso. Así no dirás que solo vienes porque yo quiero inspirarme. Aunque...

—¿Aunque qué?

Ella sonrió con picardía:

—Aunque sé que parte de ti sí espera algo de aventura. No te hagas el desentendido. Te conozco: en Tabarca, a pesar del peligro, parecías fascinado.

Juan se encogió de hombros, intentando disimular su acuerdo. Efectivamente, la experiencia en la isla lo había marcado. Había sentido el subidón de la adrenalina de resolver un crimen, la satisfacción de desenmascarar a un asesino. Sin embargo, habría preferido no arriesgar la vida de nuevo.

Dos horas después, el paisaje empezó a transformarse: un cielo más diáfano, el mar colándose como un espejo turquesa entre campos y carreteras. Ya se divisaban carteles de "Altea" y Lucía pegó la cara a la ventanilla, maravillada por el contorno de casas blancas que parecía escalar la colina, coronada por la iglesia de cúpula azul. Su corazón se llenó de una calidez extraña. Allí estaba la magia del Mediterráneo, esperándolos con los brazos abiertos.

—Mira, Lucía, ¿ves la línea costera? —comentó Juan, entusiasmado —. Es impresionante. Y según he leído, la gastronomía local es exquisita, con influencias marineras y una tradición de arroces que te hará flipar.

—No me lo digas dos veces. Tengo que probarlo todo —asintió ella —. Necesito empaparme de cada sabor, cada rincón. Sin hablar de la artesanía y las galerías de arte...

Por un segundo, Lucía recordó que en Tabarca apenas se topó con un par de tiendas de suvenires, mientras que Altea, por la fama y la influencia artística, prometía un ambiente más cosmopolita, con gente de todas partes del mundo. Sentía una punzada de curiosidad: ¿encontrarían algún entuerto escondido entre esos artesanos y restauradores? Bueno, ojalá no. Se rió interiormente, pues su instinto literario exigía drama, mientras su parte sensata rogaba calma.

Tras otro cuarto de hora, pasaron por una avenida adornada con palmeras y, de fondo, contemplaron el puerto pesquero. Barcos atracados, redes colgando, gaviotas sobrevolando, y un aire marino que impregnaba cada brizna de viento. Llegaban por fin a Altea. Lucía y Juan se miraron cómplices, sintiendo que el viaje tomaba forma. Al cabo de unos minutos, siguiendo las indicaciones del GPS, aparcaron cerca de un paseo marítimo. Lucía salió del coche, estiró los brazos y respiró hondo. El mar, en su esplendor azul, reflejaba un sol radiante que prometía jornadas inolvidables.

—Bienvenida a Altea, Lucy —dijo Juan, cerrando de un portazo el maletero—. ¿Lista para un capítulo nuevo?

—Listísima. —Ella alzó la barbilla, contemplando la silueta del Casco Antiguo en lo alto, y pensó: "Aquí comienza nuestra próxima historia."

***

Apenas se internaron en las primeras calles, Lucía y Juan sintieron la vida palpitante de Altea. Transeúntes arriba y abajo, algunos turistas con cámaras, vecinos en bici, y la inconfundible fragancia de pescados y arroces que emanaba de varios restaurantes. En las fachadas destacaban rótulos que anunciaban "Arroz a banda," "Fideuà," "Coca de verduras al estilo alteano." Por cada rincón, se destilaba la identidad culinaria de la zona.

—Según mis contactos —comentó Juan—, en un par de días empezará oficialmente la "Feria Gastronómica y Artesanal." Preparan degustaciones, talleres de cocina, y una pequeña subasta de arte local. Suena muy pintoresco.

—¿Una subasta de arte en la feria gastronómica? —preguntó Lucía, algo sorprendida—. Vaya mezcla interesante. Me pregunto si eso se debe a que en Altea hay tantos artistas o gente bohemia.

—Exacto. He leído que muchos artesanos y pintores eligen vivir aquí por la luz, la atmósfera y el ambiente internacional.

Siguieron avanzando hasta llegar a una casa de huéspedes llamada "El Rincón de Teresa," o al menos eso indicaba un letrero de forja a la entrada. Lucía había encontrado el lugar en una breve búsqueda por internet, atraída por el encanto rústico que prometía. Sin embargo, Juan, un poco escéptico al principio, se dejó convencer cuando supo que la casona poseía balcones con vistas al

Mediterráneo y habitaciones decoradas con un aire tradicional, pero con comodidades modernas.

Les recibió una mujer de mediana edad, risueña y amable, que tras las formalidades, les mostró una habitación amplia de dos camas, paredes blancas y techos con vigas de madera. Una pequeña ventana dejaba entrar el sol y regalaba un pedazo de paisaje marino al fondo. Lucía dejó su mochila en la cama, sonriendo al imaginarse sentada junto al ventanuco, anotando ideas para su novela mientras escuchaba las gaviotas. "Esto es perfecto," pensó.

—El desayuno lo servimos abajo —explicó la dueña, con acento propio de la región—. Y estos días tendrán un extra de bullicio por la feria. Ya verán, es una pasada: paellas gigantes, dulces típicos, artesanía. Les encantará.

—Muchas gracias —respondió Lucía, un tanto entusiasmada—. Estamos deseosos de conocerlo todo.

Juan esperó a que la dueña se marchara para comentar:

—Esto es justo lo que *Vanidades* quiere: exotismo mediterráneo, gastronomía, y esa pizca de arte. Aunque me apetece, debo admitirlo, una pizca de tranquilidad. Nada de sustos, por favor.

Ella rio por lo bajo:

—No te preocupes. Seguro que esta vez todo será más calmado que en Tabarca.

Aun así, en su fuero interno, Lucía no dejaba de estremecerse ante la posibilidad de toparse con algún contratiempo turbio. El recuerdo de un crimen real era demasiado reciente. Pero, por otro lado, le empujaba la curiosidad literaria, así que se propuso no pensar en ello. Prefería concentrarse en la comida y el encanto local.

Dejaron las maletas y salieron para dar un primer paseo de reconocimiento. Bajar por la calle que desembocaba en el paseo marítimo les permitió contemplar un amplio panorama del mar, con el puerto al fondo. Varias embarcaciones de pesca, de tamaño modesto, permanecían atracadas, y uno que otro barco de recreo se balanceaba con la marea. Los turistas se repartían por las terrazas degustando helados o bebidas frías. Al fin y al cabo, el calor a mediodía era notable, aunque corría una brisa marina que lo hacía más soportable.

—¿Comemos algo, Lucía? Este lugar es un festín de aromas.

—Pues sí, me muero de hambre. No sé tú, pero me apetece mucho hincarle el diente a un buen arroz o una fideuà.

Caminaron hasta encontrar un restaurante con mesas exteriores, casi pegadas al puerto, llamado "El Anzuelo del Puerto." Tenía un menú diario donde se ofrecía arroz a banda, ensaladas con tomates de la huerta y una variedad de pescados frescos. La suave brisa y el roce de las redes colgadas en la barandilla daban la impresión de estar en un lugar auténtico y nada prefabricado.

Se sentaron, y un camarero jovial les tomó nota. Mientras esperaban, la vista del Mediterráneo ofrecía un par de barcas llegando cargadas de pescado, lo que, para Lucía, era un cuadro magnífico: la vida local en su máximo esplendor. Juan revisó su libreta y su teléfono; parecía concentrado en planificar la columna:

—Creo que podría titular mi artículo como "Sabores y Arte en Altea: la fusión perfecta." —Miró a Lucía con complicidad—. ¿Suena demasiado cursi?

—No, suena bien. Aunque... quizás luego te surja algo más impactante cuando conozcas a la gente.

Antes de que pudieran continuar, notaron que, en la mesa vecina, una pareja de turistas británicos hablaban sobre una tal "Adrienne," una galerista que preparaba una gran exposición para la noche siguiente. Juan alzó la ceja, sin poder evitar sumarse a la escucha. Hablaban en un inglés pausado y él, con su dominio de idiomas, captó que comentaban lo "enigmática" que era la mujer y lo costosos que parecían algunos de sus cuadros. Lucía no pudo evitar notar que, aunque Adrienne sonreía, sus ojos parecían medirlos como si supiera algo más de lo que decía.

—Vaya, parece que esa tal Adrienne es famosa —murmuró Lucía.

—Puede ser la misma persona que me mencionó mi editora. Tengo un ligero presentimiento de que nos toparemos con ella.

En ese instante, el camarero trajo la ensalada de la casa y una bandeja de coca de verduras para picar, además de un alioli cremoso. El aroma del alioli mezclado con pan crujiente arrancó un gemido de placer a Lucía. Su espíritu gourmet se deleitaba. Aunque su principal motivación era creativa, no negaba que la parte gastronómica era un auténtico disfrute. Juan, por su parte, empezó a escribir impresiones en su teléfono, quizá redactando frases rimbombantes para su futura crónica.

Mientras masticaban la coca, la pareja de británicos se levantó y se alejó, dejando en el ambiente la curiosidad por aquella "Adrienne." Lucía volvió la vista al mar, confiando en que, tras la comida, podrían subir al Casco Antiguo y admirar la iglesia y las pequeñas calles llenas de tiendas artesanales. Se sentía dichosa y, a la vez, una

brizna de inquietud revoloteaba en su mente. ¿Sería la intuición de alguien que ha presenciado crímenes? O tal vez solo era una efervescencia literaria.

Cuando terminó el arroz a banda, Lucía apoyó la cuchara y lanzó un suspiro feliz:

—Esto está increíble. Entre Tabarca y Altea, mi paladar se acostumbra a la excelencia.

Juan, que también terminaba, sonrió satisfecho:

—¿Qué diré en mi artículo? Quizá: "La brisa marina y la tradición pesquera se abrazan para dar a luz a un manjar inigualable." —Su tono paródico hizo reír a Lucía.

—Eres incorregible. Pero me encanta que te lo tomes con humor.

Pagaron la cuenta y se dispusieron a pasear un poco más, subiendo lentamente por la parte baja del pueblo en dirección a las primeras calles empedradas que anunciaban el Casco Antiguo. Conforme ascendían, los restaurantes se volvían más pintorescos y las paredes más blancas, con faroles y azulejos decorando las fachadas. Unas cuantas tiendas de artesanía exhibían cerámica y joyas en vitrinas, sin hablar de las acuarelas y óleos que retrataban la estampa de Altea y su costa.

—Esto es un paraíso para artistas —observó Lucía.

—Y para snobs como yo —bromeó Juan, guiñándole un ojo.

Cuando llegaron a una pequeña plazoleta donde se vislumbraba el campanario de la iglesia, la atención de Juan se desvió bruscamente hacia una mujer que parecía supervisar el montaje de un gran lienzo en el interior de una tienda de arte. Con un andar ligero, se acercó un hombre fornido que cargaba caballetes, y la mujer le daba

instrucciones en un español con acento francés. Lucía no pudo no recordar a la pareja de británicos: "Adrienne." Entre risitas contenidas, adivinó que podía tratarse de ella.

—¿Nos acercamos? —preguntó Juan, intentando sonar casual, pero a Lucía no le pasó desapercibida la atracción en su mirada.

—¿Por qué no? Solo para mirar. —Una ligera comezón de celos la recorrió. "¿Qué me pasa?" se dijo, sorprendida de su propia reacción.

Se encaminaron hacia allí, y al llegar, la mujer se giró y los saludó cortésmente. Su porte elegante, con un vestido de lino color crema y el cabello recogido, se fusionaba con un halo de delicadeza. Tenía los ojos claros y un rostro sereno. Juan la saludó con cierto deje de timidez inusual en él:

—Buenas tardes. ¿Es usted la responsable de esta galería?

—Bonsoir, oui, o buenas tardes, mejor dicho —contestó ella con una leve sonrisa—. Me llamo Adrienne Duval. Estoy preparando una exposición que inauguraré mañana. ¿Les interesa el arte?

Lucía notó cómo las mejillas de Juan se encendían ligeramente, y sus pupilas se abrían de un modo que jamás le había visto hasta entonces. Ante el silencio de su amigo, Lucía tomó la palabra:

—Mucho gusto, Adrienne. Yo soy Lucía y él es Juan, un periodista de… bueno, un columnista que escribe sobre sitios bonitos y gastronomía. Nos encantaría echar un vistazo. He oído que habrá un evento relacionado con la feria estos días.

—Exactamente. Exhibiré algunas piezas de artistas locales y un par de trabajos que traje de Francia. Confío en que atraiga a los visitantes de la feria gastronómica —explicó ella con calidez. Miró a

Juan un segundo con algo de curiosidad—. Si buscan algo especial, pasen cuando gusten; aunque ahora está todo patas arriba.

Juan logró reaccionar y sonrió:

—Sería un honor. Quizá pueda dedicarle una reseña en mi artículo.

Lucía observó la escena y, de pronto, sintió un ramalazo: "Juan no aparta la vista de Adrienne. Está embobado." Fue como un dardo leve en su interior. No había experimentado celos propiamente, o no con esa nitidez. Pero en ese momento, le resultó desagradable la idea de que Juan, su camarada inseparable, se perdiera en los encantos de una desconocida mientras ella, tal vez, quedaría en segundo plano. Sacudió la cabeza, un poco avergonzada de sus pensamientos, y se despidió con cortesía:

—Volveremos cuando todo esté listo, Adrienne. Suerte con los preparativos.

Se alejaron, y Lucía sintió un silencio extraño. Quería bromear, pero optó por morderse la lengua. Al fin, soltó, sin aparente hostilidad:

—Vaya, parece maja, ¿no?

Juan alzó los hombros, ocultando la euforia:

—Sí, supongo. Es muy profesional, eso se nota. Interesante su mezcla de culturas.

—Claro. —Lucía mantuvo la vista al frente, con el corazón un poco revuelto. Sabía que era absurdo, mas no podía evitarlo.

Siguieron caminando hacia lo alto, donde los miradores ofrecían la panorámica del mar y las montañas a lo lejos. Altea se extendía a sus pies, con barquitos que parecían motas blancas en el océano. Lucía quiso grabar esa escena en su memoria: la brisa suave, el sol

rojizo del atardecer, el murmullo de turistas en distintos idiomas, y ella junto a Juan, un tanto desconcertados por la vida y sus giros.

—Bueno, sea como sea —comentó ella con un suspiro—. Parece que nos espera una estancia tranquila. Arte, comida y turismo. Ojalá no surja nada extraño.

Juan no respondió de inmediato. Guardó las manos en los bolsillos y contempló el paisaje, como si buscase algo en el horizonte. Tras varios segundos, se limitó a esbozar una sonrisa algo enigmática:

—Sí… ojalá.

***

La noche cayó lentamente sobre Altea, sumiendo las calles en una atmósfera serena, resplandeciente con farolillos y luces tenues que resaltaban las fachadas blancas. Lucía y Juan decidieron cenar en una taberna próxima a la casa de huéspedes, donde probaban raciones ligeras de pescado y bebida refrescante. El sabor del tomate alicantino, la frescura del marisco y el suave murmullo de conversaciones en diversas lenguas confirmaban a Lucía que aquel lugar tenía un encanto especial.

Después de cenar, emprendieron el camino de regreso a su alojamiento, no sin antes dar un breve rodeo por alguna callejuela donde las tiendas de artesanía prolongaban el horario ante el tráfico de visitantes que, en verano, se alargaba casi hasta medianoche. Lucía se detuvo a contemplar un puesto de cerámica colorida, con diseños florales y motivos marineros. Recordó cómo en Tabarca las artesanías eran escasas y pensó que, en cambio, Altea se jactaba de

su variedad. Aquello le parecía espléndido para la inspiración: un auténtico crisol de historias esperando ser contadas.

Juan, sin embargo, parecía distraído. Sus ojos miraban cada tanto la pantalla de su teléfono, como esperando un mensaje. Lucía intuyó que deseaba que Adrienne se pusiera en contacto, o algo similar. "Menos mal que no soy su novia," pensó con un deje de humor agridulce, "porque estaría mordiéndome las uñas de celos." Sonrió para sí, aunque con un poso de malestar extraño. Sí, se alegraba por él; al mismo tiempo, la idea de que su gran compañero se enredara sentimentalmente con esa galerista la ponía en guardia. Después de todo, confiaba más en la fuerza de su amistad que en los flechazos repentinos.

Al llegar al hostal, la dueña les informó de que la feria empezaría formalmente pasado mañana, pero ya habría algunos actos previos y degustaciones. Lucía dejó caer el bolso en una butaca de la habitación y se asomó al balcón para aspirar la brisa marina, con la mirada perdida en la línea del horizonte nocturno. Las luces de farolas y algún velero que se alejaba eran como pequeñas chispas en la oscuridad.

—Dime, Lucy —dijo Juan de pronto, sentado en su cama, con el portátil sobre las piernas—. ¿No te da la impresión de que nuestra vida normal se ha vuelto… soslayada? Como si, desde lo de Tabarca, estuviéramos siempre esperando que algo pase.

Ella giró la cabeza, sorprendida:

—¿A qué te refieres?

—A esto mismo: llegamos a Altea, un pueblo encantador. Se supone que venimos a disfrutar, trabajar un poco en la feria. Pero

ambos vamos con el radar de "¿habrá un crimen?" y todo lo vemos con ese prisma. —Suspiró—. Me preocupa que no podamos relajarnos y ver belleza sin buscar misterio.

Lucía guardó silencio. Entendía su punto, aunque lo sentía de forma distinta. En su caso, esa predisposición venía más por su vocación literaria y la adrenalina vivida. Aun así, prefería mantener la guardia: la experiencia le había enseñado que nunca sabía cuándo un suceso extraño podía explotar en sus narices.

Se acercó a Juan y se sentó a su lado:

—Es normal que la experiencia pasada nos marque, Juan. Es como un instinto nuevo que adquirimos. Pero no hay que obsesionarse. A veces, las cosas son simplemente tranquilas y ya está.

Él asintió, esbozando una sonrisa ladina:

—Tienes razón. Espero que así sea. Pero si no lo es… sabremos afrontarlo, supongo.

—Por supuesto. —Lucía se puso en pie y le dio un leve golpecito en el hombro—. Ahora, descansa un poco. Mañana podemos subir a la parte más alta del Casco Antiguo, hay un mirador espectacular. Y tal vez encontraremos a esa Adrienne preparando su galería. ¿Te gustaría verla?

Juan alzó la mirada, fingiendo indiferencia:

—No me importaría, la verdad.

Lucía salió con una carcajada leve:

—Buenas noches, galán. Que descanses.

Se encerró en el pequeño baño, donde se lavó los dientes y reflexionó en su fuero interno: "¿Estoy de verdad celosa o solo protectora? Juan no es un niño, sabrá cuidarse. Quizá me alivia que

el romance le haga ilusión.” Se secó el rostro con una toalla y se dispuso a acostarse. Su última imagen fue la de la brisa entrando por la ventana y el lejano rumor del mar, mientras su cabeza daba vueltas a la idea de un lugar tan hermoso, con un festival que prometía felicidad. Se durmió con la ensoñación de que todo discurriría sin sombra de tragedia.

El reloj marcó las once de la noche cuando el hostal se sumió en un silencio pacífico. Afuera, las calles de Altea aún tenían algo de vida nocturna, sobre todo en la zona de bares y locales que se extendían a lo largo de la playa, pero el Casco Antiguo, con sus adoquines, tendía a recogerse más temprano. Entre las paredes blancas del Rincón de Teresa, Lucía y Juan descansaban ajenos a la posibilidad de que sus pasos, una vez más, los llevaran a una experiencia detectivesca. El destino tejía sus hilos con calma, esperando el momento idóneo para romper la tranquilidad aparente.

Durante la madrugada, un viento suave acarició las persianas, trayendo un aroma a salitre que invadió la habitación de Lucía. Ella se revolvió en la cama y casi soñó con un mar turquesa y con un lienzo cubierto por una tela blanca. Entre la neblina de su sueño, se formó la imagen de un hombre que gritaba, un rumor de olas y la silueta de una barca que se alejaba. Se despertó sobresaltada, con el corazón acelerado.

—¿Todo bien? —murmuró Juan desde su cama, adormilado, al oírla sentarse de golpe.

—Sí… solo una pesadilla tonta —respondió Lucía, contemplando la penumbra. Se sorprendió de su respiración agitada. “Estoy demasiado sensible,” pensó.

Lucía volvió a cerrar los ojos. Pero ya no volvió a dormir del todo. En su sueño, alguien había gritado su nombre. Y esta vez, lo había dicho en francés.

2

LA MAÑANA AMANECIÓ DESPEJADA en Altea, con un cielo tan azul que casi dolía a la vista. **Lucía** se despertó sintiendo el aroma del mar y, al asomarse a la pequeña ventana de la habitación, contempló el reflejo dorado del sol en los tejados blancos. Por un instante se permitió la ilusión de que aquel viaje sería simple y dichoso, como una escapada turística sin sobresaltos.

Bajó a desayunar a la salita del hostal y encontró a **Juan** hojeando un folleto sobre la Feria Gastronómica y Artesanal. La encargada de la casa de huéspedes, doña Teresa, les había servido café, pan tostado y un cuenco con tomate rallado típico de la zona. Lucía disfrutó de la mezcla de pan con aceite de oliva y ese tomate dulce. Entretanto, Juan leía en voz alta algunos fragmentos del programa oficial:

—"Exhibición de cocina en vivo… ruta de tapas por el Casco Antiguo… subasta de piezas artesanales en la plaza…" —enumeraba

—. Parece bastante completo. Y aquí dicen que la feria atrae a artesanos de toda la comarca, además de pintores y escultores.

—Fabuloso —contestó Lucía, saboreando su último bocado—. Necesito tomar apuntes y empaparme de la atmósfera. Tal vez me sirva para la novela. Ojalá hallemos gente dispuesta a contar sus historias.

—Seguro que sí. Altea es famosa por su espíritu artístico. —Juan echó un vistazo a su móvil—. Por cierto, anoche me llegó un mensaje de Adrienne, la galerista. Quiere invitarnos a una pequeña recepción que organiza en su galería esta tarde, en plan informal, antes de la inauguración oficial de mañana.

Lucía notó la chispa de entusiasmo en la mirada de Juan. Aunque trató de disimular, una parte de ella reaccionó con un ligero pellizco de celos. Ocultó su sentir con una sonrisa:

—Genial. Puede ser una oportunidad de conocer a más gente del arte y la artesanía. Me apetece, claro.

Terminaron el desayuno y salieron a recorrer el Casco Antiguo, pues la encargada del hostal les había recomendado empezar el día subiendo por las callejuelas, ya que el sol todavía no achicharraba con su máxima intensidad.

—Ah, ¿ya han ido a la galería? Adrienne tiene muy buen gusto… aunque ya tuvo un par de disgustos con vecinos. La gente aquí no olvida fácilmente —dijo Teresa mientras recogía las tazas con una media sonrisa.

Al pisar la calle, Lucía quedó maravillada por la estampa de casas blancas con puertas y ventanas pintadas en tonos azules o verdes.

Macetas con geranios adornaban las fachadas, y el pavimento empedrado resonaba con sus pasos.

Se respiraba un aire de calma, roto de tanto en tanto por el zumbido de una moto o el rumor de turistas subiendo. Conforme ascendían, se toparon con pequeñas tiendas que vendían cerámica decorada, mantelería con motivos marineros y joyería artesanal. Juan se detenía con frecuencia para husmear, pensando que cada detalle podía nutrir su artículo. Lucía, por su parte, sacaba su libreta para anotar las impresiones: "Calle empinada, vistas al mar entre los tejados, olor a café recién molido…" Se sentía rebosante de inspiración.

Pronto, la calle desembocó en una plazoleta semicircular con vistas panorámicas al Mediterráneo. Desde allí, divisaron el perfil de la playa y el puerto, y más allá, el contorno montañoso que custodiaba la bahía. Entre las terrazas dispuestas en la plaza, se oían conversaciones en varios idiomas, confirmando la fama turística de Altea. Un músico callejero tocaba la guitarra, aportando un matiz alegre a la escena.

—Es como si estuviéramos dentro de una postal —suspiró Lucía, al tiempo que apuntaba "Mirador, guitarrista, turistas con helados" en su libreta.

—Sin duda, es perfecto para un reportaje. —Juan tomó un par de fotografías con su teléfono, buscando buenos ángulos. Después guardó el dispositivo y dijo—: Podríamos ver la iglesia y luego internarnos en esas callejuelas donde están los artesanos. Me encantaría descubrir alguna historia curiosa.

Caminaron hasta la iglesia de Nuestra Señora del Consuelo, famosa por su cúpula azul que destacaba sobre las casas blancas. En la plaza adyacente, algunas mesas exponían artesanías y bisutería. Era como un anticipo de lo que sería la feria: un hervidero de actividades. Una artesana de pelo canoso y sonrisa afable les saludó:

—Buenos días, ¿quieren ver mis trabajos? Tengo collares inspirados en los colores del mar y platos pintados a mano.

Lucía se aproximó fascinada:

—Qué bonito. ¿Usted participa en la feria gastronómica también?

—En parte, sí —respondió la mujer, sonriendo—. Vendemos artesanía y algo de cerámica para presentar los platos típicos de Altea. Además, muchos turistas compran para llevarse un recuerdo.

Mientras Lucía contemplaba unos platos con motivos de pececillos y algas, Juan le preguntó si había tensiones entre los expositores, sabiendo que a veces los artesanos competían por espacios. La artesana rio con algo de ironía:

—Bueno, entre nosotros casi siempre hay camaradería, pero no diré que todo sea paz. Algunos llevan años reclamando sitios privilegiados en la plaza, y cuando aparece un artesano nuevo con contactos, hay fricciones. Sin embargo, espero que esta edición sea tranquila.

Lucía notó una sombra fugaz en la mirada de la artesana, como si recordara un disgusto reciente. Quiso indagar, pero la mujer cambió de tema con diplomacia. Fue suficiente para que Lucía intuyera que, bajo la apariencia de armonía, podían existir roces latentes, tal vez insignificantes, tal vez no.

Continuaron recorriendo la explanada de la iglesia, asombrados del ajetreo matinal, con trabajadores levantando puestos para la feria. Vieron a un hombre alto con un delantal blanco, discutiendo con un empleado municipal que sostenía papeles. Al acercarse un poco, captaron solo fragmentos:

—... ¡Necesito más espacio para mi carpa! Tengo un *showcooking* que atrae a muchos turistas —reclamaba el hombre del delantal.

Un vaso de vino cayó al suelo y se rompió en pedazos, pero el hombre del delantal no se inmutó.

—Lo lamento, pero hay un límite y ya está estipulado —respondía el municipal con gesto de fastidio—. No podemos mover a otros expositores sin causar un lío.

—¿No comprendes lo importante que es mi presencia aquí?

El hombre parecía un chef, tal vez famoso o con ínfulas de estrella, y no se tomaba bien las restricciones impuestas. Lucía y Juan intercambiaron una mirada cómplice. Un leve roce. Podría ser un contratiempo sin importancia… o uno de esos primeros indicios de tensiones internas en la feria. Se mantuvieron a cierta distancia, sin intervenir, pero apuntaron mentalmente que aquel chef podía tener un carácter áspero.

Cuando la discusión se calmó, el empleado se fue refunfuñando, y el chef, con un bufido, se puso a marcar el suelo con cinta para delimitar su espacio. Lucía se encogió de hombros:

—Pequeñas tensiones, nada grave. Normal en estos eventos, imagino.

—Sí —admitió Juan—. Pero no olvidemos lo que aprendimos: un suceso grande empieza con roces pequeños. —Sonrió, suavizando la

alusión a su experiencia previa.

Prosiguieron su paseo hacia una callejuela donde varios comerciantes abrían tiendas de antigüedades y arte. En una de ellas, Lucía encontró reproducciones de acuarelas locales y postales. El tendero, un hombre enjuto y reflexivo, se acercó a charlar. Al ver que Lucía se interesaba por las postales, le explicó que algunas eran copias de pinturas antiguas de Altea, y que pronto la "famosa Adrienne" exhibiría en su galería una obra de un pintor local que llevaba años desaparecida.

—¿Cómo que desaparecida? —inquirió Lucía, intrigada.

—Cuentan que un cuadro valiosísimo, que retrataba Altea en la década de 1930, se creía perdido, o en manos de coleccionistas clandestinos, y que Adrienne lo habría recuperado para la subasta de la feria —respondió el tendero con un tono conspirador—. Ahora todos están expectantes. Si lo expone, su precio puede dispararse.

Los ojos de Lucía se iluminaron. Allí había un posible "detalle" con gancho. Un cuadro valioso, un rumor de extravío y su inesperada reaparición. "Eso sí que encendió la chispa del bullicio local," pensó. Lo apuntó en su libreta. Quizá no era más que una anécdota, pero en la literatura de misterio, un objeto valioso y recientemente hallado siempre disparaba suspicacias.

Juan, mientras tanto, prestaba atención a la conversación, y no pudo evitar sentir una punzada de curiosidad:

—¿Dice usted que lo subastarán en la feria? ¿Entonces no es Adrienne la dueña?

—No sabría confirmarlo —respondió el tendero—. Solo sé que Adrienne y otros patrocinadores quieren convertir la subasta en un

evento grande. Se escuchan rumores de pujas generosas. Igual ni se vende al final... Nunca se sabe.

Lucía y Juan se despidieron, agradecidos por la información. Salieron a la calle con la impresión de que ese "cuadro valioso" se erigía como el primer pilar de algo más grande. Aun no había indicios de crimen, pero la intuición de Lucía susurraba que una pieza de tanto valor podía generar envidias, codicia o tensiones. Si es que no lo estaba haciendo ya.

—Supongo que no pasará de un rumor, Lucy —comentó Juan, viendo su expresión pensativa.

—Tal vez. —Lucía se encogió de hombros—. Pero me suena a "motivo de conflicto," ya sabes…

—Ya empiezas a ver fantasmas, ¿eh? —bromeó él. Sin embargo, su voz no sonaba totalmente incrédula.

Continuaron deambulando y disfrutando de más rincones del Casco Antiguo, parándose en miradores donde se sacaban fotos. Lucía hacía preguntas a todo artesano que encontraban, y la respuesta siempre era más o menos entusiasta: Altea vivía un momento de expectación por la feria, por la venta de artesanías, por la atracción de turistas, y también por esa presunta subasta de un cuadro muy especial. Algunos hablaban maravillas, otros cuchicheaban que "ojalá no haya problemas como en otras ediciones," sin especificar a qué se referían. Lucía tomaba nota mental, y comprendía que, como en toda pequeña comunidad, la fachada de armonía puede ocultar viejos recelos o tensiones latentes.

Al cabo de un rato, la mañana avanzó hacia el mediodía, y el calor empezó a hacerse notar. Descendieron por una escalera empinada

que conectaba el Casco Antiguo con la zona de la playa, donde se notaba un ambiente más playero y bullicioso. Lucía y Juan se detuvieron en un chiringuito que ofrecía refrescos, seducidos por la vista del mar y la necesidad de reponer líquidos.

Mientras se sentaban, Lucía observó la escena: bañistas con sombrillas de colores, surfistas en la orilla, parejas caminando de la mano y, por detrás, la colina con el Casco Antiguo que sobresalía majestuoso. Pensó: "¿Quién diría que aquí podría suceder algo malo?" Pero esa ingenuidad duraría poco. Ella misma, que había presenciado la peor cara de la naturaleza humana, sabía que la belleza no garantiza la bondad.

—Te veo pensativa —comentó Juan, removiendo su vaso con hielo —. ¿Recapacitas sobre tu novela?

—En parte, sí. No puedo negar que la historia de ese cuadro, sumada a las tensiones del chef con el funcionario, me despiertan cierta inquietud literaria. —Tomó un sorbo—. Por otro lado, no quiero caer en la paranoia. Quizá todo sea normal.

Juan asintió. Se quedó en silencio un minuto, contemplando el mar, mientras una brisa marina acariciaba sus rostros. El rumor de las olas y el griterío lejano de los niños jugando contrastaban con sus pensamientos. Lucía sonrió para sus adentros, sintiendo ese placer de vivir el momento, aunque la sospecha de que algo no encajaba la acechaba como un murmullo de fondo.

***

Una vez repuestos del sol, decidieron volver al hostal, darse un refrescante baño y preparar un plan para la tarde. Habían acordado asistir a la pequeña recepción de Adrienne en su galería, aunque fuera algo "informal." Así, podrían conocer a más personas de la escena artística y, de paso, tantear si esos rumores sobre el cuadro tenían asidero.

Camino al hostal, notaron la agitación creciente en algunas calles. Camiones descargando estructuras, gente montando casetas… Indicaba que la feria estaría en ebullición al día siguiente. Un joven repartía panfletos anunciando la "subasta artesanal" en la Plaza del Ayuntamiento, con la mención de "¡Sorpresa artística en la noche final!" Lucía lo leyó por encima y arqueó la ceja:

—¿Será esa la sorpresa del cuadro?

—Pinta que sí —admitió Juan, guardando el panfleto—. Quizá Adrienne y otros organizadores quieren darle un halo de misterio para atraer más pujadores.

Llegaron al hostal, se ducharon y descansaron brevemente. Al caer la tarde, salieron con ropas más ligeras (Lucía llevaba un vestido veraniego, y Juan, una camisa de lino azul), dispuestos a subir de nuevo al Casco Antiguo. Notaban la atmósfera más animada, con visitantes que iban y venían, y un agradable frescor del anochecer. Al llegar a la galería de Adrienne, distinguieron ya a un puñado de personas charlando frente a la puerta. Entre ellos, se encontraba el chef que habían visto discutir por la mañana, así como el funcionario municipal, que parecía algo incómodo. Lucía se sorprendió de verlos ahí, pero no dejó traslucirlo. Juan, en cambio, sonrió de oreja a oreja al divisar a Adrienne, quien salió a recibirlos.

—Me alegra que hayáis venido —dijo la galerista, dándoles un par de besos a modo de saludo—. Esta recepción es muy sencilla, apenas un vino y unos quesos para quienes quieran ver los preparativos. La inauguración oficial es mañana, pero así no esperamos a la multitud.

Lucía notó la química inmediata entre Adrienne y Juan. La francesa lo miraba con calidez, y él respondía con cumplidos discretos pero notables. Ella se obligó a relajarse: "No seas egoísta. Que disfrute." Decidió distraerse explorando la galería. El lugar tenía un estilo minimalista, con paredes blancas y una iluminación cuidadosa. Colgados en las paredes, varias obras de distintos tamaños mostraban motivos mediterráneos, colores vibrantes, mar, barcas, atardeceres. Se respiraba un gusto refinado que combinaba con la personalidad de la dueña.

En un rincón, sin embargo, se veía un gran lienzo aún cubierto por una tela oscura. Lucía se aproximó con curiosidad. Adrienne, que advirtió su interés, se acercó y le dijo en voz baja:

—Ese será el plato fuerte de mi exposición. Es una pieza muy especial que ha estado mucho tiempo desaparecida.

—¿Me permites preguntar algo? —aventuró Lucía, bajando la voz para no parecer cotilla—. He oído rumores de que se trata de un cuadro histórico, muy valioso, ¿no?

Adrienne asintió con una sonrisa serena:

—Digamos que llegó a mis manos de una forma inesperada… hay quienes no están de acuerdo con que esté aquí, pero confío en que es su lugar. Creo que causará sensación.

La forma en que Adrienne pronunció "posguerra" despertó en Lucía una infinita curiosidad, pero prefirió no importunar. Miró de reojo a Juan, que charlaba con un pequeño grupo: el chef, el funcionario, y un par de visitantes más. Parecía haber un debate sobre el espacio de la feria. El funcionario se defendía:

—Ya os dije que el ayuntamiento no puede dar más metros cuadrados de los estipulados. Entended que cada expositor tiene derecho a su rincón.

El chef se exaltaba:

—Pero lo mío es una demostración culinaria, no un puesto cualquiera. Atraeré a decenas de comensales y daré un realce gastronómico a la feria. No es justo que me encajonen en la esquina más alejada.

Intervino un tercer hombre, quizá otro funcionario o colaborador, para mediar. Lucía captó la tensión en la mirada del chef, su nombre era Óscar Jiménez, según supo por los murmullos. Podía ser un personaje con cierto ego inflado. De inmediato, Lucía pensó: "He aquí un potencial foco de conflicto. Cualquier chispa podría encenderlo." No se trataba de un crimen en sí, pero era un roce que quedaba anotado en su mente.

Decidió unirse a la charla con discreción. Escuchó cómo Óscar defendía que su presencia ayudaría a la difusión del evento. El funcionario, harto, replicaba que se hacía lo que se podía, que no había favoritismos. Juan, en un aparente afán conciliador, soltó un comentario amable:

—Debemos reconocer, don Óscar, que su cocina en directo llamará la atención. Pero quizás pueda buscarse una colaboración con la

sección de artesanía, algo que fusione la presentación de los platos con piezas cerámicas…

—Arte… pamplinas. Esto es una feria de sabores, no una exposición de cuadros viejos.

El chef hizo un ademán vago, como si no le interesase la idea. Por otra parte, el funcionario aprovechó la pausa para tomar un sorbo de vino. Lucía, percibiendo la brusquedad en el ademán del chef, tuvo la certeza de que no era la primera vez que aquel hombre tenía choques con la organización. "Otro indicio de tensiones," pensó. "Nada que ver con el cuadro, pero todo se mezcla en la feria."

Mientras el ambiente se mantenía en una tensa cortesía, Adrienne se acercó y propuso un brindis informal. Sirvió vino blanco en unas copas y los invitó a alzar sus cristales:

—Para mí, es un honor que todos estéis aquí. Espero que esta feria sea un éxito gastronómico y artístico, y que Altea brille como merece —dijo con entusiasmo, alzando la copa.

Lucía percibió la sombra de duda en los rostros de algunos presentes, como si cada uno tuviese sus pequeños intereses y resentimientos. No obstante, todos brindaron con sonrisas. Desde fuera, aquella escena parecía pura cordialidad, pero la detective interior de Lucía notaba la tela de araña de tensiones latentes.

Pasados unos minutos, la música suave de fondo acompañó la reunión. Juan aprovechó para interrogar con amabilidad a Adrienne sobre el lienzo cubierto:

—¿Puedes contarnos algo de su historia? Me encantaría mencionarlo en mi crónica para Vanidades.

La galerista soltó una risa breve:

—Solo puedo adelantar que data de mediados del siglo XX y retrata una estampa de Altea que hoy ha cambiado mucho. El pintor era un aldeano con un talento excepcional, que luego emigró. Poco más diré, para no estropear la sorpresa.

Un murmullo de admiración recorrió a quienes la escuchaban, incluida Lucía, que imaginaba la expectación que generaría la revelación de esa obra. Se acercó por detrás el funcionario, que se llamaba Vicente, y le preguntó a Adrienne:

—¿Al final vas a subastarlo o solo exhibirlo?

—Mi intención es exhibirlo primero. La subasta dependerá de los inversores que aparezcan —respondió ella, sin querer dar detalles.

El funcionario se marchó tras un breve comentario de cumplido. Lucía y Juan, en silencio, intercambiaron una mirada de complicidad que no necesitó palabras: "¡Qué intriga con este cuadro!" Y, sin embargo, nada de aquello implicaba un crimen. Todo indicaba un evento con ambiciones económicas y de prestigio.

La tarde avanzó, y la pequeña recepción fue languideciendo. Óscar, el chef, salió con prisa tras hablar por teléfono, un tanto contrariado. El funcionario también partió, mencionando que debía supervisar la instalación de puestos. Otros invitados se despidieron. Al final, quedaron Lucía, Juan, Adrienne y un par de personas más que recogían copas y charlaban de trivialidades.

—Ha sido un encuentro interesante —comentó Lucía, ya cuando se disponía a marcharse—. Gracias por la invitación, Adrienne.

—Encantada de teneros aquí. Espero veros mañana en la presentación oficial.

—Por supuesto —acotó Juan, con una sonrisa casi embelesada.

Salieron a la calle con el sol ya escondido tras las colinas. Las farolas encendidas conferían un aura romántica a las calles, realzando las sombras de las fachadas encaladas. Lucía caminaba en silencio, reflexionando sobre lo ocurrido. El chef enfadado, el funcionario bajo presión, la artesana que insinuó tensiones, y Adrienne con su gran "secreto": el famoso lienzo. Muchas pequeñas piezas que, si se armonizaban mal, podían formar un caos. "Nada de qué preocuparse, no es más que un cúmulo de choques normales en un evento," se dijo. Aun así, aquella intuición que había desarrollado en Tabarca le repetía que "algo" no encajaba.

Cuando llegaron cerca del hostal, la calle estaba prácticamente desierta. Juan parecía ensoñado, con la mente en Adrienne, a juzgar por suspiros o miradas al móvil. Lucía se mordió el labio antes de soltar, casi en broma:

—Vaya flechazo, ¿eh? No te había visto tan distraído desde… ¿Nunca?

Él se ruborizó mínimamente:

—No exageres. Me parece una mujer muy interesante, con estilo… y coincidimos en la pasión por el arte. Pero no pasa de ahí.

—Ya, ya —repuso Lucía con tono entre cómplice y burlón—. Solo ten cuidado. Nunca sabemos quién es quién en estas ferias.

Juan arqueó una ceja:

—¿Otra vez con tus sospechas? Hay gente normal, Lucy. No todo es una conspiración.

Ella se encogió de hombros:

—Tranquilo, bromeo… solo acuérdate de que aquí nadie nos invitó a resolver ningún crimen inexistente.

Al cerrar el folleto, Lucía notó algo curioso: en la foto promocional de la subasta, el cuadro cubierto ya estaba ahí. Y sin embargo, Adrienne había dicho que lo decidió "hace poco". Frunció el ceño. ¿Una simple errata?

3

AQUELLA NOCHE PASÓ CON relativa normalidad, aunque Lucía no pudo evitar dar vueltas a las imágenes del chef reclamando espacio, la artesana insinuando tensiones, la mención de un cuadro valioso que generaría mucha expectativa y la presencia seductora de Adrienne. Al día siguiente, lo primero que hicieron fue dirigirse a la plaza del ayuntamiento para presenciar el inicio de los montajes de la feria gastronómica. Les llamaba la atención la laboriosa instalación de carpas, mostradores de degustación, expositores de cerámica y telas. El bullicio reinante era como el latido de un pueblo que se preparaba para su gran fiesta.

En el transcurso de la mañana, Lucía se fijó en ciertos roces. Vio al funcionario Vicente discutiendo con un par de artesanos que se quejaban de la ubicación de sus puestos. Escuchó a un representante de hosteleros lamentarse de que la banda local no podía tocar a la hora planeada. Por otro lado, Óscar, el chef, parecía tenso, mirando el espacio que le habían asignado en un extremo de

la plaza y frunciendo el ceño. Sumado a ello, surgían chismes sobre un coleccionista anónimo que quizás acudiría a la feria, interesado en algún artículo de la subasta.

Lucía fue anotando nombres y detalles: "Coleccionista misterioso… roces por el espacio… cuadro desaparecido." Empezaba a esbozar un escenario digno de una trama. Claro que, hasta el momento, no había nada delictivo ni sangriento, solo pequeñas grietas en la cordialidad. Pero esa suma de incidentes solía ser la semilla de algo más grave. Se mordió el labio, planteándose si no estaba forzando interpretaciones de novelista ansiosa.

Por su parte, Juan entrevió a Adrienne en la plaza, conversando con un periodista local. Se quedó a un lado, sin interrumpir, pero Adrienne le dedicó una sonrisa al verlo, lo que él interpretó como una invitación a charlar después. El corazón de Juan dio un latido especial. "Estoy comportándome como un adolescente," se reprochó con humor, sin poder reprimirse. Lucía, que lo observaba de lejos, suspiró y se dijo: "Que sea lo que tenga que ser."

A mediodía, se desarrolló una demostración culinaria con chefs de la zona. Óscar, cómo no, fue el protagonista estrella, aunque se notaba su molestia por la ubicación. Lucía y Juan se acercaron a mirar cómo preparaba un arroz a banda frente al público, explicando cada paso por el micrófono. Lo hacía con una maestría incuestionable, y las decenas de espectadores aplaudían fascinados por la soltura del cocinero. Sin embargo, Lucía notó que, junto al puesto de Óscar, alguien había dejado olvidada una caja de madera sin cerrar. Se acercó por curiosidad: estaba vacía, pero tenía una etiqueta con letras borrosas y una pequeña mancha de lo que

parecía barniz... o algo más oscuro. Un artesano la vio observando y se apresuró a recogerla, sin decir palabra.

Terminada la demostración, Juan y Lucía se movieron por la feria, degustando distintos productos: aceitunas aliñadas, turrones artesanos, patés marineros. Juan hacía pequeñas entrevistas, sacando fotografías para su artículo. Lucía se regocijaba en el festín de sabores y la mezcla de idiomas. Todo era idílico para un visitante casual, pero bastaba afinar el oído para oír quejas y críticas soterradas:

—"… ese funcionario solo protege a sus amiguitos…" —"… han traído a artesanos que no pagan impuestos aquí…" —"… la exhibición de arte es puro marketing…"

Aunque normales en cualquier gran evento, Lucía no pudo ignorar tantos cuchicheos. La cercanía con el mediodía y el calor apretaban; de cuando en cuando, tenía la tentación de pensar que su imaginación la engañaba. De pronto, escuchó un fragmento de conversación que le llamó la atención: unos artesanos hablaban del "famoso cuadro que Adrienne iba a exponer." Uno, más cínico, soltó: "Si me apuras, es una falsificación. Nadie sabe realmente si es el original desaparecido."

—¿De veras crees eso? —replicó su compañera—. Al menos Adrienne fue discreta, aunque se rumora que hay gente dispuesta a pagar un dineral. Igual es verdadero y su aparición no es casual.

Lucía guardó ese pequeño diálogo en su memoria. Falsificación o no, la mención a que "no era casual" su reaparición la hizo preguntarse si no habría intereses ocultos. Podía ser un asunto menor, pero ¿y si no lo era?

El calor intensificó la sed, y decidieron refugiarse en una cafetería con sombra, donde pidieron limonada fría. Lucía, con la frente perlada de sudor, se sentó en una mesa exterior:

—No puedo creer que sean solo roces triviales. Siento que hay un exceso de cuchicheos con ese cuadro, problemas de espacios, un chef con carácter, funcionarios tensos…

—Yo también lo noto. —Juan dejó su libreta en la mesa—. Nada indica que vaya a estallar un crimen, pero no me sorprendería si se desencadena algún escándalo. Cuando hay dinero y prestigio de por medio, la gente se vuelve susceptible.

Lucía asintió, fijando la vista en un grupo de turistas que se reía al fondo, inmersos en su alegría. A veces, la vida normal de la gente le recordaba la fragilidad de la paz cotidiana. Bastaba un detalle para hundirlo todo.

—¿Sabes qué? Voy a dejar mi mente abierta. Si pasa algo, estaremos alerta. Si no, disfrutamos del festival. —Alzó la limonada a modo de brindis y chocó su vaso con el de Juan.

Él sonrió:

—Un plan impecable. Y... en la tarde, iremos a ver a Adrienne. Quizá me dé más detalles del lienzo y la subasta.

—Genial. —Lucía intentó sonar entusiasta, aunque su interior se tensaba al pensar en la conexión que Juan estaba forjando con la francesa. "Concéntrate en lo tuyo," se dijo.

Siguieron en la cafetería un rato, charlando de las recetas más curiosas que querían probar. Lucía anotó palabras como "cruet de peix," "espencat," "coca amb tonyina," imaginando la riqueza cultural que podría aplicar en su novela. Algo le decía que, además de la

gastronomía, la historia local y el supuesto cuadro perdido, habría un nexo que la vida real se ocuparía de colocar ante sus narices. No podía ser casual el revuelo alrededor de un lienzo si no significaba algo más.

Al cabo de un rato, se levantaron y regresaron a la feria, ya un poco más fresca con la brisa vespertina. Vieron que la gente se agolpaba en ciertas carpas para degustaciones puntuales y que varios expositores de cerámica vendían vajillas pintadas con motivos marinos. De pronto, a Lucía le llamó la atención un hombre que discutía con la artesana de pelo canoso que conocieron en la Iglesia. Aunque no oían las palabras exactas, el tono subido indicaba enojo. Ella alzó las manos defensivamente, y el hombre, con expresión áspera, se marchó apresurado.

Lucía se acercó a la artesana:

—¿Va todo bien?

La mujer, con gesto de apuro, respondió:

—Sí, sí, no pasa nada. Solo un malentendido con un cliente que decía que mis precios son abusivos. Gajes del oficio, hija. No os preocupéis.

Pero Lucía percibió que la artesana temblaba levemente, quizá era un susto o un disgusto mayor. No quiso entrometerse. Agradeció su amabilidad y le deseó suerte. Cuando volvió junto a Juan, le mencionó el incidente:

—No sé si es relevante, pero esta feria, con todos estos roces… me pone alerta.

—Tal vez sea solo un cúmulo de quejas, nada grave. —Juan observó al hombre que se marchaba, notando su ceño fruncido—.

Aun así, registraré el detalle, por si las moscas.

La tarde avanzó y el bullicio creció. Les informaron que en la plaza mayor habría, por la noche, un espectáculo musical de bienvenida a la feria. Una gran paellada y rifas para los asistentes. Lucía y Juan decidieron que se apuntarían, salvo que la cita con Adrienne colisionara en horario. En cualquier caso, no querían perderse nada.

Justo antes de dejar la plaza, un rumor se propagó veloz: alguien aseguraba que la subasta de "esa obra" superaría los cincuenta mil euros si aparecía el coleccionista anónimo. Lucía, al oír la cifra, se estremeció. "Cincuenta mil euros… mucho dinero si tenemos en cuenta que es un cuadro antiguo, sin una firma de renombre internacional. Imagínate la codicia que despierta." No pudo evitar sentir la sombra de un presentimiento: "La codicia siempre arrastra problemas."

Decidieron retirarse a descansar un poco, para después arreglarse e ir a la galería de Adrienne. Lucía caminaba en silencio, recordando las palabras de su amiga Adela en Tabarca cuando le dijo que la gente a veces mataba por mucho menos que una herencia. "Aquí, con esa suma y con el prestigio de la feria, ¿quién sabe lo que puede pasar?" Se reprendió a sí misma: "No busques crímenes donde no los hay." Pero la experiencia le había enseñado a desconfiar de las apariencias.

***

Al caer la tarde, luego de una breve siesta, Lucía y Juan se vistieron con ropas un poco más cuidadas y tomaron camino de nuevo hacia

el Casco Antiguo. La invitación de Adrienne para una visita previa a la inauguración oficial, si bien no era un evento grande, prometía un ambiente distendido. Lucía suponía que quizá acudirían algunos artistas o artesanos más cercanos a la galerista, y eso les serviría de excelente trampolín para conocer detalles internos del mundillo local.

La temperatura, más suave, daba paso a un cielo anaranjado que bañaba las calles de un fulgor poético. Al llegar a la galería, encontraron la puerta abierta, iluminada desde dentro por luces cálidas y música suave de fondo. Adrienne conversaba con un par de personas, pero al verlos, les dedicó una sonrisa genuina y se acercó:

—¡Bienvenidos! Pasad, pasad. Acabo de abrir la puerta y todavía estamos en preparativos.

Les ofreció unas copas de vino blanco y los guio por la sala principal, donde los cuadros lucían impecables. Lucía había visto algunos la tarde anterior, pero ahora se notaba todo más organizado, con cada obra acompañada de un rótulo que describía al autor y la técnica. El aroma a barniz y pintura impregnaba el local, mezclándose con la fragancia tenue de incienso que Adrienne había colocado en una esquina.

—Cada vez está más bonito esto —comentó Juan con admiración, echando un vistazo a una serie de acuarelas que mostraban la costa alteana en distintas horas del día.

Adrienne se sonrojó un poco:

—Gracias. Me esfuerzo para que sea acogedor y resalte la esencia mediterránea. Creo que Altea merece ser vista con ojos artísticos.

Mientras Lucía se detenía a observar un lienzo que representaba una barca pesquera con un estilo semirrealista, oyó murmullos de

dos visitantes que conversaban a media voz sobre el "gran lienzo oculto." Revalidaban la historia: "Si es auténtico, cambiará la valoración de este pintor; si no, será un escándalo." Lucía se volvió con curiosidad, deseando pescar más información, pero los dos hombres se alejaron al percatarse de su presencia.

—Parece que todo el mundo comenta tu obra estrella —le dijo Lucía a Adrienne, con tono afable—. ¿La has mostrado en privado?

—No, aún no —admitió la francesa—. La develaré cuando la feria esté en su apogeo, quizá dentro de un par de días, para un acto que me gustaría asociar con la subasta en la plaza. Estoy en conversaciones con los organizadores de la feria para que sea un "colofón." Todo muy discreto, claro.

Lucía percibió la excitación contenida en la mirada de Adrienne. No era solo un cuadro, sino una oportunidad de prestigio, quizá de dinero. "Está jugando sus cartas con habilidad," pensó.

Mientras charlaban, se sumó al grupo un hombre alto, con barba cuidada y traje veraniego, que se presentó como **Arturo**. Resultaba ser un restaurador de arte, colaborador de Adrienne. Saludó a Lucía y Juan con cortesía y empezó a elogiar la luz de Altea, que, según él, justificaba la proliferación de artistas en la zona. Confesó haber sido testigo de la llegada de ese cuadro cubierto, confirmando que lo recibió envuelto en un embalaje muy profesional y que Adrienne lo custodiaba celosamente. Los ojos de Lucía brillaron: ¡Más intriga alrededor de la dichosa pintura!

—Es normal que lo proteja —comentó, intentando no parecer demasiado indiscreta—. Con tantos rumores, no querrá que se filtre nada hasta el día indicado.

—En efecto —asintió Arturo—. La seguridad y la sorpresa son clave. He restaurado varias obras para Adrienne, pero esta… Ni siquiera he podido hacer un examen a fondo, solo un vistazo superficial. Es un asunto muy confidencial.

Juan y Lucía intercambiaron una mirada; aquel halo de secreto reforzaba la idea de que el cuadro podía desatar pasiones intensas. Adrienne se aproximó con una bandeja de canapés:

—Lo siento, no hay nada espectacular que ofrecer hoy, solo algo de picar. Estoy ocupada con todos los preparativos.

Juan aprovechó para alabar sus esfuerzos y recalcar que añadiría una mención especial en su columna. Lucía, por su parte, se quedó un segundo contemplando la expresión amable de Adrienne y se preguntó si, en caso de surgir un conflicto mayor, la francesa podría verse envuelta. "No tengas la mente tan paranoica," se repitió, aunque no era fácil desconectar.

Entre los asistentes a esa recepción informal también se encontraba un señor de aspecto serio y gafas redondas que resultaba ser un pequeño coleccionista local. Se presentó como **Ramón** y, al enterarse de que Lucía y Juan eran forasteros interesados en la feria, soltó un comentario peculiar:

—Si tenéis ojo para la belleza, os encantará lo que se cuece aquí. Algunos se matan por un cuadro, literal o figuradamente. —Sonrió con un matiz sarcástico—. Pero supongo que toda feria tiene sus anécdotas.

Lucía no pudo contener un escalofrío al oír la expresión "se matan por un cuadro." Se rió para restarle importancia, pero su mente evocó tantas historias, reales y ficticias, donde el arte y el dinero se

mezclaban hasta provocar desenlaces fatales. Aun así, la velada transcurrió sin más que unas cuantas risas, copas de vino y comentarios de admiración por las obras expuestas. Nada que se saliera de lo normal… salvo esa miríada de pequeños roces y referencias a la expectación del "gran lienzo."

Cerca de las nueve de la noche, Lucía y Juan se despidieron, prometiendo regresar a la inauguración oficial. De camino a la salida, cruzaron un último intercambio con Adrienne, que les agradeció la visita. Juan aprovechó para preguntarle discretamente si tenía problemas con alguien de la feria o del ayuntamiento, dada la importancia de su subasta.

—De momento, no —contestó ella—. Salvo cierta burocracia que siempre complica las cosas. Pero confío en que todo salga bien. La gente de Altea es encantadora, aunque hay cierta tensión con la asignación de espacios y la rivalidad entre artesanos y chefs. —Sonrió—. No pasa de discusiones puntuales.

—Me alegra oír eso —dijo Juan, con una calidez que iba más allá de lo profesional.

Salieron y descendieron por las calles medio iluminadas hasta la zona baja. La noche resultaba apacible y, aunque no habían visto gran alboroto, Lucía intuía de nuevo esos hilos sueltos que marcaban "algo no encaja." Pensó en la artesana preocupada, el chef airado, el funcionario tensado, y la intriga del cuadro. ¿Sería un cúmulo de nimiedades o la antesala de un conflicto mayor?

Al llegar al hostal, decidieron tomar un último refresco antes de acostarse. La encargada les preguntó cómo había ido la recepción. Lucía respondió de forma resumida, sin entrar en detalles. Subieron

a su habitación con el ánimo intrigado. Lucía, sentada en la cama, le dijo a Juan:

—He de confesar que todo este misterio en torno al cuadro me llama poderosamente la atención. ¿Te acuerdas de lo que ha dicho ese tal Ramón? "Se matan por un cuadro"… Lo dijo medio en broma, pero no sé, Juan. A veces el subconsciente se confiesa así.

—Sí, y la gente no deja de insinuar que será una bomba en la subasta. ¿Quién sabe…? —Juan guardó su portátil en la mesa de noche—. Pero no te alarmes. Puede que sea solo marketing de Adrienne para subir el valor.

Lucía asintió, abriendo su libreta para anotar algunas impresiones. Subrayó: "Cuadro = desaparecido, ¿veracidad? Tensión de artesanos, chef, funcionario. Subasta = ¿alto valor?". Mordió el bolígrafo con un escalofrío. Era el preludio de algo, ¿o un simple rumor?

—Creo que mañana seguiremos explorando y veremos si la feria avanza sin más problemas —comentó, intentando sonar tranquila.

—Así es. —Juan sonrió—. Y si no, ya sabemos cómo se nos da investigar, ¿no?

Se desearon buenas noches con humor. Lucía cerró la libreta y apoyó la cabeza en la almohada. "¿Y si estoy viendo fantasmas solo porque deseo escribir sobre ellos?", pensó. Pero entonces recordó los ojos de la artesana temblorosa. Y supo que no era imaginación.

En cualquier caso, todavía no había sucedido ningún suceso violento. Solo roces, rumores y expectativas crecientes. Al día siguiente, la feria se desplegaría con mayor intensidad, y con ella, vendrían más encuentros y quizá el primer gran sobresalto que

confirmara —o desmintiera— las sospechas de Lucía. El canto lejano de una gaviota rompió el silencio. Lucía la oyó con los ojos cerrados y pensó que algo se aproximaba. No sabía si era una revelación… o una desgracia vestida de arte.

4

LA TARDE HABÍA TRANSCURRIDO con una placidez engañosa en Altea. Lucía y Juan habían aprovechado las primeras horas del día siguiente para pasear por el mercado de frutas y verduras, charlar con algunos comerciantes y observar cómo la Feria Gastronómica y Artesanal cobraba cada vez más vida. La zona del puerto se llenaba de puestos improvisados, donde los pescadores locales mostraban su género fresco. Mientras tanto, los turistas deambulaban con alegría por las calles, disfrutando del aroma de guisos y dulces tradicionales.

Lucía sentía que ese ambiente burbujeante le brindaba nuevas impresiones para anotar en su libreta. Llevaba los ojos bien abiertos, dispuesta a absorber la idiosincrasia de Altea, desde el gesto orgulloso de una pescadera anunciando sus boquerones hasta la forma en que ciertos artesanos se esmeraban por exponer la mejor cerámica para atraer a los compradores. Juan, por su parte, se movía con un aire más sofisticado, en busca de testimonios que

aportarían un toque elegante a su artículo. Hacía preguntas sobre la calidad del arroz y la tradición del caldo de pescado, sacando fotos con su teléfono. Suspiraba satisfecho cada vez que encontraba un detalle estiloso, ya fuera un rincón pintoresco o un trozo de historia local.

Era media tarde cuando, después de comer un par de tapas en un bar cercano a la playa, Lucía propuso volver a la parte alta del Casco Antiguo para tomar un helado y contemplar la vista del mar desde uno de los miradores. Juan aceptó encantado. Subieron por calles ya familiares, saludando con un ademán a algunos vecinos que habían visto el día anterior. Hablaban sobre sus planes para más tarde, ya que la inauguración oficial de la feria se avecinaba. En el trayecto, se toparon con la artesana de pelo canoso, quien les sonrió con cansancio y comentó que su jornada había sido larga. Lucía le preguntó, con la curiosidad amable que la caracterizaba, si todo iba bien.

—De momento, sí —respondió la mujer—. Solo espero que no surjan más discusiones por la colocación de los puestos. Hay personas muy tensas por el asunto del cuadro que va a exhibir esa galerista francesa… y también por los problemas de espacio. Pero, bueno, nada tan grave como para quejarse. A fin de cuentas, Altea sigue siendo un pueblo tranquilo.

Lucía asintió, relajándose un poco. Tal vez todas sus sospechas no eran más que la influencia de su anterior experiencia y de su mente de escritora de misterio. Se despidió de la artesana, anhelando que, efectivamente, nada perturbara esa supuesta tranquilidad.

Tras una cuesta algo empinada, llegaron a un mirador cerca de la iglesia. Compraron helados en un pequeño puesto ambulante, donde un joven servía helados artesanales de sabores como turrón, almendra y fruta fresca. Lucía optó por uno de turrón, sabiendo que la zona era célebre por ese dulce; Juan se decantó por una mezcla de almendra y miel. Se apoyaron en la barandilla, disfrutando la brisa que llegaba desde el mar, y contemplaron la estampa de techos blancos y aguas azules hasta perderse en el horizonte. Era uno de esos instantes en que la vida parecía perfecta, sin agobios ni tragedias.

—Qué maravilla, ¿verdad? —susurró Lucía, lamiendo su helado con cierto deleite—. Si no fuese por la experiencia pasada, te diría que nada puede salir mal en un lugar así.

Juan asintió, medio ensimismado en la panorámica:

—Sí, ojalá todo transcurra en calma. Tengo casi todo el material que necesito para la introducción de mi artículo, y solo espero que la feria no se vea empañada por conflictos.

Estuvieron un rato en silencio, contemplando. Sin embargo, la vida se encarga a menudo de sacudir esos momentos de paz. Fue entonces cuando, desde un par de calles más abajo, empezaron a oírse voces alteradas, como un murmullo de confusión que se elevaba. Lucía ladeó la cabeza con curiosidad:

—¿Oyes eso?

—Parece que hay algún alboroto —contestó Juan, incorporándose con cierta inquietud.

Las voces procedían de una callejuela que descendía en zigzag hacia una parte menos transitada del casco histórico, justo entre

algunas casas de muros gruesos. Sin pensarlo mucho, decidieron acercarse para comprobar si se trataba de una riña entre vecinos o algo más mundano. Al doblar la esquina, se encontraron con un pequeño corrillo de gente que miraba, aturdida, a alguien tirado en el suelo en un rincón empedrado. Una mujer se tapaba la boca con evidente horror, mientras un hombre mayor exclamaba, con voz temblorosa, que "había que llamar a la Guardia Civil."

Lucía y Juan se abrieron paso con cautela, pidiendo permiso:

—Disculpen, ¿qué ha pasado?

La imagen que vieron les estremeció el alma: el cuerpo de un hombre yacía en posición extraña, con la cabeza ladeada contra la pared. La expresión del cadáver evidenciaba espanto en los rasgos y tenía una ramita de romero entre los dedos. Al principio, Lucía pensó que era casualidad. *Luego se preguntó si alguien la había dejado allí a propósito.* Unos metros atrás, en el suelo, se veía algo caído, tal vez una bolsa o un objeto personal.

Lucía sintió un vuelco en el estómago. Aquella estampa la devolvía de pronto a la cruda realidad de un crimen, o al menos de una muerte sospechosa. No estaba segura de qué decir. Un señor con bigote frondoso explicaba con voz nerviosa que había pasado por allí y hallado al pobre hombre tendido, sin respuesta. Otro vecino, con semblante sombrío, afirmaba conocerlo: un artesano o coleccionista ligado a la feria, que se llamaba Marcos o algo similar.

Juan, sin perder la compostura, se inclinó lo justo para ver si había algún signo de vida, pero al notar la rigidez, retrocedió con angustia. No era necesario ser médico para darse cuenta de que ya no respiraba. Lucía, todavía con el helado derritiéndose en su mano, dio

un paso atrás, sintiendo su pulso dispararse. Empezaba a repetirse la historia: un lugar pacífico, un crimen encubierto. Ojalá fuera tan solo un infarto, se dijo. Mas la forma en que el hombre yacía, con unos leves moretones en el cuello y la tensión de sus rasgos, no era la de un suceso natural.

La mujer que tapaba su boca gimió:

—Dios mío, lo han matado. ¿Quién haría esto?

—¿Seguro que es un asesinato? —replicó otro vecino, con voz agitada—. Podría haberse caído…

Sin embargo, uno que parecía tener más aplomo replicó:

—No se ve sangre ni nada, pero la postura indica que lo empujaron o forcejearon. ¡Llamad a la Guardia Civil!

Lucía tragó saliva. Recordó su aterradora vivencia en Tabarca, cuando descubrió el cuerpo de un inversor en la costa. Otra vez estaba ante un cadáver, con gente conmocionada y sin saber qué ocurriría a continuación. Juan se arrodilló con cuidado para ver si el hombre tenía pulso, pero ya no había remedio. Al fijarse bien, notó un enrojecimiento extraño alrededor del cuello, tal vez un signo de estrangulamiento, o un forcejeo que dejó marcas. Rápidamente, se levantó, poniendo una mano en el hombro de Lucía:

—Nada que hacer, Lucy. Está… muerto.

Ella sintió un escalofrío punzante. Clavó la mirada en el rostro inerte del difunto, intentando reprimir las náuseas:

—¿Lo reconoces?

—Creo que lo he visto de pasada en la feria, conversando con un artesano —murmuró Juan—. ¿Recuerdas cuando hablaban de un tipo que coleccionaba piezas viejas? Podría ser él.

Lucía recordó con un estremecimiento la frase de Ramón. ¿Y si no había sido una exageración después de todo?

No quedaba margen de duda para ella: la tragedia había irrumpido de nuevo en su vida. Miró alrededor, notando el callejón semioscuro, las paredes de piedra y un aroma rancio que se mezclaba con el aire estival. Dos turistas que pasaban por allí se detuvieron al percatarse de la escena. Un anciano sacaba su teléfono para llamar a la Guardia Civil. El murmullo de personas se volvió un eco de consternación, y en medio de todo ello, Lucía sintió que el corazón se le rompía. Ningún lugar es inmune a la muerte violenta.

Los minutos se hicieron eternos hasta que se oyó la sirena de un coche patrulla. Un par de agentes de la Guardia Civil, en uniforme verde, llegaron con semblantes serios, pidiendo a todos que se apartaran y dejaran espacio. Uno de ellos, de mediana edad y bigote fino, se presentó como el cabo Torres e intentó imponer orden. Llevaba un llavero con un pompón azul colgando del cinturón. Lucía lo miró de reojo, preguntándose si era un regalo de su hija, o una excentricidad personal. Preguntó si alguien había visto algo, si alguien conocía a la víctima. Nadie tenía respuestas claras, solo conjeturas, llantos aislados y declaraciones inconexas de que el hombre estaba "perfectamente" unas horas antes.

Juan y Lucía se presentaron como turistas e indicaron que habían acudido atraídos por los gritos. El agente les pidió que se quedaran cerca, por si necesitaba alguna declaración adicional. A la vez, solicitaba al resto de curiosos que se dispersaran, invitando a la gente a continuar su camino. Aun así, un pequeño corro se mantenía a distancia, pendiente de cada movimiento. Lucía, con las manos

algo temblorosas, apartó la mirada del cuerpo, y se puso a observar la escena: la bolsa en el suelo, la textura del empedrado, un papel arrugado cerca del zapato de la víctima. Era como si no pudiera evitar fijarse en detalles, presa de su vocación de investigadora accidental.

La llegada de un vehículo de emergencias sanitarias confirmó que ya no había esperanza. Uno de los sanitarios revisó los signos vitales, certificando la muerte. El cabo Torres se rascó la barbilla y llamó por radio para solicitar refuerzos, indicando que tenían un posible homicidio en un callejón. Pidió que la zona fuera acordonada. Lucía sintió un vuelco en el estómago: la palabra "homicidio" resonó con fuerza, oficializando la tragedia.

—Deben haberse peleado, o lo empujaron contra el muro... —se oyó murmurar a un joven que veía la escena. —¿O lo estrangularon? —añadió otro, escalofriado.

En ese instante, Lucía y Juan se miraron con la comprensión de que su plan de vivir la feria sin sobresaltos se había roto en mil pedazos. Por segunda vez en sus vidas, tropezaban con un crimen real. El pulso de Lucía se disparó, y la adrenalina de la experiencia pasada emergió sin pedir permiso. Se le cruzó la idea de que quizá sería mejor apartarse, dejar a la Guardia Civil hacer su trabajo. Pero una parte de ella sabía que no podría desentenderse. Había algo en su interior que clamaba: "Debes saber la verdad, debes implicarte."

Juan leyó su expresión y posó una mano en su hombro:

—Lucy, tranquila. No tenemos por qué repetir lo de Tabarca. A no ser que...

—A no ser que nadie mueva un dedo y el culpable quede libre —murmuró ella, en un hilillo de voz—. O a no ser que volvamos a ser los únicos con agallas para investigar.

Juan se mantuvo callado unos segundos. Estaba claro que la Guardia Civil haría su labor, pero él también recordaba lo sucedido antes: se necesitaba alguien con determinación y curiosidad para sacar a la luz los hilos ocultos que las autoridades no siempre ven a primera vista. Suspiró y asintió, con cierto peso en los párpados:

—Entiendo. Vayamos poco a poco. Primero, esperemos a ver cómo reacciona la policía.

Ella asintió, respirando hondo para serenarse. El cabo Torres se acercó en ese momento:

—¿Ustedes no eran de aquí, verdad? —les preguntó con cortesía. —No, cabo. Somos visitantes —respondió Lucía—. Oímos los gritos y encontramos esto. —¿Han tocado algo de la escena? —No, en absoluto. —Juan negó con la cabeza—. Solo hemos verificado que la víctima ya no respiraba.

El guardia asintió y tomó nota de sus datos personales. Les pidió su número de teléfono por si necesitaba más detalles. Lucía dudó en soltar alguna pista o comentario, pero prefirió reservarse sus observaciones. Al fin y al cabo, apenas sabían que el difunto podía ser un artesano o un coleccionista ligado a la feria. No era el momento de dar conclusiones sin base.

La zona quedó acordonada y llegaron más agentes para recabar indicios. Con algo de desaliento, Lucía se apartó, arrastrando a Juan con ella. Ambos se quedaron a varios metros, observando cómo el cuerpo yacía allí en la penumbra del callejón, rodeado de cintas que

impedían el paso de curiosos. Sentían un nudo de tristeza y estupor. Un día atrás, todo era idílico, y ahora aquel suceso cambiaba el panorama, igual que una piedra que cae en un lago quieto y provoca ondas que se expanden sin freno.

Lucía, con el corazón encogido, miró a Juan:

—No vamos a poder volver a la rutina después de esto, ¿no?

—No —admitió él, con un suspiro apesadumbrado—. Parece que no.

Aquel era el punto de inflexión. Por dentro, Lucía sabía que su vocación de detective aficionada, nacida en Tabarca, se activaba con fuerza. No podía fingir que el crimen no la implicaba. Más aún, tras ver las tensiones soterradas de la feria, intuyó que había un trasfondo que conectaba el crimen con los roces y el cuadro famoso, o con los intereses de algún personaje. Su instinto gritaba: "Esto no ha sido casual." Y, en consecuencia, su determinación se disparaba.

Juan, a la vez, entrevía el potencial periodístico de un "asesinato en la feria gastronómica," aunque se sentía culpable por pensar en ello como un simple titular. No quería sensacionalizar la tragedia, pero su vena de reportero lo impulsaba a buscar la verdad y narrarla con la sinceridad que merecía. Además, su lealtad a Lucía lo empujaba a acompañarla si ella se metía en investigaciones peligrosas.

—Se acabó la tranquilidad —musitó Lucía, con los ojos clavados en el acordonamiento policial—. Al menos, yo no puedo quedarme de brazos cruzados mientras un asesino anda suelto.

—Sé que no lo harás —dijo Juan, apoyando su mano en la de ella —. Cuenta conmigo, Lucy, aunque intentemos ser prudentes.

Lucía asintió con un deje de tristeza. De pronto, la Feria de Altea se había transformado en el telón de fondo de un crimen violento, y la idea de un cuadro valioso, las disputas entre artesanos y cocineros, todo ello podría estar conectado con la muerte de ese hombre. O quizá no. Pero el mero hecho de que un muerto apareciera en un callejón, en un pueblo tan apacible, indicaba que detrás de la fachada soleada y gastronómica algo turbio se movía.

Mientras la brisa marina seguía acariciando los tejados y la multitud dispersa comentaba el suceso con horror, Lucía y Juan se alejaron de la escena. La conmoción interna era más fuerte que sus palabras. Conscientes de que aquella muerte rompía en mil pedazos su plan de escribir o cubrir la feria sin sobresaltos, se sumían en una mezcla de miedo y responsabilidad. Como bien dijo Lucía, la vida no les permitiría ignorar esa tragedia. Tenían que implicarse, quisieran o no. Por segunda vez, el destino ponía ante sus ojos un misterio que exigía a gritos la sagacidad que ambos habían demostrado tiempo atrás.

Esa noche, mientras la brisa nocturna arrastraba el aroma de los fogones aún encendidos, Lucía comprendió que Altea ya no era solo un pueblo bello en su libreta de notas. Era un tablero. Y alguien había hecho su primer movimiento.

5

EL RUMOR DE LA tragedia se propagó por Altea con la misma velocidad con que el sol mediterráneo espantaba las brumas matinales. Aquella mañana, apenas salieron los primeros puestos a abrir en la plaza, ya se corría la voz de que había aparecido muerto un hombre. Entre susurros y comentarios cortados, la gente comentaba que lo habían hallado en un callejón del casco antiguo al anochecer. Nadie coincidía en los detalles, pero todos repetían la misma impresión: "No fue un simple desmayo ni un accidente".

Lucía se levantó temprano en el hostal, con la mente puesta en las escenas que vivió la tarde anterior. Había dormido mal, con imágenes revueltas del cuerpo tendido en aquel rincón de piedra, mientras la Guardia Civil tomaba el control de la zona. Aun así, se obligó a desayunar algo, convencida de que necesitaba energías para lo que viniera. Sentada en una mesita del comedor, con un bol de leche y cereales, oía de fondo las conversaciones de otros huéspedes y la dueña, doña Teresa, que parecían girar en torno al

mismo suceso. Aunque nadie decía abiertamente la palabra "asesinato", Lucía percibía la certidumbre que flotaba en el aire: "Fue una muerte violenta."

Cuando **Juan** apareció, vestía una camisa clara y traía el gesto ensombrecido. Se sentó enfrente de Lucía y, sin decir palabra, tomó un sorbo de café. Ella le dedicó una mueca que intentaba ser una sonrisa de complicidad.

—¿Qué tal has dormido?

—Pésimo —admitió él—. No puedo dejar de pensar en la escena de anoche. No me lo saco de la cabeza. Y para colmo, la gente del hostal habla por los pasillos como si estuviéramos en un episodio de sucesos sin resolver.

Lucía asintió, con la mirada fija en el cuenco de cereales:

—Es normal. Y no parece que la autoridad local sea muy abundante en recursos. Ayer el cabo Torres llegó con un par de agentes, pero se le veía abrumado.

—He escuchado que la comisaría no cuenta con gran plantilla. Quizás pidan refuerzo de la capital. —Juan dio un trago largo a su café—. ¿Tú cómo estás?

La pregunta encendió en Lucía un nudo de emociones. Recordaba cómo, en Tabarca, había experimentado una mezcla de temor y adrenalina, y ahora esos sentimientos reaparecían. Con todo, la rabia de que alguien hubiese muerto de forma tan injusta pesaba más.

—Confusa —contestó—. Pero dispuesta a no mirar a otro lado. Esa persona —comentó con voz tenue—, según escuche, era un artesano o coleccionista involucrado en la feria. ¿Recuerdas que

supusimos que podía ser un hombre que andaba rondando la subasta o algo así?

—Sí, anoche me sonaba de haberlo visto. —Juan apoyó la taza—. Parece que lo ratifica la gente. Se llamaba, creo, Marcos. Al menos eso oí.

Hubo un silencio breve. Afuera, el sol empezaba a iluminar la calle, y un murmullo se filtraba por la ventana. Lucía soltó el aire: lo sabía, la semilla de su determinación estaba germinando. No podía desentenderse. **Él** había muerto, y las circunstancias apuntaban a un crimen.

—Tengo la impresión de que no fue accidental. —Lo soltó de golpe, pero con la seguridad que le daba su sentido de observación—. En el callejón, la postura del cuerpo y... no sé, la rigidez del cuello, algo me decía que hubo violencia.

—Cierto. Además, faltaban cosas —añadió Juan, recordando los detalles—. No tenía un bolso ni documentos a la vista. Te fijaste en aquella bolsa tirada, pero no parecía suya, o al menos no estaba cerca de su mano.

Lucía dejó la cuchara y miró a su amigo con un brillo de coraje en la mirada:

—Así que no fue un infarto ni una caída fortuita. Alguien lo atacó, o lo empujó. Y si la policía local carece de recursos, me temo que corremos el riesgo de que se archiven las sospechas o que tarden demasiado en esclarecerlo.

—¿Quieres meterte de lleno otra vez?

No había reproche en la voz de Juan, sino una mezcla de resignación y complicidad. Lucía sabía que él también sentía el

pinchazo de la injusticia. Aunque albergaba reparos por su seguridad, no podía reprimir su vena periodística.

—No puedo quedarme de brazos cruzados, Juan. Aún no sé cómo abordarlo, pero la persona que murió seguramente tenía lazos con la feria. Tal vez descubrió algo o disputó con alguien. Y me revienta pensar que se pueda tapar todo. —Bajó la voz—. Tú también viste cómo la gente aquí tenía tensiones: el chef, el funcionario, la galerista con su cuadro misterioso... No digo que estén implicados, pero cualquiera pudo tener un motivo.

Juan soltó un bufido suave y desvió la mirada por la ventana:

—Lo cierto es que, como dices, la policía no abunda en personal. Y con la feria en marcha, esta noticia puede causar estragos. La reputación de Altea está en juego. Puede que las autoridades, o parte de la organización, minimicen el suceso.

—Exacto —asintió Lucía—. Por eso no podemos esperar a que alguien más actúe.

Terminaron el desayuno sin mucha prisa, intercambiando hipótesis. Acordaron que, de inmediato, no señalarían a nadie, sino que recabarían información. Lucía usaría su habilidad de husmear en la comunidad, mientras Juan, con la excusa de su reportaje, se acercaría a las figuras clave: el chef, el funcionario Vicente, la galerista Adrienne y cualquiera que hubiera tratado con el difunto.

Antes de partir, se acercaron a doña Teresa para preguntarle si sabía algo concreto del hombre muerto. Ella se mostró reticente a hablar, pero al final confesó que oyó decir que se llamaba Marcos García y que era un artesano especializado en rescatar objetos antiguos, tal vez también hacía de coleccionista. Pocos más datos

podía aportar, salvo que llevaba unos meses en la zona, preparando algo para la feria.

Lucía tragó en silencio la frustración de no tener un retrato más completo. Así, salieron a la calle, listos para la pesquisa informal que, a su modo, iniciaban. El sol de media mañana iluminaba los adoquines con un resplandor casi festivo, en un contraste cruel con la tragedia que se cernía sobre el pueblo. Más allá de su pena, Lucía sentía bullir la adrenalina: era el "punto sin retorno." Había visto suficiente para concluir: "No fue un accidente," y tenía la razón para investigar.

Al atravesar la plaza, detectaron la expectación tensa que impregnaba el ambiente. Algunos comerciantes hablaban en voz baja; otros tenían gestos nerviosos. Se acercaron a la artesana de pelo canoso, que mantenía su puesto con semblante apesadumbrado. Ella los saludó con un cabeceo.

—Menudo horror lo de anoche, ¿verdad? —soltó Lucía con delicadeza, intentando ver si la mujer respondía.

—Ya te digo. Es una tragedia… Aunque no lo conocía muy bien, sé que era un hombre discreto, siempre buscando objetos viejos en mercadillos. —Miró a Lucía con unos ojos tristes—. Dicen que puede que lo hayan matado. Por favor, que esto no manche el nombre de nuestra feria.

—Sí, es lamentable —respondió Lucía—. ¿Sabe si tenía algún conflicto con alguien?

La artesana se encogió de hombros, nerviosa:

—No me consta, hija. Lo vi hablando con varios expositores, pero no noté nada grave. Era amable, aunque algo reservado. A veces

parecían interesarle piezas antiguas. Quizá se topó con gente equivocada… No lo sé.

Juan se sumó a la charla:

—¿Seguro que no hay rumores de una disputa?

—Bueno, hablaban por ahí de que Marcos tenía un ojo puesto en la subasta de un supuesto lienzo famoso. —La mujer agitó la mano—. Pero no sé más. Escuchad, no quiero meterme en líos. Hay muchos chismes, y no me apetece que me relacionen con habladurías.

Lucía agradeció la franqueza y, despidiéndose, tomó nota mental de esa pista: el hombre quizá deseaba pujar o involucrarse en la subasta del "cuadro misterioso" de Adrienne. Llamaba la atención, desde luego. Aunque no se podía concluir nada, la coincidencia era digna de investigación.

Se alejaron y, al doblar otra esquina de la plaza, vieron a la misma persona con la que se había discutido el chef el día anterior: el funcionario Vicente. Conversaba con otro hombre de chaleco que parecía ser parte de la organización. Lucía decidió acercarse con la excusa de preguntar por el programa de la feria. Vicente, aunque cortés, se notaba algo tenso.

—Disculpe —dijo Lucía, con tono inocente—. Somos visitantes interesados en la feria. ¿Podría indicarnos el horario de las principales exhibiciones?

El funcionario asintió, sacó un folleto y empezó a explicar mecánicamente. Pero Juan, con su tacto, introdujo el tema:

—Hemos sabido lo del fallecido anoche. La gente anda preocupada. ¿Hay alguna medida especial para la feria ahora?

Vicente se inquietó, moviendo los hombros:

—Estamos investigando, por supuesto. La Guardia Civil ya hace lo suyo. —Parecía evadir la pregunta más directa—. No duden de que la feria seguirá con normalidad. No queremos alarmar a nadie. Seguramente fue un suceso aislado.

Lucía frunció el ceño: "Suceso aislado." Sonaba a minimización. Aun así, no se atrevió a contradecirlo abiertamente. Agradeció la información y se despidió. Mientras se alejaban, se inclinó hacia Juan:

—¿Te das cuenta? El ayuntamiento quiere presentar todo como un hecho fortuito, sin relevancia. Menuda indiferencia, o quizá encubrimiento.

—No es raro, Lucy. Querrán evitar que la feria se manche y se ahuyente el turismo.

Lucía apretó los labios, confirmando que, una vez más, era evidente que no podía confiar en que los responsables dieran importancia al caso. Suspiró, sintiendo otra punzada de rabia: "Un hombre ha muerto, y lo tratan como un estorbo. No lo permitiré," pensó con firmeza.

Tras deambular media hora más, conversando con uno y con otro, recopilaron retazos de la víctima: un artesano medio coleccionista, interesado en piezas viejas, con cierta fijación por la subasta del famoso cuadro. Varias personas repetían la idea de que "quizá quería invertir, o vender algo." Todo apuntaba a que la feria era su escenario central. Lucía y Juan no hallaron a nadie que mencionara una enemistad clara, aunque sí varias personas lo describían como "algo reservado."

Llegando el mediodía, se refugiaron en un pequeño bar para tomar algo fresco. Lucía revisó su libreta y enumeró las razones por las que se intuía que no fue un accidente:

1. Falta de sus pertenencias, que no estaban junto al cuerpo.
2. La expresión tensa del difunto y la postura forzada, sugerentes de violencia.
3. Los rumores de que el hombre andaba tras un cuadro valioso, potencial motor de un conflicto monetario.

—Con esto me basta —dijo Lucía—. Tengo suficientes indicios de que se trata de un homicidio. Y si la policía local está saturada, iremos de cabeza a investigar.

Juan, con el vaso de refresco en la mano, asintió, aunque su semblante mostraba un deje de inquietud:

—Totalmente de acuerdo. Y, si la gente ve que no somos meros entrometidos, quizá colabore. Al fin y al cabo, la víctima formaba parte de la feria, y la comunidad querrá aclarar el asunto, o al menos sacudirse la sospecha.

—Creo que nuestra base inicial será entender su relación con la subasta del cuadro y las tensiones en la feria. Aparte, hay que averiguar si tenía problemas con alguien: el chef, un artesano rival, un coleccionista… No sé.

—Podríamos hablar con Adrienne. Ella conoce de cerca todo el tema del arte y la subasta. A lo mejor, Marcos quería pujar o estaba intentando vendérselo a alguien.

El solo hecho de mencionar a Adrienne provocó en Lucía una chispa de celos reprimidos, pero se enfocó en lo importante:

—Bien. Podemos visitarla esta tarde. Con la excusa de nuestra curiosidad periodística, quizá nos revele algo. Y de paso, iremos tanteando a más gente.

De ese modo, se fijó la dirección que tomarían. Lucía sentía en su interior el ardor de la investigadora que no podía ignorar un crimen. Recordaba cómo, tras Tabarca, se había jurado no buscar líos por su cuenta, pero aquí no se trataba de inmiscuirse sin motivos, sino de que la muerte de aquel hombre no quedase impune. Y, con un poco de suerte, su habilidad para desentrañar hilos sueltos podría ayudar.

Así, salieron del bar con la determinación renovada. Un nuevo caso se abría ante ellos, y ya no era solo la gastronomía y las curiosidades de Altea: el crimen había irrumpido y reclamaba la atención de Lucía y Juan. Ellos, más que simples testigos, se convertirían en investigadores improvisados, otra vez, para honrar a la víctima y sacar la verdad a la luz. Lo que no sabían era que aquel crimen era solo la punta del iceberg de un entramado más profundo, donde la codicia y los resentimientos se arremolinaban bajo la fachada luminosa de la feria.

6

AQUELLA MISMA TARDE, LUCÍA y Juan decidieron regresar al Casco Antiguo para continuar con las averiguaciones. El sol calentaba las calles con una intensidad firme, así que pensaron que quizá muchos feriantes estarían recogiendo o descansando. Aun así, deseaban indagar un poco más sobre el difunto. Se habían enterado de que la Guardia Civil reclamaba colaboración ciudadana, aunque mantenían el caso con discreción para no alarmar a los turistas.

Mientras subían por las empinadas escaleras hacia la iglesia, se toparon con un joven de piel tostada que llevaba un lote de cerámicas en un carrito:

—¡Disculpa! —lo llamó Lucía—. ¿Te suena un hombre llamado Marcos García? Un artesano o coleccionista que estaba aquí en la feria…

El muchacho frunció el ceño, apoyando el carrito:

—Marcos… Lo vi un par de veces. Creo que estuvo preguntando por piezas antiguas que algunos artesanos traen de herencias

familiares. No era muy hablador. Me dijo que buscaba algo "especial."

—¿Sabes si halló lo que buscaba? —inquirió Juan.

—Ni idea. Pero hace una semana me preguntó por la subasta de un cuadro que va a organizar la señora Adrienne, esa francesa. Yo le dije que no sabía mucho, salvo que era una obra valiosa. —El joven se encogió de hombros—. Tal vez Marcos quería comprarlo o revender algo. En fin, un lío que no entiendo bien.

Lucía lo agradeció, sintiendo que la teoría de la subasta cobraba fuerza como eje central. El chico prosiguió su camino con su carrito y ellos siguieron ascendiendo. En la parte alta, vieron de nuevo las carpas de algunos artesanos cerradas por el momento, y el puesto de la artesana de pelo canoso solo exhibía unos pocos objetos, señal de que se preparaba para la actividad nocturna.

Decidieron detenerse en la terraza de un café que les gustó por la sombra que ofrecía, y pidieron unos refrescos. Lucía abrió su libreta y escribió: "Marcos buscaba objetos antiguos y tenía interés en la subasta. ¿Posible conflicto con alguien que no quería que pujase o descubriera algo?"

—Todo apunta a que el cuadro de Adrienne es un imán de problemas —dijo, levantando la vista hacia Juan—. Quizá la víctima tenía dinero suficiente para comprarlo, o pretendía advertir que era falso, quién sabe.

—Podría ser. O un competidor quería deshacerse de él para no perder la oportunidad de pujar. —Juan suspiró—. O tal vez sea algo distinto y nosotros nos estamos obsesionando con lo del cuadro. Pero es la pista más clara hasta ahora.

Mientras conversaban, notaron la presencia de un hombre robusto, con un delantal, a quien reconocieron: era **Óscar**, el chef malhumorado de días atrás. Caminaba apurado, como si buscase a alguien, y al verlos, se detuvo con gesto de reconocimiento:

—Vosotros sois… los forasteros, ¿no? —Su tono no era especialmente amable, pero tampoco agresivo—. ¿Habéis escuchado lo de ese artesano que apareció muerto?

Lucía se removió en la silla y asintió:

—Sí, lo vimos ayer, por desgracia. Es horrible.

El chef bajó la vista y soltó un leve resoplido:

—Menudo escándalo. Esto puede arruinar la feria o, al menos, asustar a los visitantes. Y encima, la policía preguntando si alguien lo vio discutir con alguien…

—¿Lo vio usted? —preguntó Juan, tanteando.

—No, apenas crucé un par de frases con ese hombre. Ni siquiera sé su nombre completo. Pero si la prensa se hace eco de un asesinato, la gente relacionará la feria con violencia, y eso no me conviene. Y ahora esto. Como si ya no fuera suficiente con que me quitaran de en medio el sábado por la noche.

Lucía se fijó en su semblante: más que pena, reflejaba enojo por las repercusiones. Decidió no enjuiciarlo y se limitó a un comentario neutro:

—El caso es que alguien ha muerto y no parece un accidente. ¿No le preocupa?

Óscar miró a Lucía con frialdad:

—Por supuesto que me preocupa. Pero no puedo hacer nada, ni perder el tiempo. Si la policía quiere preguntarme, responderé.

Ahora tengo que preparar una presentación importante. Adiós.

Sin más, se largó con un gesto brusco. Lucía intercambió una mirada con Juan, alzando las cejas:

—Menudo personaje.

—Sí, y su principal inquietud es la imagen de la feria —murmuró Juan—. Aunque no lo culpemos, su reacción deja claro que la gente teme más el impacto en el negocio que la tragedia en sí.

Terminaron el refresco y, con la tarde ya mediada, se plantearon ir a buscar a la galerista. Sin embargo, Lucía opinó que quizá Adrienne estaría ocupada con los preparativos de la inauguración oficial. Preferían no incordiarla a esa hora. Así que, para aprovechar el tiempo, decidieron ver si podían hablar con alguien de la comisaría local o, al menos, con la Guardia Civil, para recabar información más oficial.

Bajaron la colina y se dirigieron a la zona donde recordaban haber visto una placa de la Guardia Civil, si bien no sabían si allí se encontraba el cabo Torres. Al llegar, hallaron un cuartel modesto. Un agente de guardia les informó de que Torres se encontraba fuera, realizando diligencias. Preguntaron si alguien podía atenderlos, pero el agente, con corrección, dijo que no podía divulgar detalles de la investigación. Juan insistió con diplomacia, argumentando que eran testigos del hallazgo, pero el agente repitió que el cabo Torres se pondría en contacto con ellos si fuera necesario.

Al salir del cuartel, Lucía notó la frustración de su amigo.

—¿Ves lo que te decía? No tienen muchos recursos ni tiempo para nosotros. Y seguro están saturados con la feria, la llegada de turistas...

—Tendremos que hacerlo a nuestra manera —repuso Lucía, encogiéndose de hombros—. De todos modos, no pretendemos suplir a la policía, solo recopilar indicios.

Con ese plan en mente, regresaron a la feria para observar el movimiento de la tarde-noche. La gente se reunía en la plaza para saborear tapas y música en vivo, ignorantes de la sombra del crimen reciente. Lucía y Juan aprovecharon para conversar con algunos tenderos, fingiendo un interés inocente en la organización del evento, y así saltó un nuevo rumor: ciertos artesanos afirmaban que la víctima, Marcos, había estado muy insistente con el tema del "cuadro desaparecido" y que planeaba presentar alguna objeción. Uno llegó a decir que "tal vez Marcos quería desbancar a la galerista con una prueba de que la pintura no era auténtica." Otro, en cambio, aseguraba que el hombre quería comprarlo a toda costa.

Lucía se sumió en reflexiones: tantas versiones contradictorias. Era evidente que si el cuadro estaba en el centro de la polémica, cualquiera que amenazara con revelar algo comprometedor se volvía incómodo. "¿Y si la muerte de Marcos derivó de ello?" se preguntó. Le parecía la hipótesis más sólida.

—Habrá que preguntar directamente a Adrienne —comentó, en un susurro, a Juan.

—Sí, pero con tacto. No querrás parecer que la acusas, ¿verdad?

—Claro que no. Además, no tengo pruebas de que ella esté implicada, pero a lo mejor sabía que él planeaba algo.

Juan asintió, aunque percibía un tirón interno: su incipiente atracción por Adrienne lo ponía en un aprieto emocional. No quería creer que la galerista, sofisticada y amable, estuviese envuelta en un

asesinato. Sin embargo, comprendía que Lucía necesitaba investigar cada ángulo y que en un crimen nadie quedaba exento de sospecha.

Antes de que la noche avanzara demasiado, se les ocurrió acercarse de nuevo al lugar donde se halló el cuerpo, para ver si había algún rastro o algo que la policía no hubiera recogido aún. Sabían que los agentes habrían hecho su trabajo, pero no podían descartar que algo quedara inadvertido. Tomaron la calle que conducía al callejón y, al llegar, descubrieron que había una cinta policial, pero la zona ya no estaba vigilada. El forense y la patrulla se habrían marchado horas antes.

El callejón lucía una penumbra iluminada apenas por un farol al final. Lucía sintió un escalofrío al recordar la imagen del cuerpo. Se aproximó a la pared, donde la tarde anterior yacía el difunto, e inspeccionó el suelo. Vio restos de polvo, algunos papeles pisoteados y un pequeño charco de agua estancada.

—Parece que lo limpiaron. O usaron un espray para detectar huellas y luego lo retiraron —susurró.

—Probablemente —musitó Juan, manteniéndose atento—. Aun así, echa un ojo por si quedara algo.

Lucía revisó con la mirada los rincones. Solo halló un trozo de cinta de plástico, quizá la cinta con que acordonaron la escena, y una colilla de cigarro mojada. Nada revelador, eso pensó y resopló con desánimo. Le habría gustado encontrar algo extraordinario, aunque fuera poco probable.

Entonces, junto al farol, descubrió un detalle entre las grietas del empedrado: un fragmento diminuto de papel, roto, con lo que parecía una cifra escrita a mano: “50.000”. ¿Era una nota? ¿Un

recordatorio? ¿Una puja? Lo recogió con delicadeza y lo guardó sin decir nada.

El silencio del lugar la sobrecogía. Se acordó del instante en que descubrieron a la víctima, la expresión de horror en su rostro, la postura rígida. Ahora que tenía más calma, pensó en la posibilidad de que hubiera forcejeado con su agresor. Tal vez un golpe certero lo arrojó contra la pared o lo asfixió. Y la pregunta era: "¿Quién tendría motivos para llegar a tal extremo?"

—No hay mucho que hacer aquí —concluyó, con un susurro decepcionado—. Vámonos.

Salieron del callejón con el paso rápido, conscientes de que la noche se cernía sobre Altea y el festejo de la feria proseguía con alegría, ignorando la tragedia que se había consumado a pocas calles. Lucía sintió un torbellino de sensaciones: ira por la muerte de Marcos, curiosidad insaciable, y un toque de melancolía porque, una vez más, su vena detective la alejaba de la deseada tranquilidad de un viaje placentero. Sin embargo, no se arrepentía. Tenía claro que daría pasos firmes: hablaría con Adrienne, con el funcionario, con los artesanos, con el chef… con todos los que estuvieran ligados a la feria y, de un modo u otro, pudieran arrojar luz sobre Marcos y su fatídico final.

Ese firme propósito la acompañó mientras se dirigían de vuelta al hostal, donde la gente charlaba sin saber de su búsqueda silenciosa de la verdad. Los lugareños, entretenidos con las catas de paellas y la música en la plaza, seguían su fiesta. Pero Lucía había cruzado el umbral que separaba la simple curiosidad de la auténtica determinación por esclarecer un crimen. Y Juan, aunque algo

receloso, permanecía a su lado, consciente de que era su compañera de aventuras y que, sin ella, esa segunda investigación no sería posible. Ambos estaban, otra vez, en el punto de partida de una pesquisa que, esperaban, no pusiera en jaque su seguridad como ocurrió en el pasado.

***

Ya de noche cerrada, al entrar en el hostal, Lucía y Juan se encontraron con un silencio denso, como si el lugar se hubiera vaciado de huéspedes. Doña Teresa, la dueña, estaba en la recepción, hojeando una revista. Les sonrió con un matiz de preocupación:

—Chicos, ¿cómo va vuestro día? He oído que la Guardia Civil se ha llevado el cuerpo de ese hombre. Pobre hombre, sí.

Lucía asintió con un suspiro:

—Sí, terrible. Parece que no fue un accidente. No puedo creer que haya sucedido aquí, en medio de la feria.

La mujer hizo una mueca de pesar y se inclinó sobre el mostrador:

—Supongo que la comidilla del pueblo es esa. Aunque… entre nosotros, algunos dicen que no era tan inocente como parecía. Yo no sabría decir… ¡Ay! Ojalá no afecte mucho el desarrollo del evento. Pero, pobre hombre, da mucha lástima.

Se despidieron y subieron a la habitación. Al cerrar la puerta, Lucía dejó su libreta en la mesilla y se sentó en la cama, echando un vistazo a Juan. Él se acomodó en la butaca, con el teléfono en mano, revisando noticias locales. No parecía haber un gran revuelo mediático: un par de webs de la zona apenas mencionaban "un hombre hallado muerto en Altea, sin confirmarse las causas." Ella apretó los labios, notando que seguramente, con la inauguración de

la feria, la atención mediática se centraría en lo festivo, no en la tragedia.

—¿Qué haremos mañana? —preguntó Juan, desviando la vista del móvil.

—Indagar más. Quiero hablar con Adrienne. También con algún artesano que estuviera cercano a Marcos. Y, si cabe, con Vicente, el funcionario, aunque me temo que será reticente. —Lucía se quitó los zapatos, sintiendo cansancio en las piernas—. No podemos esperar a que la policía nos cuente sus avances.

—Está bien. Yo me enfocaré en el chef, por si hay alguna conexión. Aunque dudo que esté relacionado directamente, no me fío de su mal humor.

—Buena idea.

Se quedaron en silencio unos instantes. Lucía pensó en la extraña energía que flotaba en Altea: mezclaba la belleza y el jolgorio de la feria con la inquietud por la muerte de Marcos. Esa dualidad le causaba un nudo en el estómago. Por experiencia sabía que un crimen sacaba a la luz secretos que la gente se esforzaba en ocultar. "Puede que no tardemos en descubrir un conflicto subterráneo," reflexionó.

Notó que Juan la observaba con semblante reflexivo:

—¿Recuerdas lo asustada que estabas en Tabarca la primera vez que topamos con un caso así? Se te ve más segura ahora.

Lucía se encogió de hombros, con un atisbo de sonrisa triste:

—Allí pasé miedo, sí. Pero aprendí que, si se actúa con prudencia y determinación, se puede llegar a la verdad. Y me niego a que muera alguien sin que se haga justicia.

Juan se levantó de la butaca y se acercó, posando una mano en su hombro:

—Estaré a tu lado, Lucy. Solo no te lances de cabeza al peligro sin medir las consecuencias. Quiero que acabemos este viaje sanos y salvos.

Ella le dedicó una mirada agradecida:

—Descuida, he aprendido mi lección. Pero seremos constantes.

Aquella determinación mutua cerró la charla de la noche. Apagaron las luces y se dispusieron a dormir, cada uno con su propio torbellino de pensamientos. Lucía volvió a repasar mentalmente las escenas del crimen, el interés del difunto en el cuadro, las tensiones en la feria, el reticente chef, la artesana preocupada, el funcionario desbordado, la supuesta puja millonaria. "Demasiados hilos sueltos," se decía, albergando la esperanza de que en los próximos días, con la feria en marcha, se revelarían más datos.

El sueño la venció no sin cierta agitación. Soñó que caminaba por la feria vacía. Todas las carpas estaban cubiertas con sábanas blancas, como cadáveres. En una de ellas, una pintura le hablaba con la voz del muerto: "Mira los bordes… ahí se esconde la verdad."

Se despertó un par de veces en la noche, sintiendo el pulso acelerado. Pero al final, logró un descanso aceptable.

7

LA NOTICIA DE LA muerte del artesano —ahora identificado como Marcos García— corrió como la pólvora por las callejuelas y plazas de Altea. Desde primera hora de la mañana, cuando Lucía y Juan salieron a dar una vuelta, notaron que la atmósfera había cambiado. Aunque la gente se esforzaba por mantener el bullicio y la alegría propia de la feria gastronómica, se percibía un velo de zozobra. Los visitantes más inocentes seguían disfrutando de las degustaciones y el mercado artesanal, pero los vecinos, al reconocer a Lucía y Juan —presentes en el hallazgo del cadáver—, los miraban con una mezcla de curiosidad y prudencia, como si temieran las preguntas que pudieran hacer.

Aquella mañana, en la Plaza del Ayuntamiento, la feria seguía en marcha: puestos de cerámica, exhibiciones de artes de pesca, y una carpa donde se cocinaban arroces para la gente. El problema era que en los corrillos de artesanos y expositores se respiraba una tensión latente. Lucía y Juan, con su determinación creciente,

tomaron nota mental de los gestos, las palabras y los susurros que captaban.

—He escuchado decir que el pobre Marcos se dedicaba a comprar antigüedades para revenderlas —le confesó un hombre joven que vendía grabados turísticos—. Nada ilegal, pero era un tipo que husmeaba por todos lados.

—¿Crees que alguien tuviera razones para eliminarlo? —inquirió Lucía con cautela.

El vendedor encogió los hombros:

—No lo sé. Pero si andaba tras algo grande, quizá se topó con los intereses de otra persona.

El testimonio confirmó la idea de que Marcos hacía más que artesanía: estaba interesado en objetos valiosos. Y, por lo que decían, no se trataba de un secreto a voces, sino de algo que mantenía discreto. Entonces, Lucía sospechó que, para moverse por Altea sin llamar la atención, Marcos debía llevar un tiempo estableciéndose contactos. Ahora, su muerte no parecía casual: ¿qué había descubierto o amenazado con difundir?

Hacia media mañana, en el centro de la plaza, un grupo de artesanos discutía con el funcionario **Vicente**, que sostenía un bloc de notas. Lucía y Juan, a distancia prudente, reconocieron a la artesana de pelo canoso en aquel grupo. Discutían sobre un asunto de ubicación de puestos, sobre la posibilidad de un evento adicional por la tarde. Pero el tema del crimen se mezclaba en la conversación:

—Necesitamos garantías de seguridad, Vicente —dijo la artesana —. La gente quiere saber que no hay un asesino suelto.

—¿Cómo esperas que os lo asegure? —refunfuñó el funcionario—. Ya sabéis que la Guardia Civil investiga. Nosotros no podemos decir mucho más.

—Lo de anoche ha asustado a los compradores —añadió otro artesano—. Algunos turistas han preguntado si es seguro pasear por aquí al anochecer.

Lucía escuchaba con atención. Parecía que la muerte de Marcos afectaba a la feria más de lo que las autoridades deseaban admitir. Se aproximó un poco y el funcionario la vio. Al reconocerla, Vicente alzó la voz:

—¿Ustedes otra vez…? ¿Qué hacen aquí?

Juan, sin perder la compostura, respondió:

—Solo estamos mirando, señor. Hemos colaborado con la Guardia Civil, dando nuestra declaración. Pero seguimos observando la feria, ya sabe, mi columna…

—... y por eso os pido discreción. No conviene agitar más las aguas. Al fin y al cabo, Marcos era un recién llegado, ¿no?

Vicente no se mostró muy cordial, pero tampoco los echó. Se limitó a encogerse de hombros y volvió a discutir con los artesanos. Lucía percibió que aquel hombre cargaba con un enorme estrés: la presión de mantener la feria a flote, la relación con los expositores y, ahora, un homicidio que nadie quería que estallara como escándalo. Definitivamente, la atmósfera confirmaba que las tensiones se iban acumulando.

Decidieron alejarse y vagar por la parte frontal de la plaza, donde notaron la presencia del **Chef Óscar** junto a su carpa de cocina en vivo. Lo encontraron entregado a una demostración matinal, con

varias personas agolpadas para verlo preparar una fideuà. Lucía y Juan se acercaron con disimulo, sin interrumpir. Óscar relataba paso a paso cómo sofreía los mariscos y añadía caldo. Aunque su discurso era animado, cada tanto giraba la cabeza con un gesto de impaciencia, mirando si el público aplaudía lo suficiente. Cuando terminó, la gente aplaudió, y él sonrió con cierto aire de superioridad.

—Eso es todo, amigos. Pasen a degustar un vasito de la fideuà —anunció, indicando a un ayudante que repartiera muestras.

Lucía esperó a que la multitud se dispersara y se aproximó:

—Buenos días, Óscar. Una exhibición fantástica.

El chef la reconoció y se mostró cortés a medias:

—Gracias. Intento aportar calidad a la feria, pese a los incidentes —dijo con un deje de malestar.

—¿Ha afectado mucho el suceso de anoche? —preguntó Juan, sumándose.

—¿A qué hora ocurrió eso? —preguntó, entrecerrando los ojos—. Yo estaba limpiando la cocina del *showcooking* hasta tarde... nadie me vio, pero tengo mis horarios controlados.

—No parece afectarle.

Óscar soltó un bufido:

—A mí, no tanto. La gente sigue viniendo por la comida. Pero ya me han preguntado dos o tres comensales si es seguro pasear por aquí de noche. Espero que la policía lo aclare pronto.

Lucía atisbó la oportunidad de tantear sus impresiones:

—¿Se sabe si la víctima tuvo algún conflicto con usted o con otros expositores?

El chef alzó la barbilla:

—¿Conmigo? Para nada. Lo vi alguna vez rondando, me hizo un par de preguntas sobre objetos antiguos de cocina. Dijo que coleccionaba morteros viejos o algo así, pero no le presté demasiada atención. —Miró a Lucía con desconfianza—. ¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Porque estamos recabando datos. Digamos que… nos preocupa que un asesino ande suelto —replicó Lucía, con voz suave, sin acusarlo—. Queremos entender si Marcos tenía roces fuertes con alguien.

Óscar frunció el ceño:

—Pues no le sé de ningún enemigo declarado. Aunque, si de veras merodeaba la subasta del famoso cuadro, tal vez compitió con alguien de mucho dinero. O se metió en un lío. —Se encogió de hombros—. Lo siento, no puedo dar más detalles. No me interesan los chismes de otros.

Lucía captó la insinuación: el chef consideraba que la muerte podía relacionarse con alguien que estaba dispuesto a todo para controlar la subasta. Agradeció la franqueza de Óscar y se retiró. Aunque el hombre no resultaba muy simpático, no había motivos claros para vincularlo al crimen. Aun así, la sospecha seguía flotando.

Se alejaron un poco, y Lucía empezó a enumerar:

1. **Óscar**: Tenía un carácter explosivo, sí, pero no veía un motivo evidente para matar a un coleccionista de arte o artesano. Salvo que hubiera una historia oculta.

2. **Vicente**: Como funcionario, padecía tensiones con la gente, pero no parecía un móvil personal contra Marcos.
3. **Adrienne**: La galerista, quien guardaba celosamente un lienzo supuestamente valioso, podía haberse cruzado con Marcos si él pretendía denunciar una falsificación o robarle la puja.

—Eso reduce las posibilidades a la gente implicada con la feria y el arte —concluyó Lucía—. No creo que un forastero sin relación acudiera a matar a Marcos en un callejón así.

—Sí —asintió Juan—. Es un crimen que quedó circunscrito a lo que sucede aquí.

La propia comunidad se veía conmocionada, por lo que Lucía deducía que el asesino probablemente fuera alguien con motivos concretos, no un simple ladrón que asaltara al artesano. Además, parecía que a Marcos no le robaron objetos de valor, sino que desaparecieron ciertos papeles o algo que llevaba. Tal vez esa era la clave: "Documentos peligrosos."

Luego de un rato, decidieron dirigirse a la zona donde se establecía parte de la "exposición" de la feria artística, con casetas de pequeños talleres y muestras fotográficas. Allí, escucharon a un matrimonio de artesanos lamentarse del revuelo: "Con esta muerte, la prensa puede hacernos mala publicidad… Ojalá se resuelva rápido." Lucía se acercó con cautela, intentando entablar conversación. Al principio, la pareja se mostró recelosa, pero finalmente la mujer confesó:

—Mire, señorita... —bajó la voz y miró alrededor—. Lo que sé, no se lo diga a cualquiera. Dicen que Marcos tenía unos papeles viejos, cartas o inventarios. Hablaba de "la verdad sobre la procedencia de ciertas obras". Lo tomaban por fantasioso. Ahora… ya no estamos tan seguros.

Lucía se quedó helada. Aquello coincidía con la teoría de que la víctima tenía documentos que podían incomodar a alguien. ¿Sería sobre el cuadro de Adrienne? ¿O algo más amplio relacionado con la feria? Anotó mentalmente: "Papeles antiguos. Posible pista fundamental."

Se despidieron de los artesanos con una mezcla de agradecimiento y prisa. Una vez solos, Lucía miró a Juan con un fuego interior en la mirada:

—Ahí lo tienes. Marcos descubrió algo. O amenazó con exponerlo. Y lo silenciaron.

—Cada vez me convenzo más de que el cuadro es la clave —replicó Juan, pasándose la mano por el cabello—. Quizá él poseía documentos que probaban la autenticidad o falsedad de esa obra.

Lucía asentía con vigor, y su mente bullía con conjeturas. Añadió la posibilidad de que, en lugar de ser una falsificación, los documentos revelaran que el cuadro no podía venderse porque pertenecía a una familia local. Cualquier hipótesis se traducía en un conflicto que motivaría un asesinato. "Ya veo cómo se acota el círculo," pensó. "Los interesados en la subasta o la reputación de esa obra."

El día avanzó hacia la tarde, con un sol contundente. Decidieron hacer una pausa para almorzar algo ligero antes de buscar a Adrienne. Quizá la encontraran en su galería o en algún acto de la

feria. En el trayecto, Lucía recapituló: "Marcos recababa información. Por eso mismo, pudo toparse con alguien que lo consideró una amenaza. Y ese alguien, muy probablemente, es parte del círculo reducido de la feria."

Sí, la feria no implicaba a todo Altea, sino a un colectivo de expositores, artesanos, cocineros y patrocinadores municipales. Sumado a la figura de la galerista, quedaba claro que el crimen estaba confinado a un grupo de personas que conocían, o al menos, que orbitaron en torno a la víctima. Lucía se sentía con fuerza para seguir adelante, aunque con la guardia en alto, sabiendo que el asesino podía estar vigilándolos, temeroso de que los forasteros descubrieran la verdad.

—De todos modos, se nos hará más fácil si compartimos datos con la policía —le recordó Juan, acabando el bocado de su bocadillo de atún—. ¿Crees que deberíamos contarles lo de los documentos antiguos?

—Cuando tengamos pruebas más concretas —repuso Lucía con firmeza—. De lo contrario, igual piensan que son especulaciones. Pero sí, no tardaremos en decírselo.

Acabado el almuerzo, se pusieron en marcha para encontrar a Adrienne. Lucía ardía en deseos de saber si la galerista conocía a Marcos más de lo que admitía, o si el artesano la había confrontado con alguna evidencia. Estaba en juego la posibilidad de que Adrienne —o su entorno— estuviera al borde de un escándalo si se demostraba que el cuadro no era vendible o era una falsificación.

Mientras caminaban hacia la galería, Lucía sentía que todo giraba en torno a ese lienzo oculto. Y no pudo evitar pensar: ¿Qué oculta

realmente ese cuadro? ¿Y quién estaría dispuesto a matar para protegerlo?.

8

EL CALOR SOFOCANTE DE media tarde no impidió que Lucía y Juan subieran una vez más las cuestas del Casco Antiguo en dirección a la galería de **Adrienne Duval**. Desde lejos, notaron que la puerta principal estaba abierta de par en par, y fuera se veía un cartel que anunciaba la exposición formal para ese mismo día al anochecer, dentro de la programación de la feria.

Atravesaron la puerta con paso decidido, hallando el interior relativamente fresco, gracias a un aire acondicionado tenue. Adrienne, que vestía un ligero vestido de lino, hojeaba unos papeles en un mostrador, con el ceño fruncido. Al verlos, alzó la mirada, forzando una sonrisa:

—Hola, amigos. ¿Todo bien?

La dulzura con la que pronunció "amigos" provocó un leve cosquilleo en Lucía, consciente de la simpatía especial que unía a la galerista con Juan. Para no mostrarse recelosa, Lucía respondió con cortesía:

—Hola, Adrienne. Sentimos venir sin avisar, pero… venimos a ver si necesitabas ayuda o si disponías de un rato para charlar sobre la feria. Ya sabes, mi amigo Juan está recopilando material para su artículo.

Adrienne asintió, algo distraída:

—Claro, claro. Aunque hoy ando atareada, la exposición se inaugura en unas horas y siempre surgen contratiempos. —Señaló una pila de documentos—. Pero me vendría bien desconectar cinco minutos. ¿Qué queréis saber?

Lucía miró a Juan, que la incitó con una seña a tomar la palabra. Entonces, Lucía soltó con tacto:

—Verás, imagino que has oído lo de la muerte de ese artesano, Marcos García. Nos hemos enterado de que podría tener relación con la subasta o con el cuadro que esperas presentar. La gente especula mucho.

La expresión de Adrienne se ensombreció. Cerró los papeles que revisaba y se apoyó en el mostrador:

—Sí, me he enterado, es espantoso. Y, por desgracia, circulan rumores sin fundamento. —Sus ojos se posaron en Lucía con cierto nerviosismo—. Conocí a Marcos de vista. Vino una vez a preguntar si yo estaría interesada en algunas piezas antiguas que tenía o que podía conseguir. Habló algo del famoso lienzo, pero no le di demasiada importancia. Lo consideré un mero curioso.

—¿Le pidió información sobre el cuadro específicamente? —cuestionó Lucía.

—Digamos que quería saber si la obra era original, si la subasta sería abierta al público, etc. No me extrañó, muchas personas se han

acercado con curiosidad. —Adrienne apretó los labios—. Pero no tenía ningún trato concreto con él.

Juan, con tono suave, intervino:

—¿Te mencionó algo sobre papeles o documentos antiguos?

Adrienne dudó un instante:

—No en mi caso. Habló vagamente de "estar investigando la procedencia de ciertas obras" en Altea. Pensé que lo decía para impresionar. Hay muchos aficionados que dicen poseer joyas ocultas. Sinceramente, no le presté demasiada atención.

Lucía notó un temblor leve en la voz de Adrienne, como si un retazo de inquietud asomara. Preguntó con la mayor delicadeza:

—¿Crees que alguien pudo sentirse amenazado por él? Tal vez se topó con algo que no debía…

Adrienne se enderezó, mirando a Juan, casi pidiendo una salida:

—No lo sé. Es triste que un hombre muera así. Y me disgusta que mezclen mi obra con ese escándalo. —Suspiró—. Mi cuadro es legítimo, puedo garantizarlo, pero entiendo que algunos dudan.

—Hay quienes dicen que Marcos tenía pruebas de que el cuadro no podía venderse —soltó Lucía, tanteando la reacción.

Adrienne frunció el ceño, visiblemente irritada:

—¿Y tú crees eso? ¿Que cualquiera con un papel puede deslegitimar años de búsqueda y restauración?

—No lo creo, pero entiendo que otros puedan —respondió Lucía, sin amedrentarse—. Y eso basta para que alguien actúe desesperadamente.

El matiz defensivo en su declaración despertó las sospechas de Lucía: "¿Por qué se apresura a recalcar la legitimidad?" Sin querer

acorralarla, Lucía optó por un cambio de enfoque:

—Sabemos que tú y la gente del ayuntamiento planeáis la subasta como un acto estrella. ¿Se mantiene igual después de lo ocurrido?

—Sí, de momento, sí. La feria no puede detenerse porque haya ocurrido esa tragedia. Y, en parte, confío en que la policía resuelva pronto. No quiero que esta obra, ni mi galería, se vean empañadas por rumores de falsificaciones o ajustes de cuentas.

El timbre de un teléfono móvil irrumpió. Adrienne revisó el suyo y, viendo la pantalla, frunció el ceño. Se disculpó y atendió la llamada con voz baja, en francés, mezclado con español. Lucía y Juan se apartaron unos pasos para no invadir la privacidad. La conversación, de unos escasos minutos, parecía tensa. Al colgar, Adrienne dejó el móvil boca abajo, con gesto crispado.

—Lo siento, asuntos de última hora. Ya sabes cómo son los proveedores.

Pero Lucía, rápida, alcanzó a ver en la pantalla antes de que lo ocultara: "Ramón Sub...". No logró leer más. Se preguntó si ese era el coleccionista local con quien habían cruzado palabras la noche anterior.

El comentario de Adrienne lo interpretó como una invitación a marcharse. Prefería no forzar la situación, pues Adrienne no estaba dispuesta a confesar más. Aun así, habían confirmado que Marcos contactó con ella y preguntó por la autenticidad del cuadro. Una chispa más en el rompecabezas.

—Gracias, Adrienne. Nos vemos en la inauguración, si no te molesta —dijo Juan, esforzándose por mantener un tono amable.

—Por supuesto. Será esta noche, a las nueve, aquí mismo. Estaría encantada de recibiros —asintió la galerista, relajando un poco el semblante.

Lucía, al girarse para marcharse, miró por última vez hacia Adrienne. La galerista sonreía a un matrimonio mayor, copa en mano... pero al girarse hacia el lienzo cubierto, su expresión cambió: una sombra de inquietud le cruzó los ojos. Como si temiera que ese manto blanco ya no bastara para proteger lo que ocultaba.

Salieron al calor exterior, y Lucía, mientras bajaban la calle, le susurró a Juan:

—Algo me dice que Adrienne sabe más de lo que admite. Pero no la culpo; quizá protege sus intereses.

—Podría tener miedo a que la gente piense que su cuadro es falso. O que la relacionen con la muerte de Marcos. —Juan guardó silencio un instante—. ¿Tú crees que ella podría haberlo matado?

Lucía vaciló. No quería acusar a Adrienne sin base, consciente de la admiración de Juan. Pero se sinceró:

—No la veo como una asesina. Pero si se sintió amenazada, o hay alguien en su entorno… Podría haber un tercero implicado, alguien que no quería que se revelara algún fraude.

Juan se relajó, como aliviado de que no la incriminara directamente. Continuaron deambulando por las calles del Casco Antiguo, atravesando patios y pequeñas plazas, saludando a expositores. Lucía anotó mentalmente la lista restringida de sospechosos:

1. **Adrienne**: Implicada con el cuadro y la subasta, podría temer un escándalo.
2. **Óscar** (chef): No parecía tener motivación directa con el arte, salvo que hubiera algo personal.
3. **Vicente** (funcionario): Quizá la víctima descubrió alguna irregularidad municipal.
4. Otro artesano o inversor con interés en la subasta.

El círculo quedaba reducido a la gente de la feria. Pocos más tenían motivos. La confirmación se veía en la actitud del ayuntamiento, intentando minimizar el suceso, y en la desconfianza de Adrienne. "Estamos ante un caso cerrado en sí mismo, como un grupo de personajes atrapados en la trama," caviló Lucía.

Esa tarde, con el sol en su cenit, decidieron refugiarse en el hostal para una breve pausa, pues la inauguración de la exposición de Adrienne tendría lugar en la noche y deseaban asistir. Lucía, en la calma de la habitación, repasó su libreta:

—¿Crees que la víctima poseía documentos antiguos que probaban la propiedad legítima del cuadro? —le preguntó a Juan, como si hablara consigo misma.

—Podría ser. O descubrió que la pintura pertenecía a una familia local y no podía subastarse. O incluso un entuerto de fraudes en la feria. Hay mil posibilidades.

Lucía suspiró. "¿Cómo encontrar la pista concreta?" Pensó en la posibilidad de husmear en el lugar donde Marcos se hospedaba. Si él

tenía papeles, quizá siguieran allí. Claro que no sabían dónde vivía. "Podemos preguntar a la dueña de la casa de huéspedes donde él estuviera," se dijo. Otro frente a explorar, con cautela, puesto que la policía también investigaría.

Con ese plan en mente, comieron algo ligero y se recostaron un rato, reponiendo energías para la noche. Al caer la tarde, se vistieron con ropas algo más formales y subieron nuevamente al Casco Antiguo, mezclándose con la muchedumbre que se desplazaba de un lado a otro entre degustaciones, espectáculos de música regional y puestos de artesanía. El calor empezaba a ceder y la brisa marina traía un frescor agradable. Se respiraba un ambiente de fiesta agridulce, pues si bien muchos turistas ignoraban el crimen, los lugareños se mostraban más cautelosos.

En la plaza se había montado un escenario pequeño para la música, y un locutor anunciaba que en breve tendrían un acto inaugural oficial. Entretanto, Lucía y Juan se encaminaron a la galería de Adrienne, donde decenas de personas se arremolinaban en la entrada. Al parecer, la galerista había convocado a un público variopinto: artistas, vecinos y curiosos ansiosos de ver parte de su colección.

Cuando entraron, notaron un mayor despliegue de luces y un montaje más pulido que en visitas anteriores. Las paredes exhibían acuarelas, óleos y una sección de esculturas de pequeño formato. Lucía se fijó en que, al fondo, permanecía la gran pieza cubierta por un lienzo blanco. Sin duda, la estrella de la velada. La duda era cuándo se desvelaría y si eso ayudaría a desentrañar algo del crimen.

Adrienne estaba allí, ataviada con un vestido elegante y su sonrisa de anfitriona, conversando con varios asistentes y presentando las obras. Al ver a Juan y Lucía, les dedicó un asentimiento cortés. Juan la saludó con entusiasmo, y Lucía notó la química. Se forzó a no mostrar ni un ápice de celos. Estaban allí por el bien de la investigación, se recordó.

Pese al bullicio, Lucía se concentró en ver si divisaba alguna cara conocida, alguien que pudiera relacionarse con el homicidio. Observó a un par de artesanos del Casco Antiguo, un par de funcionarios del ayuntamiento, incluido Vicente, el chef Óscar —un tanto fuera de su ambiente— y varias personas que parecían coleccionistas o aficionados al arte. "Todos reunidos en un espacio cerrado, como en las novelas clásicas de misterio," pensó Lucía, con un escalofrío.

—¡Bienvenidos! —anunció Adrienne, subiendo a una pequeña tarima improvisada—. Gracias por acompañarme en esta tarde especial. Esta es una exposición de varios artistas locales, y, más adelante, cuando la feria alcance su apogeo, tendremos la gran revelación de la pieza más valiosa que conservo aquí. Espero que disfruten de las demás obras, charlen con los creadores… y sientan la magia de Altea.

La gente aplaudió con moderado entusiasmo. Lucía percibió que muchos asistentes querían saber si la "gran revelación" se adelantaría. De hecho, se oían murmullos: "¿No va a mostrar hoy el cuadro?" "Dicen que quizá sea la joya de la subasta…" Pero Adrienne sonreía con diplomacia, dando a entender que se mantenía su plan de reserva.

Terminada la breve alocución, el lugar se llenó de corrillos de charla. Vicente aprovechó para acercarse y felicitar a Adrienne, aunque Lucía detectó una tensión en sus gestos, como si su mente estuviera en otra parte. Óscar permanecía deambulando, mirando las pinturas con expresión medio aburrida. Lucía y Juan, cual duetos de investigadores furtivos, se deslizaron por la galería saludando a conocidos. La atmósfera resultaba pomposa en comparación con la rústica vitalidad de la feria gastronómica, y Lucía no pudo evitar creer que ese choque cultural podía ser un caldo de cultivo para recelos y envidias.

En un momento, Lucía captó en la esquina de la sala la presencia de un hombre algo mayor, con gafas, que hablaba en voz baja con un artesano. Al acercarse, oyó que debatían sobre Marcos y su muerte. El hombre decía:

—Si Marcos descubrió que el cuadro no era vendible legalmente, quién sabe a quién se lo habría contado. Tal vez tropezó con un delincuente.

La mención hizo que Lucía intercambiara una mirada con Juan. "Ahí está de nuevo la hipótesis de la ilegalidad." Se acercó sin disimulo y preguntó con tono afable:

—Buenas noches. Disculpen, ¿ustedes conocían bien a Marcos?

El artesano arrugó el ceño:

—No tanto. Pero sabíamos de sus averiguaciones. Decía que poseía o iba a conseguir un documento… No sé. Solo escuché fragmentos.

El hombre mayor asintió:

—Se rumorea que ese documento podría complicar la venta del lienzo. Tal vez hubo un interés en silenciarlo. Pero no me compete a

mí acusar a nadie.

Lucía dio las gracias por la información. Confirmaba que el rumor crecía: la víctima halló algo que podía impedir la subasta o, al menos, arruinar la legitimidad del cuadro. Ese "motivo adicional para silenciarlo" —ya no se trataba solo de envidia o rencillas menores— se perfilaba con más claridad. "Si alguien invirtió en traer ese lienzo y espera grandes beneficios, quizás se cargó a Marcos para evitar problemas," pensó.

Se despidió, tomando la mano de Juan para apartarse un poco. Con voz queda, le dijo:

—Los rastros de documentos antiguos que mencionan han tomado forma. Ahora todos hablan de que él tenía un papel que invalidaba la subasta. Eso sí es un motivo de peso para un asesinato.

Juan asintió, con el gesto sombrío:

—Y la lista de sospechosos sigue concentrándose: la galerista, algún inversor anónimo, o alguien del ayuntamiento que apoya esta venta.

Lucía respiró hondo, sintiendo la adrenalina en su pecho. Tenía un presentimiento creciente de que en los próximos días se desatarían más acciones para encubrir la verdad. Por eso, debía estar alerta. El crimen quedaba circunscrito a ese grupo de la feria y la exposición. Era un "espacio cerrado," como en los clásicos del género, aunque disperso por las calles de Altea.

—Tomaré nota de todo —susurró, con determinación—. Marcos merecía que alguien destape quién se benefició con su silencio.

La noche continuó con la gente charlando, las copas de vino corriendo y Adrienne atenta a cada invitado. Lucía, en un instante,

percibió la mirada inquieta de la galerista, como si temiera que algo estallara. Por prudencia, se abstuvo de abordarla de nuevo, prefiriendo que los hechos hablasen. Tenía claro que, en su libreta mental, el nombre de Adrienne encabezaba la lista de sospechosos, junto con cualquier inversor oscuro que rondara la subasta, y sin descartar a Vicente, chef Óscar u otros.

Lucía lo sabía: lo que Marcos descubrió no era solo incómodo. Era peligroso. Y ahora, alguien más en esa fiesta de luces y vino tenía motivos de sobra para asegurarse de que nadie más lo descubriera

9

YA ENTRADA LA NOCHE, la música en la plaza se atenuó y las gentes se dispersaron entre las carpas de degustación y los restaurantes del puerto. Lucía y Juan, tras un rato merodeando, decidieron regresar al hostal. El cansancio se acumulaba, y su mente necesitaba reposar para asimilar la información recabada. Caminando por las calles iluminadas tenuemente, Lucía sentía un hormigueo de excitación y temor: se acercaban a un nudo central, donde las pistas convergían. El artesano muerto, la subasta secreta, la presunta valía del cuadro, la manipulación de la feria…

—Mañana oremos para que no suceda otro percance —dijo Juan en voz baja, en la puerta del hostal—. Con un asesino suelto, cualquier testigo podría estar en peligro.

—No lo digas así —replicó Lucía, con un escalofrío—. Pero sí, tendremos cuidado. Sobre todo si descubrimos algo que incrimine a alguien.

En la recepción, doña Teresa no estaba; probablemente se habría acostado ya. Subieron a su habitación en silencio, cada uno inmerso en sus pensamientos. Lucía tomó su libreta y anotó conclusiones:

1. **Víctima**: Marcos García, artesano-coleccionista, interesado en documentos antiguos que afectaban la legitimidad del cuadro para la subasta.
2. **Sospechosos**: Se restringen a personas implicadas en la feria y en la supuesta venta del lienzo. Podrían temer perder dinero o reputación si Marcos sacaba a la luz algo.
3. **Nuevos sucesos**: El chef no parece tener una motivación clara, el funcionario Vicente afronta presiones, Adrienne defiende la autenticidad del cuadro, y la comunidad teme un escándalo.

—Esto se perfila como un caso donde la gente más cercana al suceso debe encubrir algo —comentó en voz alta, sin mirar a Juan —. Una típica situación de crimen interno.

Juan, que se había sentado en la cama, lo meditó:

—Y no descartemos que pueda haber un inversor anónimo tras la venta del cuadro. Adrienne pudo mencionar tener un socio o patrocinador en la sombra. ¿O un coleccionista local con ganas de llevarse la pieza?

Lucía, entusiasmada por la sagacidad de su amigo, asintió:

—Sí, lo de un comprador misterioso que no quiere perder la obra si se demuestra que no se puede vender. Eso explicaría la necesidad de eliminar a Marcos.

Cerró la libreta y se reclinó en la pared. El cansancio no menguaba su determinación, pero sí le recordaba que debían descansar para mantener la mente fresca al día siguiente. Se despidió de Juan, comentando:

—Hemos estrechado el foco a ese "círculo cerrado" de la feria. Un solo culpable, probablemente. Mañana buscaremos más datos.

Él asintió, apagando la lámpara de la mesilla. El hostal quedó en penumbra, y mientras Lucía se sumía en el duermevela, revivía las imágenes del día: la gente que hablaba a media voz, las sospechas de que Marcos tenía un documento que entorpecía intereses poderosos, la cara de Adrienne, un poco tensa a pesar de sus modales refinados. Todo componía un rompecabezas en que cada pieza se encajaba: el crimen no era azaroso, sino resultado de un móvil claro que se originaba en la pequeña comunidad de expositores y mecenas.

"Así pasa en las novelas de Agatha Christie," se dijo Lucía con ironía amarga, "los escenarios bucólicos a veces encierran conflictos letales."

***

La mañana siguiente amaneció con brío. De nuevo, un cielo despejado y un sol radiante que anunciaba un día de intensa actividad en la feria. Lucía y Juan bajaron a desayunar. Esta vez encontraron a doña Teresa con cara de pesar:

—Buenos días, chicos. ¿Sabéis que ahora algunos turistas han preguntado si el asesino ha sido capturado? Esto es un runrún

imparable.

Lucía ladeó la cabeza, sintiendo compasión:

—Normal. No deben tener mucha información oficial.

La mujer asintió:

—Sí, lo malo es que la gente se va a quedar con la idea de que no es seguro pasear por la noche. ¡Con lo tranquilo que ha sido siempre Altea! Esperemos que la policía lo resuelva pronto.

Despacharon el desayuno sin más dilación y salieron al ajetreo matinal. Decidieron internarse en la zona más dedicada a la artesanía, donde algunos expositores, en su mayoría vecinos de Altea o de pueblos cercanos, se ubicaban con sus puestos. Querían confirmar si Marcos tenía un domicilio fijo en Altea, e incluso si alguien sabía dónde se hospedaba, para ver si la Guardia Civil había encontrado los dichosos papeles. Preguntando con amabilidad, hallaron pocas certezas: la mayoría de los artesanos solo coincidía en que Marcos rondaba la zona para husmear. Uno mencionó que se le veía a menudo en las calles adyacentes a la Plaza de la Iglesia, pero ignoraba si vivía en una pensión o apartamento.

No obstante, un artesano de barba canosa les dio un detalle útil:

—Lo vi un par de veces salir de una casita en la calle Sol, cerca de un taller de cerámica. No sé si allí vivía o visitaba a alguien. ¿Por qué os interesa tanto?

Lucía, con su sinceridad amable, respondió que buscaban entender qué pudo llevar a su muerte y ayudar a que no quedara impune. El artesano solo alzó los hombros, para luego cambiar de tema. Con esa pista de la "calle Sol," Lucía y Juan se dirigieron en esa dirección. El objetivo era ver si encontraban esa supuesta casita, preguntarle a

los vecinos. Tenían que moverse con sigilo, pues no querían parecer intrusos.

Cuando llegaron, descubrieron una calle tranquila, con algunas viviendas encaladas y macetas de geranios colgando. Buscaron algún taller de cerámica, y efectivamente, hallaron un pequeño rótulo que decía "Taller de Cerámica Mati." Junto a ese local había dos o tres casas contiguas. Se arriesgaron a tocar el timbre de la casa que parecía estar habitada, pues en la puerta colgaban unas cuantas macetas y se veía una cortina semitransparente. Tras unos instantes, salió una mujer madura que, al verlos, frunció el ceño:

—¿Buscaban algo?

Lucía sonrió con discreción:

—Perdone. Estamos investigando la muerte de un artesano llamado Marcos García. Nos dijeron que él tal vez vivía cerca de aquí. ¿Sabe usted algo?

La mujer entrecerró los ojos con desconfianza:

—Lo siento, no sé de qué me hablan. Por favor, no quiero problemas.

—No pretendemos incomodarla —terció Juan con su tono cortés—. Es solo que creemos que el señor Marcos se alojaba en alguna casa de esta calle.

La mujer, con semblante a la defensiva, negó con la cabeza:

—No lo sé. Vivan su vida, no me metan en líos.

Pero justo antes de cerrar, añadió en voz muy baja, casi sin mirarlos:

—Y ustedes… tengan cuidado con lo que preguntan. —Y sin más, cerró la puerta.

—Quizá la gente tiene miedo de hablar, o simplemente no lo conocían.

Caminaron un poco más, observando las fachadas, y notaron que una de las casas estaba cerrada a cal y canto, sin rótulo ni señal de vida. Como no querían infringir la ley, se limitaron a contemplar el lugar, con la corazonada de que allí quizá había estado alojado Marcos. La sospecha reforzó la idea de que no era un simple turista, sino alguien con base en Altea. De nuevo, se confirmaba que la muerte se producía en un círculo reducido de gente local o semilocal.

—Llegaremos hasta donde podamos. —Lucía bajó el tono—. Me pregunto si la policía habrá registrado esta zona.

—Probablemente sí. Tal vez lo han hecho de madrugada. —Juan miró con recelo la casa cerrada.

Sin más, volvieron a la zona animada de la feria, donde se dispusieron a recabar más impresiones. A esas alturas, Lucía y Juan confirmaban algo crucial: el suceso sacudía a Altea, pero no trascendía masivamente al ámbito nacional, al menos no por ahora. Esto significaba que el crimen quedaba confinado a ese "reducido grupo" de actores involucrados en la subasta y la feria, cumpliendo a la perfección el patrón de un misterio de ambiente cercano.

Al anochecer, con la feria a tope de gente, Lucía se sentía más segura de su hipótesis: solo había unas cuantas personas con acceso y motivos para acabar con Marcos. El aire olía a mar y a especias dulces, pero también a algo más agrio: la sospecha que flotaba entre los tenderos, disfrazada de sonrisas forzadas.

Poco antes de cenar, mientras Juan sacaba fotos a la puesta de sol, Lucía le confesó con un hilo de voz:

—Estoy decidida a llegar al fondo. A estas alturas, la lista de sospechosos no supera la media docena. El asesino está entre ellos.

—Sí. Y debemos manejarlo con cautela, porque si nos descubren, podría haber represalias.

Lucía asintió, sintiendo un escalofrío. Pero su determinación prevalecía. No se amedrentaría, aunque era consciente de la necesidad de hacerlo con prudencia. Llevó la mano a su libreta, como si con ese gesto confirmara su empeño. Se trataba de un crimen que sacudía la feria, implicando a un puñado de personas con intereses en juego. Y la pista del documento de Marcos, sumada al interés en el cuadro, era un motivo de peso para silenciarlo.

Mientras el cielo encendía sus últimos tonos anaranjados y los faroles comenzaban a titilar sobre los puestos, Lucía pensó: "En este pueblo blanco, donde todo parece luz, alguien ha matado para mantener una sombra intacta."

Y esa sombra tenía nombre. Solo faltaba reunir valor y pruebas para alumbrarla del todo.

10

EL AIRE MATINAL EN Altea se notaba menos cargado de intriga que la noche anterior, al menos a primera vista. Sin embargo, Lucía y Juan no podían ignorar la red de tensiones que habían desenmascarado en los días previos. El crimen de Marcos, el coleccionista asesinado, seguía pesando sobre la feria, aunque muchos quisieran hacer como si nada hubiera ocurrido. La mayoría de turistas, atraídos por la gastronomía y las artesanías, merodeaban los puestos y restaurantes sin imaginar lo que se cocía tras bambalinas.

Después de un desayuno rápido en el hostal, Lucía se sentó en el vestíbulo con su libreta, mientras Juan revisaba en su teléfono las últimas noticias locales.

En ese instante, sonó desde el patio del hostal el canto desafinado de un turista alemán entonando habaneras.

Lucía soltó una risa seca:

—Qué apropiado. Nos amenazan de muerte, y de fondo, Altea sigue cantando como si nada.

Se miraron con complicidad, listos para la faena de la jornada: recopilar más información sobre los tres sospechosos más claros que habían identificado.

—El chef Óscar, recordemos, estaba sumido en roces con el ayuntamiento por la ubicación de su demostración culinaria. Además, ayer dijo que la presencia de un crimen dañaría la feria y su imagen. ¿Podría tener un móvil? —expresó Lucía en voz baja, dándole un repaso mental a sus notas.

—Dijo también que Marcos le había preguntado por algún objeto antiguo de cocina —añadió Juan—. Supongo que lo consideraba una insignificancia, pero si hubo un engaño gastronómico o algo más turbio, no lo sabemos aún.

La segunda persona en la mira era Vicente, el funcionario municipal. Lucía apuntó:

—Hay ciertos rumores de un amaño de licencias o espacios privilegiados. Tal vez Marcos descubrió algo que podía destapar la corrupción local. Me pregunto si eso sería suficiente para matarlo.

—Si estaba investigando algo que pusiera en jaque la reputación del ayuntamiento, Vicente podría verse involucrado. Aun así, no tenemos pruebas de un móvil tan fuerte —murmuró Juan.

Y, en tercer lugar, la galerista Adrienne, con su cuadro misterioso, se erigía como la gran incógnita. Lucía exhaló un suspiro:

—Ella es amable, pero no podemos descartar nada. Se rumorea que el lienzo podría ser robado, falsificado o que su verdadera propiedad sea de otra familia. Si Marcos poseía documentos que

invalidaban la subasta, Adrienne o alguien cercano podría haberlo silenciado.

Juan no quiso mostrarse reticente:

—Lo sé. Podría ser inocente, pero también encaja la motivación.

Lucía cerró la libreta, con la determinación de entrevistarse con cada uno de ellos de modo más directo. Y tal vez hallaran algo más, si es que la gente se atrevía a hablar.

Salieron a la calle y se dirigieron hacia la plaza principal. La feria ya bullía: un coro local ensayaba canciones tradicionales, un olor a fritura de pescado se mezclaba con la brisa, y un par de artesanos ofrecían explicaciones sobre sus piezas a los turistas. Lucía y Juan se abrieron paso entre la gente, atentos a cualquier atisbo de chismes recientes.

En un costado, el chef Óscar realizaba otra demostración de cocina en vivo, esta vez con un arroz meloso de bogavante. Un grupo numeroso lo rodeaba, grabándolo con teléfonos móviles y celebrando sus dotes culinarias. Lucía y Juan esperaron a que terminara para acercarse, conscientes de que era un mal momento para interrogarlo. Aun así, el chef, al reconocerlos, levantó la voz:

—¡Hombre, vosotros otra vez! ¿Vinisteis a ver mi nuevo plato? Pasad, si queréis, probad un bocado.

Juan forzó una sonrisa:

—Sí, tiene una pinta estupenda.

Óscar sirvió un par de cucharones en un cuenco. Lucía dio un pequeño sorbo, y el sabor exquisito del arroz le recordó lo talentoso que era aquel hombre para la gastronomía. Acto seguido, ella se atrevió a preguntarle algo, con la voz calmada:

—Nos contaron que en otras ediciones de la feria ha habido polémicas por fraude en ingredientes o licencias de pescado. ¿Tú sabes algo?

La pregunta fue directa. El chef se tensó, mirándola con recelo:

—¿Hablas de chismes de mercado negro de pescado congelado, supongo? No me mezcles en eso. Mi producto es de primera calidad. ¿Quieres insinuar que yo…?

Lucía se apresuró a apaciguarlo:

—No, no. Solo recabamos datos. Pero se rumorea que alguien denunció a ciertos cocineros por engañar con el etiquetado. Pensamos que quizá Marcos pudo investigar algo así.

El chef Óscar rodó los ojos:

—Sí, en el pasado hubo un par de escándalos, pero no lo relacionéis conmigo. Yo compito por mi cuenta, sin trampas. Ese hombre, Marcos, no me importaba. No estaba en mi radar.

Luego bajó la voz, casi murmurando:

—Aunque era muy insistente. Demasiado. A veces, cuando alguien molesta a la gente equivocada, acaba mal.

Lucía captó la frustración latente del chef. Decidió no presionarlo más, y se despidieron agradeciendo la degustación. Mientras se alejaban, Juan reflexionó en voz baja:

—Podría estar muy a la defensiva, o realmente ser ajeno. No sé.

—Sí, no saco nada concluyente. Como mucho, que su irritación parece centrada en proteger su reputación.

Prosiguieron hacia la zona administrativa donde podía encontrarse el funcionario Vicente. Lo ubicaron revisando unos papeles con dos ayudantes. Esperaron a que terminara y se acercaron:

—Buenas, Vicente. ¿Tienes un minuto?

El hombre resopló, con gesto de hastío:

—Estoy a tope. ¿Qué queréis?

Lucía fue franca:

—Supimos que el difunto Marcos pudo haber descubierto algo sobre las licencias de la feria. ¿Te suena?

El funcionario arrugó la frente:

—¿Licencias de la feria…? Mira, la gestión es complicada, pero no hay nada turbio. Sí, la gente se queja de que algunos expositores reciben mejores puestos, pero nada que justifique matar a nadie.

Juan insistió, con tacto:

—Pero, ¿existe la posibilidad de que Marcos amenazara con denunciar irregularidades municipales?

Vicente miró a ambos con impaciencia:

—¿De dónde sacáis esas ideas? —Zarandeó los papeles—. Dirijo este evento como puedo, con todo el estrés del mundo, pero no me he enriquecido ilegalmente. Lamento la muerte de ese hombre, pero niego tajantemente cualquier acusación de amaño.

—Está bien, solo preguntábamos —se disculpó Juan, pues no deseaban enemistarlo.

—Pues dejadme en paz, por favor. Bastante tengo ya con los artesanos exigiendo más espacio —replicó el funcionario, volviendo a sus labores.

Lucía y Juan entendieron que en ese momento no sacarían nada más. De nuevo, la actitud a la defensiva señalaba que Vicente protegía su imagen, pero no proveía una pista concreta que lo incriminara. En consecuencia, empezaban a descartar que un simple

conflicto por licencias fuera un móvil suficientemente fuerte para un asesinato, a no ser que hubiera algo más profundo detrás que desconocían.

La última pata de la ecuación era la galerista Adrienne. Aun así, ya la habían interrogado el día previo, y no estaba dispuesta a abrirse más. Probablemente, necesitarían otra estrategia, quizá una conversación con su círculo cercano. "Tal vez su restaurador o alguien que colabore con ella," se dijo Lucía.

Tras mediodía, se sentaron en un rinconcito sombreado de la plaza, pidiendo un refresco. Lucía repasó mentalmente lo recabado:

—El chef y el funcionario tienen roces con la feria, pero no han dado indicios claros de un motivo tan grave. Falta Adrienne. Y además, no olvidemos a cualquier artesano o inversor interesado en el cuadro.

—Cierto. —Juan bebió un trago—. Se me ocurre que, si Marcos descubrió que el cuadro es robado o falsificado, un inversor anónimo también podría ser culpable. Nadie descarta esa vía.

Mientras hablaban, un hombre que atendía uno de los expositores de productos alicantinos se aproximó con curiosidad:

—Perdonen, ¿ustedes no son los forasteros que encontraron el cadáver?

Lucía lo miró sorprendida:

—Sí, bueno, dimos la voz de alerta. ¿Por?

El hombre chasqueó la lengua, con una mueca de pena:

—Dicen que estáis investigando, como unos detectives. A mí me da igual, pero cuidado. Hay gente que no quiere que rebusquen en sus asuntos.

—¿Alguien le ha dicho eso? —intervino Juan, intrigado.

El vendedor hizo un gesto evasivo:

—Solo he oído que "más vale que nadie remueva la mierda." No sé quién lo dijo con exactitud, pero andan avisando de que no conviene meterse.

Lucía y Juan intercambiaron miradas. Aquello parecía una advertencia indirecta. Agradecieron al vendedor la información, y él regresó a su puesto. Lucía apretó el vaso de su refresco, sintiendo un temblor de rabia:

—Eso significa que alguien, posiblemente el asesino, se inquieta por nuestras pesquisas.

—Claro. Lo que indica que estamos en el camino adecuado —murmuró Juan, en un tono que era mezcla de miedo y determinación.

No tenían intención de retroceder. Al contrario, la idea de que el culpable se sintiera amenazado confirmaba la veracidad de sus sospechas. Sin embargo, debían mantener la cautela, evitando provocar un enfrentamiento abierto.

—Mantengámonos alerta —concluyó Lucía—. No actuaremos solos en sitios apartados. Intentaremos hallar pruebas tangibles y, cuando tengamos algo sólido, lo llevaremos a la policía.

Juan asintió, contemplando la feria a su alrededor, con la multitud entretenida, sin saber que entre ellos podía merodear un asesino. Casi le parecía increíbe la dualidad: gastronomía, música y artesanía, frente a la sombra de un homicida que dejó un cadáver en un callejón. Esa aparente contradicción era parte de lo que definía un

entorno “cozy”: una comunidad pequeña donde la muerte rompía la armonía de golpe.

***

El calor de la siesta había retirado a muchos a reposar, pero Lucía y Juan, movidos por la tensión del crimen, siguieron rondando la feria. Fue al cabo de una hora cuando se desató un suceso que distaba de ser casual: un grito repentino resonó en un área de la plaza, donde se almacenaban algunos materiales y cajas de productos. Al principio, Lucía pensó que alguien se quejaba por un golpe, mas pronto quedó claro que había llamas.

—¡Fuego, fuego! —chilló una mujer, corriendo con un extintor hacia la zona.

El humo se elevó desde un montón de cartones y material promocional que se guardaba en un cobertizo provisional. Lucía y Juan se precipitaron para ver si podían ayudar. Un artesano intentaba arrojar agua con un cubo, mientras otro apretaba el gatillo de un extintor sin demasiado acierto. Un murmullo de pánico se extendió en el lugar.

Por suerte, la hoguera era de tamaño moderado, y pronto, con la ayuda de varios vecinos, lograron sofocar las llamas. Estas se apagaron, pero dejaron un rastro de hollín que manchaba más que los cartones. Era una firma sin nombre, un mensaje ardiente: “Aquí manda el miedo.”

El funcionario Vicente, que apareció corriendo, se llevó las manos a la cabeza:

—¿Qué ha pasado aquí?

Un hombre que parecía ser el encargado del almacén improvisado se encogió de hombros, atónito:

—No tengo ni idea. De repente se prendió. Alguien debió dejar un cigarrillo, o… no sé.

Mientras hablaban, Lucía notó que algunos artesanos murmuraban en voz baja, diciendo que no creían que fuera un simple accidente. "Demasiado oportuno," decía uno. "Podrían haber arruinado varios productos, e incluso causar un escándalo grande." A Lucía le resonó la palabra "sabotaje." Y recordó la advertencia de que el asesino se pondría nervioso. ¿Podía ser este un acto de "advertencia" para sembrar miedo o dañar a ciertos expositores?

Juan, a su lado, se mostró inclinado a creerlo:

—Parece que intentaron provocar un caos mayor —murmuró—. Quizá esto es obra del asesino, intentando mandar un mensaje.

—Eso pienso —susurró Lucía—. Quería desviar la atención o asustar.

La Guardia Civil apareció en cuestión de minutos, revisando la zona. Uno de los agentes comentó que no se veía un origen accidental claro, y que investigarían si alguien roció un líquido inflamable. El funcionario Vicente se enjugó el sudor, horrorizado por el suceso, y la multitud se dividía entre la curiosidad y el temor. En apariencia, nadie resultó herido, pero el susto estaba servido.

Mientras la gente se dispersaba, Lucía escuchó a un comerciante jurar que vio a un desconocido merodear el cobertizo poco antes. Sin embargo, no lo describía bien, y todo quedó en vaguedades. Un par de artesanos exclamaron: "¿No será un aviso?." Lucía tomó nota

mental: "El culpable actúa, deja su marca. Intenta intimidar o causar pánico."

El incendio menor, sofocado a tiempo, simbolizaba la acción directa de un antagonista que temía que la investigación de Lucía, Juan, o la misma policía, destapara sus motivos. Se trataba de un "acto" que confirmaba su presencia, su nerviosismo. En la mente de Lucía bullía la idea de que, en un misterio de novela, el asesino suele cometer errores al tratar de encubrirse. Quizá esta torpeza les brindaría pistas adicionales.

—Quedémonos un rato más, por si la Guardia Civil pregunta a la gente. —Juan se mostró ansioso—. Y no perdamos de vista si alguien se comporta de forma extraña, Lucy.

Ella asintió, con un escalofrío. Recorrió la plaza, mirando a los sospechosos. Óscar, el chef, tenía cara de disgusto, como si lamentara la mala imagen para la feria. Vicente, el funcionario, sudaba copiosamente, hablando con los agentes y moviendo las manos con desesperación. De la galerista Adrienne, ni rastro en ese momento, probablemente estaba en su galería. El suceso parecía no implicarla directamente, pero no podía descartarse.

Al cabo de unos minutos, quedó claro que no había heridos serios. La policía local y los organizadores tomaron declaraciones. Nadie brindó una descripción sólida del posible saboteador. Lucía y Juan intuyeron que el culpable se escabulló entre la multitud. Cuando finalmente se restableció la calma, Vicente pidió a todos retornar a sus labores, minimizando los daños.

En la trastienda, Lucía alcanzó a oír una frase escalofriante: "El que haya hecho esto es capaz de más." Sintió un nudo en la garganta.

Sí, un incendio menor era un acto de advertencia. ¿Sería una nota anónima lo siguiente, o ya la habrían dejado?

Como corroborando su presagio, esa misma tarde, en el hostal, Lucía y Juan encontraron sobre la mesita de su habitación un sobre blanco sin remitente. El corazón de Lucía dio un brinco. Se miraron, tensos, y Juan abrió la carta con cuidado. Dentro, un papel con una frase escueta, escrita con aparente apremio:

"Dejaos de investigar. Es cosa de la policía. Más os vale iros de Altea antes de lamentarlo."

Era la primera amenaza directa hacia ellos desde que llegó la feria a su punto álgido. Lucía lo leyó en silencio, sintiendo un estremecimiento en la nuca. Se miraron:

—El asesino, o alguien de su parte, nos ha identificado como investigadores —murmuró Juan, pálido—. Lo que temíamos.

Lucía apretó los puños:

—No me sorprende. Alguien sabe que hacemos preguntas. No podemos retroceder ahora.

—Claro que no. Pero vayamos con más cuidado —advirtió él—. Esto se pone serio.

Lucía guardó la nota con pulso firme. No llevaba firma, pero sí una peculiaridad: estaba escrita con tinta azul sobre una servilleta de un restaurante de la feria, doblada con cuidado.

—Esto no lo hace un desconocido. Esto lo deja alguien que nos ha estado muy cerca.

—Si alguien pensaba que esto nos haría callar, es que no ha leído suficientes novelas.

Afuera, Altea seguía brillando bajo la tarde mediterránea. Pero para ellos, la feria acababa de transformarse en un tablero donde la verdad y la mentira jugaban su partida final.

11

LA NOCHE REVISTIÓ A Altea de un halo seductor. Los farolillos iluminaban las calles, y la brisa marina refrescaba el aire, atenuando el calor del día. Lucía y Juan decidieron dar una vuelta para despejar la mente. Habían pensado cenar algo ligero en uno de los restaurantes que ofrecían degustaciones de marisco, y luego acercarse a ver si la galerista Adrienne seguía en su local, para tantear cualquier novedad.

Camino al Casco Antiguo, notaron que el ánimo general era de disfrutar la feria, salvo por los murmullos de algunos vecinos en corrillos que susurraban sobre el incendio y la amenaza anónima que "seguro que existía." Se confirmaba que el sabotaje se había convertido en rumor, con teorías variopintas. Lucía se limitó a observar, anotando mentalmente cada rostro preocupado o atemorizado.

El restaurante que eligieron se encontraba en una pequeña placita, con mesas al aire libre y una carta basada en pescados y arroces.

Lucía pidió un plato de calamares encebollados y Juan, algo de pulpo a la brasa. Mientras esperaban la comida, charlaron en voz baja sobre el siguiente paso en su investigación. De pronto, apareció en la misma terraza **Adrienne**, conversando animadamente con un grupo de personas, tal vez clientes o amigos. Juan se quedó absorto, como hipnotizado, siguiendo cada gesto de la francesa.

Lucía parpadeó con un leve nudo interno. Reconocía que en las últimas jornadas, la química entre Juan y Adrienne se había ido intensificando. Él demostraba admiración genuina, y aunque ella no sabía hasta qué punto la galerista correspondía, cada vez que coincidían, notaba las miradas cómplices, las sonrisas suaves. Un leve cosquilleo de celos la atravesó, por más que no quisiera admitirlo.

—¿Por qué no le saludas? —soltó Lucía con un tono que trató de ser natural.

—No… Está con otra gente, no quiero interrumpir —respondió Juan, aunque Lucía supo que se moría de ganas de acercarse.

Por un instante, se sintió culpable: si a Juan le hacía ilusión un romance, ¿quién era ella para entorpecerlo? No obstante, le incomodaba que su compañero de aventuras estuviera "cegado," como temía, por una posible sospechosa. Y si Adrienne era realmente culpable, la posición de Juan sería muy incómoda. ¿Podría él desenmascararla llegado el caso? La duda se le clavó como un dardo.

Terminaron de cenar y, cuando ya iban a marcharse, Adrienne los vio desde su mesa y se acercó con una sonrisa:

—¡Buenas noches! Veo que seguís descubriendo la gastronomía de Altea. ¿Qué tal el pulpo?

Juan se puso un poco rojo:

—Exquisito. El chef se lució. ¿Tú… cenando con amigos?

—Sí, unos conocidos interesados en artes locales. —Adrienne bajó el tono—. Ojalá mañana tengamos buenas noticias de la policía, esto del incendio y la muerte de ese pobre hombre nos resta ambiente festivo.

Lucía aprovechó para tantear:

—¿No te preocupa que alguien vaya tras tu cuadro?

Adrienne entrecerró los ojos:

—Claro que no suspenderé la exhibición —dijo Adrienne, sonriendo con los labios, pero no con los ojos. En su gesto, al ajustar la pulsera, Lucía percibió un temblor breve, casi imperceptible. Un matiz que contradijo su aplomo—. Confío en que la obra sea la guinda de la feria. No dejaré que el miedo me detenga.

En esa firmeza, Lucía vio la determinación de la galerista. Aun así, no se sacudía la idea de que quizá ocultaba algo crucial. Adrienne se despidió, y Juan se quedó con la mirada siguiendo su figura. Lucía respiró hondo, intentando no incomodarse:

—Te veo muy implicado, Juan. No te dejes llevar demasiado, recuerda que es una sospechosa… —Se arrepintió de soltarlo tan brusco, mas fue inevitable.

La reacción de Juan reflejó sorpresa e incluso un matiz de ofensa:

—¿De verdad crees que ella...?

—No lo sé —admitió Lucía—. Pero te veo hechizado. No vayas a ignorar indicios si resultase implicada.

Juan bajó la vista:

—No soy un ingenuo, Lucy. Puedo separar lo personal de lo investigativo.

Se instaló entre ellos un silencio que no era enfado, sino ese incómodo pariente de las verdades a medias. Lucía pensó en disculparse, pero no halló las palabras. A veces, ser la sensata del dúo tenía el mismo encanto que ser la tía que arruina las fiestas familiares con advertencias prudentes.

Alguien murió, y no podía descartar a la galerista por simpatía. ¿Era su rol como amiga cuidar de Juan o se interponía en su posible romance? Ese dilema la carcomió mientras se levantaban de la mesa y emprendían el camino de regreso.

La conversación decayó, y Lucía sintió un nudo de culpa. Quizá habló demasiado directo, hiriendo a Juan. Pero su instinto clamaba que el afecto podía nublarle la percepción. "No quiero que sufra si Adrienne es culpable," se dijo, o, peor, que cayera en una trampa. De momento, el recelo se instaló entre ellos.

—Mañana seguiré preguntando por el paradero de Marcos antes del crimen —dijo Lucía en voz baja, intentando desviar el clima—. Me gustaría saber dónde estuvo esa noche, con quién habló. Igual alguno de los artesanos lo vio.

Juan asintió, con gesto distante:

—Bien. Y yo intentaré averiguar si en el ayuntamiento conocen la identidad de ese inversor misterioso que vendrá a la subasta. Podría ser la pieza que nos falte.

Así, tras un recorrido silencioso por las callejuelas, volvieron al hostal sin mucho que comentar. Lucía deseó reconciliar un poco la tensión, pero no encontró las palabras. Cada uno se acostó con sus pensamientos. Lucía, en su cama, cavilaba: "¿Estoy siendo celosa en exceso? ¿O protejo a mi amigo?" Cerró los ojos, intentando acallar esa tormenta emocional. Tras varios minutos, escuchó la respiración calmada de Juan, que al parecer se había dormido, o fingía hacerlo.

El sueño de Lucía fue tumultuoso, mezclando imágenes del sabotaje, el fuego, la nota anónima, y la figura de Adrienne sonriendo con un cuadro bajo el brazo. Despertó varias veces, agitada. Se daba cuenta de que, además de la tensión del caso, la subtrama romántica añadía una carga emocional que no conocía en su relación con Juan. Le dolía admitirlo, pero sí, estaba celosa. Quizá no de manera enamorada, sino un tanto posesiva: su compañero de aventuras podía caer en un error que lo volviera vulnerable. No sabía cómo explicarle, sin herirlo.

Cuando la luz del alba entró por la ventana, Lucía se levantó con un cansancio moral y físico. Ese día, la feria tendría más actividades y la investigación amateur prometía ser intensa. Se vestiría y saldría con Juan, intentando limar asperezas y buscar la verdad juntos. La nota amenazante y el incendio eran signos de que el culpable no dudaba en moverse. Además, la tensión interna del enamoramiento de Juan con Adrienne era otro factor a gestionar.

Así cerraban la víspera de un día clave, conscientes de que no había vuelta atrás: se estaban adentrando en el corazón del misterio, con un asesino en alerta y una semilla de discordia que afloraba en su amistad. Afuera, la feria se desplegaba entre paellas y

sonrisas, como si nada. Pero Lucía sabía que esa jornada no iba a servir solo para vender artesanía: alguien, en algún rincón de Altea, iba a cometer su segundo error.

12

EL NUEVO DÍA AMANECIÓ con cierta calma superficial en Altea, como si el pueblo rehusara admitir la sombra oscura del crimen. Sin embargo, para Lucía y Juan, esa bruma de placidez se veía minada por la tensión interna y la necesidad de dar un paso decisivo en la investigación. Tras desayunar en el hostal, conversaron sobre la estrategia:

—Según averiguamos —explicó Lucía—, el chef Óscar pudo sentirse presionado por algún escándalo de ingredientes o fraudes. Tenemos indicios de que Marcos investigaba irregularidades gastronómicas del pasado. ¿Y si era algo grande que podía perjudicar al chef?

Juan, con semblante pensativo, sostuvo su taza de café:

—Sí, es plausible. El chef parece muy celoso de su prestigio. Quizás, si Marcos descubrió que engañaba con algún producto o reclamo, y amenazó con exponerlo, sería motivo de sobra.

—Además, el chef se muestra agresivo y con un carácter difícil —añadió ella—. Y fue de los pocos que no esgrimió una coartada clara.

Con esa hipótesis en mente, decidieron que Lucía —como la más incisiva— confrontaría a Óscar de forma directa. Creía tener pruebas circunstanciales: comentarios de artesanos sobre engaños en la cadena de suministro de pescado, rumores de viejas denuncias, y el hecho de que Marcos rondara lo culinario. Para Lucía, bastaba para presionar al chef y ver cómo reaccionaba.

La oportunidad se presentó a media mañana, cuando notaron a Óscar finalizando una exhibición de cocina en la misma carpa que días atrás. El público disperso se marchaba, y el chef, secándose el sudor con un paño, reordenaba sus utensilios. Lucía, con paso resuelto, se acercó mientras Juan aguardaba a corta distancia.

—Hola, Óscar —empezó con cortesía—. ¿Tienes un minuto?

El hombre la miró, frunciendo el ceño:

—Voy mal de tiempo, ¿qué quieres?

—Hablar del difunto Marcos. Sabemos que él estaba tras ciertas denuncias de irregularidades en ingredientes. Hemos oído más de una versión que apunta a tu stand. ¿No querrás confesarnos algo?

El chef parpadeó, incrédulo. Su rostro adquirió un matiz iracundo:

—¿Qué tonterías dices? ¿Insinúas que maté a ese hombre para ocultar un fraude? Eso es difamación. —Su voz subió de tono.

Lucía se mantuvo firme, sin alzar la voz:

—No acuso directamente. Pero tenemos razones para creer que Marcos descubrió algo relevante, y una de sus líneas de investigación era la calidad de ciertos productos. Tal vez, si te amenazó con arruinar tu nombre…

—¡Basta! —soltó Óscar, dando un golpe en la mesa con la mano abierta—. Esto es ridículo. Mi cocina es impecable. Nada de pescados congelados fraudulentos. Y, la noche en que mataron a Marcos, yo tenía testigos: estaba en mi restaurante en Benidorm preparando un menú especial. Varios comensales y mi ayudante pueden confirmarlo.

El chef se explayó con rabia, enumerando nombres de clientes y explicando que a esa hora él ni siquiera estaba en Altea. Cuando Lucía lo presionó con un "¿Puede la policía corroborarlo?", él gruñó:

—Por supuesto. Si hace falta, llamo a mis clientes. Tengo sus reservas registradas. El carnicero que me trajo el producto también puede atestiguarlo. ¿Satisfecha?

Lucía se quedó sin respuesta inmediata. Aquello era una coartada sólida. Parpadeó, intentando no parecer aturdida:

—¿Entonces no estuviste en Altea aquella noche?

—Solo estuve por la mañana, luego me fui a Benidorm a mi restaurante. Regresé al día siguiente, cuando me enteré del crimen —respondió el chef, visiblemente ofendido—. Si quieres, habla con el maître, con mi equipo. Tengo varios testigos.

Lucía tragó saliva y admitió para sí que el chef tenía argumentos. Podía estar mintiendo, sí, pero ¿por qué mentar tantos nombres? Era un plan muy elaborado, o bien la verdad. Suspiró:

—Vale… siento si te molestó la pregunta. Solo buscamos la verdad.

Óscar la fulminó con la mirada:

—No vuelvas a calumniarme. Tengo un prestigio que defender, ¿entiendes?

Recogió sus utensilios y se marchó con un ademán despectivo. Lucía retrocedió para encontrarse con Juan, que presenció la escena a unos pasos. Su amigo, con los brazos cruzados, la recibió con gesto comprensivo:

—¿Ha resultado un fiasco, no? El chef demuestra una coartada sólida.

Lucía asintió, sintiendo un peso en el estómago:

—Sí. Y tampoco percibo que mienta. Parecía genuinamente furioso, no asustado.

Lucía —que se había acercado convencida de poseer indicios contundentes— salió con las manos vacías y la certeza de que el chef, por temperamental que fuera, no parecía el homicida. Al menos, no existía ya la sospecha inmediata de que se reuniera con Marcos la noche del crimen.

Agotada, Lucía notó la mirada de unos artesanos que, sin oír el altercado, se acercaron curiosos. Ella intercambió saludos cordiales y disimuló su frustración. "Vaya forma de empezar el día," pensó. Caminó hacia un rincón de la plaza, donde un artista pintaba acuarelas en vivo, buscando relajarse un poco mientras hablaba con Juan.

—Pues ya ves —murmuró—, otro sospechoso se cae. Y me quedo con la duda de si su relación con Marcos era tan irrelevante como dice.

—Es probable —concedió Juan—. Ahora nos queda el resto. Si la subasta está cerca, quizá la verdadera trama involucre a la galerista o a algún inversor oculto.

Lucía, suspirando, confió en que el día de la subasta (o la muestra oficial del cuadro) clarificara si había rencillas ocultas. Mientras tanto, su primer disparo contra el chef había fracasado.

***

El sol golpeaba con fuerza cuando Lucía y Juan decidieron visitar la galería de Adrienne una vez más. Los avances de la investigación, sumados a la cercanía de la inauguración formal de la subasta, hacían a la galerista un blanco natural de sus preguntas. Además, Lucía había detectado nuevos rumores que apuntaban a que el cuadro en cuestión podía tener un origen dudoso, tal vez robado. Eso implicaba que, si Marcos descubrió pruebas de su ilegitimidad, Adrienne tendría mucho que perder.

Aun así, Lucía se hallaba con sentimientos encontrados: a Juan le atraía la galerista, y él podía sentirse ofendido si la acusaban sin fundamento. No obstante, su deber como "detectives aficionados" era buscar la verdad, sobre todo ahora que el chef había quedado prácticamente exculpado.

En la galería, el ambiente estaba ajetreado. Adrienne supervisaba la colocación de unas nuevas piezas de un pintor local. Al ver a Lucía y Juan, esbozó una sonrisa contenida:

—Buenas. Estáis de vuelta. ¿En qué puedo ayudaros?

Lucía se aproximó con aire sereno:

—Hola, Adrienne. Hemos sabido que hay quienes cuestionan la procedencia del famoso cuadro que piensas exponer. ¿Podrías aclarar el tema?

Un leve sobresalto se dibujó en la expresión de la francesa. Se notaba que la pregunta la incomodaba. No obstante, trató de mantener la compostura:

—Lo he dicho mil veces: el lienzo viene de una colección privada, y tengo los papeles en regla para subastarlo. —Algunos artesanos sostienen que Marcos, el fallecido, investigaba su legitimidad… —puntualizó Lucía.

Adrienne ladeó la cabeza, con una mezcla de fastidio y un deje de tristeza:

—Sí, me lo comentó en su día. Decía que a lo mejor el pintor tenía herederos. Pero no aportó nada concreto. Yo verifiqué con mis contactos que no hay reclamaciones legales.

Lucía insistió, sintiendo que esa era su bala de plata:

—¿Estás segura de que no hay herederos que pudieran invalidar la venta? Porque si Marcos hubiera encontrado un documento…

En ese momento, Juan entró en escena para moderar la tensión:

—Sabemos que Lucía a veces es muy directa. Solo deseamos confirmar que no estás metida en un lío sin querer. Tenemos motivos para pensar que Marcos poseía papeles comprometedores.

La galerista apretó los labios, volviéndose hacia Juan con una mirada que mezclaba incomodidad y… cierto afecto:

—Aprecio que te preocupes. De verdad. Pero te aseguro, y se lo digo a los dos, que revisé la historia de la pintura. Está limpia. Nadie va a impugnar mi subasta.

Lucía notó esa complicidad sutil entre Adrienne y Juan, lo que despertó en ella una punzada de celos reprimidos. Aun así, no se contuvo:

—¿Entonces no ocultas nada? ¿No hay una razón oculta para retrasar la exhibición del cuadro?

Adrienne hizo un gesto de exasperación:

—Lo retraso porque es parte de la estrategia de la feria, quiero que sea un acto estelar al final. No porque tema denuncias. Mirad… —se interrumpió, bajando la voz—. Tal vez Marcos creía tener algo importante. No lo sé. No tuve ocasión de ahondar. Es triste que muriera, pero no me involucré con él.

Lucía aspiró hondo. La negativa de Adrienne parecía convincente, pero también denotaba cierta hostilidad. Como si no le gustara que la presionaran. Decidió dar un paso más atrevido:

—Alguien nos contó que un inversor extranjero piensa pujar con cantidades altas. ¿Es cierto? Podrías temer que una revelación de Marcos arruinara el negocio…

La galerista alzó la barbilla, y Lucía pudo sentir un temblor sutil en sus manos:

—Eso… no es de su incumbencia. Mis contactos son reservados. ¿U os dedicáis a espiar mis asuntos?

El tono subió, generando un ambiente tenso. Lucía, con el corazón encogido, se dio cuenta de que estaba traspasando la línea. Por otra parte, Juan, al ver la incomodidad de Adrienne, se apresuró a defenderla:

—Lucía, para. No presiones más a Adrienne. Si dice que todo está en regla, le creeremos, a falta de pruebas reales que indiquen lo contrario. No la incrimines sin fundamento.

La frialdad en las palabras de Juan golpeó a Lucía. Sintió que su compañero se ponía de parte de Adrienne de forma inmediata.

Intentó replicar:

—Solo hago preguntas. ¿Acaso no es normal en nuestra investigación?

—Sí, pero la estás acosando —respondió él, con un matiz enojado —. No es justo.

Adrienne, sintiéndose apoyada, dio un paso atrás:

—Mirad, no quiero más líos. Os ruego que me dejéis tranquila con vuestras conjeturas. Si tienes dudas, habla con la policía.

Lucía notó un nudo en la garganta. La apuesta de evidenciar a Adrienne como sospechosa fracasaba. Sin coartada concreta, la galerista lograba imponer su versión, y la actitud de Juan la protegía, dejando a Lucía como la mala de la película. La discusión dejó un poso amargo. Con resignación, se disculpó:

—Vale, vale, no queríamos incomodarte. Con permiso…

Se despidieron con un silencio cargado de tensión, y al salir de la galería, Lucía apenas pudo contener su frustración. Juan, con el ceño fruncido, se mantuvo a su lado, bajando la calle.

—¿Por qué la defendiste así? —soltó Lucía de pronto, con un tono dolido.

—¿Y por qué la atacaste como si tuvieras una prueba irrefutable? —contrarrestó él—. No tenemos nada sólido contra ella.

La respiración de Lucía se agitó:

—Porque todo apunta a su cuadro. Si Marcos descubrió algo decisivo, ella tendría un móvil. Y tú, cegado por… ya sabes.

Juan apretó los dientes:

—No estoy cegado, Lucía. Solo intento no juzgar sin pruebas —dijo Juan, bajando el tono, pero sin esconder la molestia.

Lucía, con las mejillas encendidas, apartó la mirada. Adrienne cruzó los brazos, y su silueta elegante parecía ahora más distante que nunca.

—Os agradecería que me dejarais terminar la preparación. Esta subasta significa mucho para mí —dijo, y fue hacia el interior sin volver a mirarlos.

El tono cortante de Juan frenó la frase. Ambos quedaron en un silencio incómodo, mientras bajaban las escaleras adoquinadas que llevaban a la parte baja del pueblo. Lucía sentía un dolor punzante en el pecho: su compañero la acusaba de hostigar a la galerista por celos, y ella se preguntaba si tal vez sí mezclaba sentimientos. "Pero soy objetiva," se repetía. "Adrienne tiene muchos motivos para mentir."

De ese modo, el segundo disparo de la investigación, al pretender desenmascarar a la galerista, se estrellaba contra la falta de evidencias y la postura de Juan. Lucía concluyó que, por ahora, no podía forzar una acusación seria. Y si Adrienne ocultaba algo, lo hacía con sumo cuidado.

El aire entre Lucía y Juan quedó enrarecido, sumido en una discusión que no halló resolución. Ella seguía convencida de que la francesa encubría un trasfondo espinoso con el cuadro, mientras él, quizá por su atracción sentimental, rehusaba verlo. La investigación se enturbiaba por las tensiones internas: un factor más que sumaba complejidad a la aventura.

Así, con el sol del mediodía, golpeando sus espaldas, y el ánimo por los suelos, se encaminaron hacia la feria. Esperaban encontrar

algún indicio alternativo, al menos para despejar la mente de sus fracasos consecutivos.

***

La tarde avanzó con calor sofocante y un aparente clima de normalidad en la feria. Entre degustaciones de arroces y puestos de artesanía, la mayoría de los visitantes disfrutaba sin pensar en el crimen. Sin embargo, Lucía seguía con las antenas alzadas. Su discusión con Juan había dejado un poso de malestar, pero cada uno, por su cuenta, prosiguió la investigación. Juan se dirigió a charlar con algunos funcionarios, y Lucía habló con artesanos más veteranos que pudieran aclarar si Marcos se implicó en temas distintos al cuadro.

No descubrió nada especialmente revelador. Varios coincidían en que sí, Marcos rondó la gastronomía y el arte, pero no sabían si poseía pruebas de algo. La mayoría repetía el mismo lamento: "Pobre hombre, la policía debería averiguar qué pasó." Lucía, con su libreta casi llena de anotaciones, sentía que corría en círculo.

Fue ya cuando el sol empezaba a descender, tiñendo el cielo con pinceladas anaranjadas, que ocurrió un nuevo suceso. Lucía se encontraba en la plaza grande, cerca de un pequeño escenario en el que, a eso de las ocho, actuaría un grupo de bailes típicos. El lugar estaba lleno de gente sentada en sillas metálicas, esperando el espectáculo. De pronto, se oyó un grito en la parte posterior de la plaza:

—¡Eh, cuidado! ¿Quién eres? —vociferó un guardia, corriendo tras alguien.

Lucía, presintiendo algo gordo, se levantó y se escurrió entre la multitud para ver qué pasaba. Detrás del escenario, un guardia municipal intentaba interceptar a una figura encapuchada que saltó un pequeño muro y se perdió en la penumbra de una callejuela lateral. Dos artesanos se acercaron, preguntando qué sucedía, y el guardia, agitado, exclamó:

—Ese tipo estaba rebuscando en los camerinos y se llevó algo. Cuando me vio, huyó.

Lucía se aproximó:

—¿Qué robaron?

—Una cartera con documentación, creo, o un bolso. Pertenece a uno de los organizadores. No estoy seguro.

Aquello confirmaba la existencia de un ladrón o saboteador que se movía con descaro, quizá el mismo que provocó el incendio. Lucía especuló que era un segundo acto del antagonista, intentando borrar huellas o hacerse con papeles ajenos. Sintió que la tensión subía varios enteros.

Justo en ese momento, Juan llegó apresurado, pues había visto el barullo:

—¿Qué pasó?

—Un encapuchado robó algo en los camerinos —explicó Lucía en un murmullo—. Es otro síntoma de que el asesino no está quieto. Busca algo, elimina rastros, o mete miedo.

Juan maldijo en voz baja. El guardia municipal se lamentaba de no haber corrido más rápido, y un par de personas cercanas abogaban

por reforzar la seguridad. Era evidente que la feria entraba en su punto más oscuro, con actos clandestinos que confirmaban que el culpable se sentía amenazado o presionaba para que nadie descubriera su secreto.

En medio de ese caos, Lucía sintió una punta de terror: si el asesino estaba dispuesto a entrar en camerinos y robar documentos, ¿qué impediría que atacara de nuevo a quien hiciera más preguntas de la cuenta? Alzó la vista y encontró la de Juan, con la misma preocupación reflejada. Sus discusiones quedaban en un segundo plano cuando comprendían la gravedad de la situación: un verdadero peligro se cernía sobre Altea.

—Esto demuestra que no se trata de un crimen aislado —susurró Lucía—. El culpable sigue moviéndose.

—Sí. Lo peor es que la policía local parece saturada —respondió Juan—. Hay demasiada gente durante la feria. Encontrar al encapuchado se antoja difícil.

En ese instante, Lucía recordó el incendio y la nota anónima que les dejaron. Todo encajaba como una serie de "actos" del antagonista, cada vez más arriesgados. De pronto, oyó a unos testigos comentar que el ladrón parecía llevar guantes y correr con agilidad, y el guardia reconocía no haber visto su rostro. "Perfecto para quedar impune," pensó Lucía con amargura.

Mientras la plaza intentaba volver a la normalidad, con la música folclórica subiendo al escenario y el público sentándose de nuevo, Lucía y Juan se apartaron a un costado. Sentían que aquel nuevo golpe del antagonista era un punto de inflexión. Si no se apuraban,

el asesino podría borrar cualquier evidencia que lo inculpara, o peor, atacar de forma más directa.

—Estamos ante el Turning Point de la investigación —murmuró Lucía, con el corazón encogido—. El culpable va en serio.

Juan asintió, con un nudo en la garganta:

—Necesitamos reevaluar todo. Ojalá podamos encontrar algún aliado en la policía que nos escuche. Pero no pararemos, ¿cierto?

Lucía lo miró, con la chispa decidida en la mirada:

—No. Ya hemos llegado demasiado lejos. Y los actos de sabotaje y robo confirman que el crimen no fue casual. Este caso se intensifica, y debemos ser más cuidadosos.

Mientras se alejaban del bullicio, Lucía giró la cabeza una última vez hacia la plaza. No vio rostros conocidos, pero sí sintió —como una punzada detrás de la nuca— que alguien los seguía con los ojos. Y esa mirada, más que asustarla, la desafiaba.

13

LA MAÑANA EN ALTEA se alzó con un atisbo de brisa fresca que prometía atemperar el calor sofocante de días anteriores. Sin embargo, en el aire persistía la inquietud derivada del crimen de Marcos y de las recientes amenazas. Para Lucía y Juan, despertarse cada día suponía sopesar cómo proseguir con su investigación sin caer en las trampas del asesino, que ya había dejado bien clara su intención de sembrar el caos.

Tras un desayuno silencioso en el hostal, salieron a la feria con el plan de seguir interrogando a posibles testigos y aliados. Sin embargo, no habían avanzado ni dos calles cuando escucharon rumores de que había ocurrido algo en la galería de Adrienne a primera hora. Palabras como "robo" y "destrozos" se repetían en los corrillos. Con el corazón acelerado, Lucía y Juan se encaminaron de inmediato hacia la parte alta del Casco Antiguo, temiendo que se confirmara la peor sospecha: un nuevo atentado del culpable para obstruir la verdad.

Al llegar a la galería, encontraron a un pequeño grupo de curiosos en la puerta. Dentro, la Guardia Civil había acordonado parte del recinto, y se veía a Adrienne conversando con un agente, con semblante descompuesto. Lucía sintió un vuelco: la mujer, normalmente impecable, estaba en ropa más informal, el cabello desordenado. Parecía haber sufrido un sobresalto. Juan, con evidente preocupación, avanzó hasta que un agente le pidió que se apartara.

—¿Qué sucedió? —logró preguntar Lucía a un artesano que observaba la escena.

—Dicen que entraron de madrugada y revolvieron algunos papeles —contestó el hombre en voz baja—. Adrienne llegó esta mañana y halló la oficina interna patas arriba.

El corazón de Lucía latió con fuerza. ¿El antagonista había irrumpido en la galería para robar algo? ¿Buscar documentos relativos al cuadro? Un sinfín de conjeturas se arremolinó en su mente. Tras unos minutos, la Guardia Civil permitió que la galerista saliera al umbral para airearse. Juan aprovechó para acercarse, aunque un guardia le advirtió que no demorara la declaración oficial.

—Adrienne, ¿estás bien? —preguntó con un tono de sincera inquietud.

Ella alzó la mirada, con los ojos vidriosos:

—No mucho. Cuando entré a abrir la galería, descubrí que alguien forzó la puerta trasera, revistió la cerradura... Robaron papeles de mi escritorio y volcaron un par de archivadores. Por fortuna, no dañaron las obras expuestas, pero es una violación espantosa de mi espacio.

Lucía, conteniendo sus recelos, se sumó a la conversación:

—¿Sabes si se llevaron algo específico? ¿Quizá documentos sobre el cuadro?

Adrienne negó con la cabeza, alzando las manos en ademán confuso:

—Realmente no guardaba nada tan valioso aquí. La información más esencial la tengo en formato digital, y los papeles básicos están en un lugar más seguro. Pero... sí, había copias de certificados y correspondencia con algunos contactos sobre la pintura. Tal vez buscaban algo concreto. Estoy asustada.

La mujer parecía genuinamente afectada, lo que calentó el interior de Lucía con un torbellino de emociones: parte de ella la compadecía, otra parte seguía contemplándola como posible sospechosa, y no descartaba la posibilidad de que todo fuera un montaje. Con todo, el suceso apuntaba más bien a la acción de un tercero que quería sustraer pruebas o manipular la información del cuadro.

Adrienne frunció el ceño, como si acabara de recordar algo.

—Había una carpeta azul. Contenía correspondencia antigua con un notario de Jávea, sobre una donación artística mal documentada. No parecía importante, por eso no la moví... pero ahora que lo pienso, ya no está.

La Guardia Civil, entretanto, fotografiaba la zona y hablaba con Adrienne sobre la denuncia. Lucía supo que no era el momento de atosigar con preguntas. Se despidieron con un gesto amable, y la galerista, desolada, agradeció su preocupación. Al alejarse, Lucía se topó con la mirada hostil de un guardia, que seguramente los

recordaba del incendio, o de su intromisión continua. Prefirió no provocar.

—Esto aumenta la presión, ¿verdad? —comentó Juan, a media calle.

—Sin duda. El saboteador o asesino sigue atacando para borrar rastros o intimidar a la gente —repuso Lucía, con un escalofrío.

Era el segundo suceso grave en pocos días (contando el incendio en la feria y la intrusión en los camerinos, si lo consideraban como un acto menor). Ahora, la irrupción en la galería evidenciaba que el antagonista buscaba algo, quizás documentos que probaran la ilegitimidad del cuadro o cualquier indicio que relacionara al asesino con el crimen. A los ojos de Lucía, la sospecha se intensificaba: aquel lienzo era la clave, y no iban a parar hasta encontrar la verdad.

Entre tanto, sintió un nudo en el estómago al ver el semblante decaído de Juan: después de su enfrentamiento con Lucía, y ahora con el robo en la galería, debía sentirse abrumado. Con todo, siguió adelante. Bajaron hacia la feria y en el trayecto conversaron:

—Esto confirma que hay algo muy valioso en juego —dijo Lucía—. Quizá hablemos de propiedades costeras, licencias, o la fortuna que un cuadro así podría reportar.

—Sí, la gente mataría por grandes sumas —respondió Juan con amargura—. O por mantener un fraude en secreto.

Lucía asintió en silencio. Tenía la convicción de que la subasta prevista era la punta del iceberg, y la muerte de Marcos un obstáculo que el asesino había removido. Ahora, la intrusión en la

galería presionaba a Adrienne y dejaba claro que, si alguien quería frenar la exhibición final de la obra, estaba dispuesto a todo.

Cerca de la plaza, notaron que el suceso en la galería ya se comentaba en susurros. Muchos temían que la feria se convirtiera en un caos. El funcionario Vicente se afanaba en calmar a los expositores, pidiendo que no se alarmaran por lo del robo:

—La policía está investigando, la feria sigue, no habrá cancelación —decía, como si su prioridad fuera silenciar las malas noticias.

Lucía frunció el ceño. "La gente sufre, y él solamente piensa en la imagen del evento," pensó. Pero prefería no escenificar un nuevo choque con Vicente. Se limitó a mirar a Juan con complicidad:

—Debemos cambiar nuestro enfoque. No basta con recopilar indicios. Ahora, la presión es más fuerte.

—Sí. Tenemos que ser proactivos, no solo reaccionar —acordó Juan.

***

Tras la conmoción por el robo en la galería, Lucía y Juan se dieron cuenta de que su estrategia no podía limitarse a preguntas superficiales. El culpable reaccionaba con violencia: incendios, intrusiones, amenazas. Quedaba claro que esperaban un ataque frontal en cualquier momento. Por ello, tras apartarse del bullicio, debatieron un plan más activo.

—Hemos hecho una lista de sospechosos, sí, pero no tenemos pruebas firmes —dijo Lucía, sentada en una banca de la plaza—. Y la policía va a paso lento, o se ve desbordada.

—Cierto. Tenemos que ganar aliados en la comunidad —propuso Juan—. Gente que, sin ser culpable, sepa cosas o quiera mantener limpia la reputación de Altea, y que nos facilite datos sobre Marcos o el lienzo.

Lucía aprobó la idea con entusiasmo. Recordó la artesana de pelo canoso, los tenderos, e incluso algún familiar de artesanos que podía haber conocido a Marcos de cerca. Además, existía la posibilidad de que la propia doña Teresa, la dueña del hostal, conociera a alguien con información privilegiada. Necesitaban tejer una red de informantes para no caminar solos.

Con eso en mente, se encaminaron a la zona del mercadillo, donde varios vecinos vendían frutas y verduras. Allí hallaron a un matrimonio de mediana edad, Pedro y Amalia, quienes días antes intercambiaron saludos con Lucía. La joven se acercó con su mejor sonrisa:

—Disculpen, ¿os acordáis de mí? Estoy intentando aclarar algo sobre el difunto Marcos, el artesano-coleccionista. ¿Sabéis algo de su entorno?

El hombre negó con la cabeza, pero Amalia bajó la voz:

—Nos enteramos de que alquilaba una habitación en la Calle Sol, con doña Mati, una señora que antes trabajó en el ayuntamiento. Pero Mati es muy reservada. Puede que sepa más, pero no suelta prenda.

Lucía recordó que en esa calle ya se habían topado con una mujer reticente. Amalia continuó:

—Si queréis, puedo preguntarle a la sobrina de Mati, que a veces compra en mi puesto. Quizá consiga algo. No prometo nada, pero

me da pena la situación.

Juan dio las gracias con sentimiento. Esa era la clase de complicidad que ansiaban: vecinos dispuestos a intermediar. Les dejó un teléfono de contacto, sugiriendo que cualquier pista se la pasaran. Ambos se marcharon satisfechos con esa apertura.

Más tarde, visitaron a la artesana de pelo canoso, a la que Lucía había visto en repetidas ocasiones. Se hallaba en su puesto, cosiendo un paño. Cuando les vio, sonrió con un matiz de confianza:

—¿Alguna novedad?

Lucía explicó en susurros la escalada de sucesos: la irrupción en la galería, la sospecha de que el asesino andaba tras documentos. La mujer meneó la cabeza, consternada:

—¡Qué barbaridad! Mira, tal vez yo pueda presentaros a un amigo que conocía algo del pasado de Marcos. Un tal Esteban, que a veces vendía antigüedades. No es de aquí, sino de un pueblecito cercano, pero se deja caer por las tardes.

—Sería estupendo —agradeció Lucía. Concretó que vendrían por la tarde, y la artesana prometió avisar a ese Esteban si lo veía.

Amalia bajó la voz mientras cortaba unas ramas de romero de su puesto, y se las ofreció a Lucía.

—Tómate esto, que limpia el ambiente y espanta lo malo. Y si consigo que la sobrina de Mati hable, os lo diré por ese número. Pero tened cuidado: Altea parece bonita... hasta que se escarba.

Con esos pasos, Lucía y Juan confirmaban su cambio de actitud: dejar de "reaccionar" y volverse "proactivos," tejiendo una red de vecinos que les suministrase datos sin tener que exponerse a interrogatorios polémicos. Cualquier pista que arrojara luz sobre la

relación de Marcos con el cuadro o las propiedades costeras sería oro puro para desenmascarar al culpable.

Entretanto, la feria bullía. Al mediodía hubo una exhibición magistral de arroces marineros, y por la tarde se preveía un concierto. Sin embargo, los dos se movían con cautela, atentos a la posibilidad de ser vigilados. La nota amenazante los había sacudido, pero no bloqueado. El coraje de Lucía se mantenía. Juan, por su parte, se mantenía más reflexivo, quizá preocupado por la seguridad de Adrienne y su incipiente cercanía con ella.

En determinado momento, Lucía percibió que su dúo reconquistaba parte de la complicidad extraviada tras los enfrentamientos recientes. Cuando comieron juntos un bocadillo, él se disculpó con un leve rubor:

—Siento haber reaccionado mal en la galería, Lucy. Entiendo que haces tu trabajo de averiguar y, aunque me guste Adrienne, debo aceptar que es una de las sospechosas.

Lucía sonrió, aliviada. También se disculpó:

—Yo fui dura, lo admito. Solo... no quería que tus sentimientos cegaran la investigación. Pero no me manejaré con brusquedad otra vez.

Se estrecharon las manos en un gesto amistoso, confirmando la tregua. Eso los reconfortó, pues sabían que unir fuerzas era esencial. El caso se volvía cada vez más opaco, y la presencia del asesino rondaba como un lobo agazapado. De ahí la importancia de compenetrarse, limar asperezas y esforzarse en la tarea común.

—Volvamos a la cacería de información —propuso Juan—. Busquemos a Mati o a Esteban, según la artesana nos indicó. Cuanta

más gente hable, más cerca estaremos de atar cabos.

—Hecho —aceptó Lucía, animada por su nueva sintonía.

En cuanto terminaron la merienda, se desplazaron por la zona baja, consultando a uno y otro sobre Mati, sin mucha suerte. Al caer la tarde, mientras cruzaban un pasaje estrecho en busca de nuevos testimonios, Lucía tuvo la sensación nítida de que los pasos de alguien más resonaban tras ellos. No se giró. Solo apretó su libreta contra el pecho. Sabía que el asesino ya no observaba desde la sombra: se estaba preparando para actuar.

14

CUANDO EL SOL DIO paso a un crepúsculo rosado, Lucía y Juan concluyeron una intensa jornada de investigación, hablando con vecinos y artesanos. No habían encontrado a Mati ni al tal Esteban, pero confiaban en que, tarde o temprano, esas conexiones saldrían a la luz. Por el momento, les bastaba con la idea de que ya no estaban solos: contaban con la buena voluntad de varios lugareños que se indignaban ante la muerte de Marcos y la sucesión de incidentes.

Decidieron hacer un descanso en un café del paseo marítimo, donde la brisa marina resultaba un bálsamo para el calor diurno. Se sentaron en una mesa al aire libre, con la vista puesta en el horizonte, donde el mar parecía dorarse bajo los últimos rayos de sol. Tras pedir un refresco y un té, Lucía soltó el aire con un suspiro contenido:

—Hoy hemos avanzado más de lo que parece. Saber que la gente está harta y dispuesta a contarnos lo que sepa es crucial.

Juan asintió:

—Sí. Además, me alegra que hayamos limado asperezas. No soportaba la idea de discutir continuamente, y la situación de la feria es ya bastante tensa.

—Gracias por entender. —Lucía le sonrió—. Y siento mis celos de la galerista… No es personal, supongo que me asusta la idea de que mis sospechas sean ciertas.

—Lo sé. Mi parte racional también sabe que Adrienne podría engañarme. Solo pido prudencia. —Juan bebió un sorbo—. Al fin y al cabo, queremos la verdad por encima de todo.

Esa concordia renovada pareció sellar su reconciliación. Lucía se sintió liviana, libre del peso que la asfixiaba en días anteriores. Empezaron a trazar un plan más metódico: primero, confirmar la coartada de cada sospechoso durante la noche del crimen, a través de testimonios; segundo, encontrar a Mati o a Esteban para descubrir si Marcos confió en ellos algún detalle; tercero, hablar con la policía si obtenían algo sólido.

Mientras hablaban, el teléfono de Juan vibró con un mensaje. Lo leyó y soltó un "ah" de sorpresa. Lucía alzó la ceja:

—¿Todo bien?

—Es de uno de los artesanos. Dice que hay rumores de que la subasta del cuadro se adelanta a pasado mañana.

Lucía se irguió como un resorte.

—¿Pasado mañana? ¿Y quién ha tomado esa decisión?

—No lo especifica. Pero añade algo extraño: "Dicen que es por presión externa. La francesa no parecía convencida."

Lucía sintió cómo se le aceleraba el pulso. Si Adrienne no era quien marcaba el ritmo… alguien más lo hacía. Y rápido.

—O tal vez alguien la presiona para apresurar la venta.

Lucía asintió, con un latido acelerado. Quedaba poco tiempo para desenmascarar el trasfondo: la muerte de Marcos, los sabotajes, la búsqueda de documentos… una tormenta que estallaría en esa subasta. Y ellos, con el plan de investigar desde dentro, se veían impulsados a acelerar su trabajo.

Ya entrada la noche, se levantaron para volver al Casco Antiguo y ver si surgía alguna novedad. Se adentraron por las calles adoquinadas, iluminadas por faroles, donde turistas y vecinos alternaban en la contemplación de la belleza nocturna. El aura bohemia seguía latente, con músicos callejeros tocando guitarras o saxofones en las esquinas.

—¿Crees que esta noche ocurra otro acto del asesino? —susurró Juan, sin disimular su aprehensión.

—Ojalá no. Pero no descartes nada. Debemos ser cautelosos. —Lucía apretó su libreta contra el pecho.

De pronto, se encontraron con la artesana de pelo canoso, quien les hizo un gesto para que se acercaran. Traía expresión de estar buscando algo:

—Hola, tenía entendido que os vería más tarde, pero he perdido de vista a ese tal Esteban. Lo vi pasar a lo lejos, se acercó a uno de los bares. Si os dais prisa, quizá lo encontréis.

Lucía y Juan agradecieron la información y se encaminaron al bar señalado. Era un local rústico, con decoración marinera y mesas de madera. Al entrar, divisaron a un hombre de barba recortada, acodado en la barra, bebiendo cerveza. Tenía una bolsa de lona a

sus pies con aspecto de contener piezas artesanales. Lucía se aproximó con cautela:

—¿Disculpe, es usted Esteban? Me han dicho que conocía a Marcos, el artesano fallecido.

El hombre giró el rostro, sorprendido, y dejó la jarra sobre la barra:

—¿Quién pregunta?

Juan intervino con diplomacia, presentándolos como dos forasteros que investigaban la muerte de Marcos. Esteban se quedó un momento en silencio, calibrando. Luego suspiró:

—Conocía a Marcos, sí, hasta cierto punto. Me habló de que había encontrado algo relacionado con ese bendito cuadro que va a subastarse, y que podía cambiarlo todo. No sé más detalles. Solo me dijo que fuera cauto, que "había gente poderosa involucrada." Luego desapareció.

Lucía sintió un latigazo de confirmación: "El cuadro, otra vez." Con los latidos acelerados, preguntó:

—¿Le mencionó a quién implicaba, o qué planeaba hacer con esos documentos?

Esteban negó:

—Solo que planeaba exponerlo antes de la subasta, o entregárselo a alguien de confianza. Luego… no lo volví a ver. Y mira cómo acabó. Supongo que se metió en la boca del lobo.

Juan agradeció al hombre la sinceridad y quiso saber:

—¿Tiene idea de dónde guardaba esos papeles?

—Ni idea. Marcos era muy receloso. Hablaba de un "escondite" o algo así. —Esteban miró el fondo de la jarra—. Lo siento, es todo

cuanto sé. Pero sí me advirtió que "no contara nada," y mira, ahora está muerto. Cuidado, amigos.

Esteban se levantó, recogiendo su bolsa. Antes de salir, se volvió brevemente hacia Lucía:

—No se lo dije, pero la última vez que vi a Marcos… tenía miedo. Y cuando alguien así teme, es porque ha pisado terreno de gente peligrosa.

Luego se marchó sin mirar atrás, dejando tras de sí el olor tenue a cerveza y un silencio espeso.

Tras aquel intercambio, Esteban les pidió discreción y se marchó. Lucía y Juan se quedaron en la barra, impactados por el testimonio que confirmaba que Marcos poseía documentación letal para alguien.

Salieron del bar con la conciencia clara: el cuadro —y tal vez asuntos de propiedades costeras— se convertían en una bomba de tiempo. Eran cerca de las once de la noche, y Altea mostraba ese brillo crepuscular de faroles y establecimientos cerrándose. Lucía y Juan volvieron al hostal, con un plan firme: buscar ese escondite de Marcos o dar con quien guardara sus papeles. Si no lo hacían rápido, el asesino podía adelantarse otra vez.

Antes de dormir, en la habitación, Lucía manifestó su alegría porque, a pesar de la tensión romántica, volvían a cooperar fluidamente:

—Siento que estamos en sintonía —comentó, sentándose en la orilla de su cama—. Sí, hay roces, pero me alegra que dejemos a un lado las peleas.

Juan, soltando el aire, asintió:

—Me di cuenta de que, sin tu intuición, estaría perdido. Y aunque me duela que Adrienne esté en la mira, no debo cegarme.

Lucía sonrió en la penumbra. Se respiraba un aire de reconciliación, la misma que necesitaban para afrontar la recta final de la investigación. Se acostaron con el propósito de madrugar para rastrear con más ahínco los pasos de Marcos, ya sin titubeos. Cuando las luces del hostal se apagaron, Lucía no cerró del todo los ojos. En su mente, repetía una idea que ya no era intuición, sino certeza:

Marcos escondió la verdad. Y mañana, la sacaremos a la luz. Aunque nos cueste más que el sueño.

15

EL SOL DE AQUELLA jornada parecía implacable al reflejarse en los muros blancos de Altea. Lucía y Juan se habían levantado con la determinación de llevar su pesquisa a un nuevo nivel: tras recibir diversos testimonios y atar cabos, Lucía se convenció —con cierta vehemencia— de tener un argumento sólido para señalar al funcionario Vicente como el posible asesino. Sus razones: las supuestas irregularidades en licencias, el nerviosismo que mostraba, rumores de amaños y la posibilidad de que Marcos hubiera descubierto documentación comprometedora. Además, la reciente intrusión en la galería de Adrienne podía encubrir no solo lo relativo al cuadro, sino también cuestiones municipales.

—Estoy convencida, Juan. Vicente oculta algo grande —dijo Lucía, mientras caminaban hacia la explanada de la feria—. Le hemos visto nervioso, intentando minimizar todo. La noche del crimen ni siquiera probó tener coartada.

Juan, en parte escéptico, contestó con un matiz de humor:

—Tú lo llamarás "nervios," Lucy, pero yo lo llamo "llevar un marrón de organización." No niego que sea un sospechoso, pero no cantes victoria antes de tiempo. Ya tenemos experiencia en señalar a la persona equivocada…

La alusión a fracasos anteriores en la investigación hizo que Lucía frunciera el ceño. Sin embargo, esta vez se sentía más segura, pues nuevos comentarios de artesanos apuntaban a la manipulación del ayuntamiento: concesiones, cobros injustos, y la posibilidad de que se movieran sumas ilegales, lo cual Marcos habría estado presto a denunciar. "El móvil es perfecto," pensó.

Aquella tarde se celebraba un encuentro gastronómico con show musical en un escenario montado junto a la plaza principal. Se esperaban discursos oficiales y, a lo largo de la sesión, subastas de productos locales en pequeño formato. Entre los presentes, de hecho, se preveía la asistencia de Vicente para pronunciar un discurso de bienvenida. Lucía vio la coyuntura perfecta para un "golpe de efecto."

—¿Quieres acusarlo ante todos? —musitó Juan, al captar los planes en la mirada de Lucía.

—Pues sí, o al menos confrontarlo abiertamente. Con gente alrededor, seguro que no se nos escabulle. Y si la policía está cerca, no podrá manipular la situación.

Juan se pasó la mano por la cara, con un dejo cómico:

—Bueno, Lucy, en la escala de locuras, esto asciende unos cuantos puntos. Pero me quedo para ver el espectáculo. Eso sí, si te sales de control, diré que te acabo de conocer y que me pediste un autógrafo.

Lucía soltó una risa, a pesar del nerviosismo:

—Eres un payaso, Juan. Pero gracias.

Se situaron en la plaza, cerca del escenario, donde Vicente, con semblante tenso, charlaba con un par de concejales. Varios cocineros exhibían platos en mesitas laterales, y artesanos mostraban sus creaciones al público. Cuando la música de introducción finalizó, Vicente tomó el micrófono para pronunciar unas palabras sobre la grandeza de la feria, la importancia de realzar la cultura local y la belleza de Altea. Su discurso siguió la línea habitual: "Altea, unión de gastronomía y arte."

En ese instante, Lucía sintió el arrebato de valor (o imprudencia) que la empujó a subir al improvisado estrado una vez que Vicente cerró su discurso. Tomó el micrófono antes de que lo guardaran, generando un murmullo entre los presentes. Juan, un paso atrás, se llevó la mano a la frente con un aire divertido y preocupado a la vez.

—Disculpen… —dijo Lucía, con la voz firme—. Lamento interrumpir, pero es necesario que sepa la verdad.

El público se giró, extrañado. Vicente arqueó las cejas:

—¿Qué hace usted? —murmuró, intentando recuperar el micrófono —. ¿Quién le ha permitido…?

Ella se apartó un poco, esquivando:

—Me llamo Lucía Santos y hemos estado investigando la muerte de Marcos, el artesano fallecido. Lo hacemos por la verdad, porque creemos que no puede quedar impune.

La plaza enmudeció varios segundos. Los turistas se miraban, algunos con curiosidad, otros con desconcierto. Varios vecinos

reconocían a Lucía como la forastera persistente en el caso. Vicente forzó una risa áspera:

—Señorita, le ruego que no haga escándalos. ¿Quiere…?

—¿Por qué está tan interesado en que nadie hable del crimen? —espetó Lucía, levantando la voz—. ¿Será porque Marcos descubrió un amaño de licencias, una trama de cobros irregulares en la feria, y usted no quería que saliera a la luz?

El funcionario palideció ante la acusación directa. Un rumor se elevó entre la multitud: "¡Acusación!" "¿Qué dice?" "¿Tiene pruebas?" Juan, mezclado en el gentío, sintió un escalofrío al ver la ferocidad en la mirada de Lucía. Vicente, tembloroso, exigió el micrófono, pero Lucía continuó:

—Marcos recababa documentos sobre irregularidades y tal vez pretendía exponerlo. Usted, señor Vicente, tenía motivos para eliminarlo. Alguien ha saboteado la feria y la galería… ¡Explíquese!

El funcionario se quedó sin habla un segundo, luego alzó la voz para pedir a la gente que guardara calma. Por fortuna —o desgracia— aparecieron en escena dos guardias de la policía local, que, ante el tumulto, se aproximaron para frenar la situación. Mientras uno pedía a la gente que se dispersara, Vicente recobró el aliento y exigió que lo escucharan:

—Esta señorita lanza graves calumnias. —Su tono era indignado—. Y, para demostrarlo, tengo pruebas de mi paradero la noche del crimen. Y, además, ni un céntimo se ha desviado en esta feria. Invito a la policía a corroborar mis cuentas.

Un concejal, que estaba en la zona, se acercó con papeles en mano:

—El señor Vicente estuvo en el ayuntamiento revisando documentos hasta altas horas. Varios funcionarios lo vieron, y tengo registros de acceso.

El guardia local tomó los papeles, y Vicente, altivo, los señaló:

—Ahí verán que salí cerca de la medianoche. Nunca estuve cerca de donde mataron a ese hombre. Cualquiera del ayuntamiento lo confirmará.

Los murmullos de la gente se intensificaron. Lucía, aturdida, sintió que su "prueba" se venía abajo. Una artesana del público exclamó: "Sí, yo pasé por el ayuntamiento y lo vi allí." El concejal agregó: "Ese día fuimos a firmar un papeleo de última hora."

La confusión reinó, y uno de los guardias recuperó el micrófono, instando a que se dispersaran. Lucía se quedó parada en la tarima, con la cara encendida. Vicente la miró con aire triunfal.

—No sé qué pretende, señorita, pero si cree que maté a ese hombre, se equivoca. Mejor dedíquese a otra cosa.

El murmullo de la multitud pasó a un zumbido de incomodidad. Un niño preguntó en voz alta:

—¿Quién es esa señora?

Lucía tragó saliva. El micrófono colgaba inerte de su mano, como un testigo inútil. Un guardia le tocó el codo.

—Señorita… por favor.

Bajó del estrado, con las piernas tensas y una mancha de vergüenza en el rostro. Algunos la evitaban con la mirada. Otros la observaban con lástima, o con burla. En el aire, flotaba la palabra fracaso.. Juan, que logró acercarse, la tomó del brazo y la sacó de allí, mientras un murmullo general comentaba el incidente.

—Vaya fiasco… —susurró Juan, con tono cálido, intentando aliviar la tensión—. Aun así, reconozco tu valentía. Pocos se atreverían a plantarse así.

Ella, aún con la humillación vibrando bajo la piel, le miró con los ojos húmedos.

—No era una teoría loca… tenía sentido.

—Lo sé. Y aunque fallaste, hoy acotamos mejor el mapa. Eso también es avanzar, Lucy. Al menos se descarta a Vicente. —Juan puso una mano en su hombro—. ¡Si un concejal y varios funcionarios lo vieron, su coartada es sólida.

El sabor amargo de la humillación ante la multitud resultó difícil de tragar. Alrededor, algunos curiosos seguían comentando, y la feria retomaba su pulso con las demostraciones gastronómicas. Aun sin la intención de lastimarla, Juan añadió en voz baja:

—Bienvenida al club de los "intentos fallidos." Ya le pasó con el chef, y ahora con Vicente. Hemos apuntado mal otra vez.

De camino al hostal, Lucía no habló. El bullicio de la feria seguía, ajeno a su naufragio. Pero en su mente se encendía un nuevo foco:

Si Vicente no fue… alguien más se beneficia de que él pareciera culpable. Y ese alguien sigue oculto, muy cerca.

16

LA INMEDIATA CONSECUENCIA DEL fiasco de Lucía en la plaza fue un creciente sentimiento de desconcierto. La gente empezó a decir: "Ya acusaron al chef, a la galerista y al funcionario, y todos salieron sin pruebas." El escepticismo hacia Lucía y Juan crecía, considerándolos entrometidos. El rumor llegó a oídos de la artesana de pelo canoso, quien, con pesar, exclamó ante Lucía:

—Chica, no sé, se os está yendo de las manos. El chef probó su coartada, la galerista no parece culpable, y ahora Vicente demuestra que estuvo en el ayuntamiento… ¿Será que no tiene nada que ver?

Lucía asintió con un nudo en la garganta. Sí, efectivamente, **el chef** había exhibido testigos y reservas en su restaurante, la **galerista** si bien seguía bajo sospecha, no se le hallaba un móvil contundente más allá de la especulación, y ahora **Vicente** exhibía un testimonio inquebrantable sobre su paradero. Parecía que sus tres principales sospechosos quedaban en apariencia limpios.

Sentada a la sombra de una carpa vacía, Lucía repasó mentalmente:

1. **Chef Óscar**: coartada en Benidorm y muchos testigos.
2. **Galerista Adrienne**: a pesar de las dudas, no había un indicio sólido ni momento oportuno que la incrimine.
3. **Funcionario Vicente**: coartada firmada por colegas y registros en el ayuntamiento.

—¿Quién queda, entonces? —preguntó en voz alta, mirando a Juan.

Él se encogió de hombros:

—Pues nos decíamos que el verdadero culpable podría ser un inversor oculto, un artesano rival, alguien que no habíamos considerado mucho. O Mati, la supuesta casera de Marcos, o un personaje que actuase en la sombra.

—Exacto. —Lucía se fijó en su libreta repleta de tachones. Sentía que, si sus sospechosos principales estaban exculpados, quedaban un hueco enorme: "¿Quién demonios se beneficia, pues?" Suspiró, con la frente húmeda de sudor—. ¿Y si… es un artesano anónimo, o un inversor turbio?

—Eso explicaría por qué no se deja ver abiertamente —replicó Juan, con un hilo de humor—. "Tal vez sea un vampiro, Lucy, y no sale bajo la luz solar."

Ella soltó una leve carcajada:

—No me tientes a creer teorías sobrenaturales, estoy tan desconcertada que…

Ambos rieron con complicidad, aliviando un poco la tensión. La broma de Juan detuvo el desaliento de Lucía. Se levantaron con un objetivo: investigar a la gente que quedaba fuera de su radar. Quizá Mati o el tal Esteban, quizás un artesano con rencores viejos hacia Marcos, o un comprador extranjero. La idea de un inversor oculto resonaba cada vez más fuerte.

Aquella tarde, para sorpresa de todos, la feria siguió su curso con normalidad, sin sabotajes ni incendios nuevos. Los turistas paseaban, saboreando tapas, y la música en directo impregnaba el aire. El fiasco de Lucía en la mañana fue olvidado por el gentío en pos del disfrute, pero para la policía local y para los organizadores, estaba claro que la hipótesis de culpar al funcionario se desmoronaba. **Vicente** andaba con aires de triunfo, pero tampoco la miraba con resentimiento; más bien, parecía aliviado de ver que dejaba de hostigarlo.

Lucía, en cambio, pasaba el trago amargo. Recordaba en Tabarca cuando señalaba a Sofía sin pruebas, provocando un episodio bochornoso. Parecía repetirse la historia: su vehemencia la llevaba a tropezar. Por fortuna, la dinámica con Juan se había suavizado, y él, al ver su frustración, intentó animarla:

—Mira el lado positivo: al menos no somos nosotros los culpables de la feria. Y no salimos linchados con tomates.

Lucía rió:

—Juan, de veras, tu humor a veces me salva el día. Si no fuera por ti, ya me habría ocultado en un cubo de basura.

Él chascó la lengua con fingido orgullo:

—¿Y perderme la oportunidad de ver cómo te subías a un escenario a acusar sin piedad? Ni loco.

***

El día fue avanzando sin más alborotos. Al caer la tarde, el color naranja del cielo volvió a embellecer Altea. **Lucía** y **Juan**, decididos a no rendirse, regresaron a la hostal para un descanso. Fue entonces cuando doña Teresa, la dueña, les avisó que un hombre mayor, de porte serio, había preguntado por ellos. Dejó un recado: "Que los espero en la bodega de la Playa de la Roda al atardecer, necesito contarles algo de Marcos." Ni nombre dejó, salvo "un amigo de Mati."

Ese mensaje pareció, para Lucía, la clave que aguardaba. Se alistaron de inmediato, listos para una cita que podría ser riesgosa —podía ser una trampa del asesino—, pero también la anhelada pista. Juan, con una sonrisa sarcástica, soltó:

—Lucy, ¿preparamos un chaleco antibalas o iremos con la fe ciega?

—¿Me lo dices tú, "Caballero de la Ironía"? —bromeó ella—. Llevamos fe, humor y un spray pimienta, si quieres, pero iremos.

De camino a la Playa de la Roda, Lucía caminaba en silencio. Por primera vez desde que llegó, no intentaba ordenar sospechosos. Solo pensaba en su propia ceguera.

Había mirado a todos los que estaban bajo la luz, pero olvidó que algunos crímenes se fraguan en la sombra. En la penumbra de los forasteros discretos y los negocios turbios.

El mensaje del desconocido no solo era una posible pista. Era también la rendija de claridad que necesitaba.

A eso de las ocho, bajaron hasta una pequeña **bodega** que vendía vinos y licores artesanales. Era un local discreto, con una puerta de madera, casi en un rincón cerca de la orilla. Al llegar, no se veía nadie en la puerta, salvo el regente, un hombre canoso que los saludó: "¿Son los forasteros investigadores? Pasen, un amigo espera dentro." Lucía y Juan se miraron con recelo, pero asintieron, entrando a un ambiente de toneles y olor a vino añejo.

En un rincón de la bodega, sentado a una mesita, hallaron a un anciano de rostro afable, con gorra y un bastón apoyado. Al verlos, hizo un gesto para que se acercaran. Lucía pensó: "Debe rondar los setenta. Quizá es el confidente de Mati." Sintió el latido acelerado de la adrenalina.

—Os agradezco que vengáis —dijo el anciano con voz ronca—. Me llamo Leandro, y conocía a Marcos de antes. Sabía que indagabais su muerte, y Mati me sugirió que os contara lo que sé.

Juan se inclinó:

—Gracias, don Leandro. Cuéntanos, por favor.

El hombre respiró hondo:

—Marcos decía que lo que encontró no era solo un papel viejo —dijo Leandro, bajando la voz—. Era una llave. Una llave que abría heridas del pasado.

Se le notaba en los ojos. Un hombre que tropieza con una verdad peligrosa cambia la forma en que te mira.

—Ese cuadro no debía venderse. Y mucho menos por alguien que no es de aquí. Dijo que un tal... De la Vega, o Delgado, no sé, movía los hilos. Tenía prisa por sacar tajada antes de que alguien reclamara lo que es suyo.

Lucía sintió que se le encendía la bombilla: "¿Dinero sucio? Un inversor. Esto suena a un móvil potentísimo." Se inclinó con avidez:

—¿Sabe quién es ese inversor?

—Marcos sospechaba de un hombre que no es de la zona, un "empresario" que venía de Madrid o de fuera, no lo sé. Hablaba de que se reunía con gente local para arreglar la subasta. Y me confesó su nombre… —El anciano se acarició la barbilla—. Se apellida Delgado, creo, o era De la Vega… No lo recuerdo con exactitud, lo siento.

Lucía tragó la desilusión de no tener un nombre exacto, pero la pista era clara: un inversor foráneo. "Eso encaja con la hipótesis de un comprador o socio de Adrienne," pensó. O tal vez se asociaba con el ayuntamiento o con un artesano local. Fue Juan quien preguntó:

—¿Por qué cree que ese inversor mató a Marcos?

Leandro se encogió de hombros:

—Porque, con esos papeles, Marcos arruinaba su plan. Decía que el cuadro en realidad pertenecería a una familia, no podía subastarse legalmente. Y si lo hacía, la familia demandaría. Y también quedaban en entredicho unos terrenos contiguos al mar. Este inversor pretendía hacer algo con ellos, no sé qué.

Lucía escuchó, boquiabierta, sintiendo que por fin un rayo de claridad iluminaba la trama. Si ese inversor, con un plan de desarrollo costero o de compraventa, se enteró de que Marcos poseía las pruebas para hundir la operación, habría encontrado un móvil de peso para asesinarlo y destruir cualquier documento. El anciano bajó la mirada:

—Mati no quería hablaros porque teme represalias. Yo también. No sabemos quién apoya a ese inversor. Pero no puedo quedarme callado. Marcos era un buen hombre.

Se enjugó un brillo de lágrimas en los ojos. **Lucía** y **Juan** se conmovieron y agradecieron su valentía. Fue la confirmación de que el real culpable podía estar en las sombras, sin ser ni el chef, ni la galerista, ni el funcionario local. Ellos eran peones en la feria, mientras el inversor movía los hilos desde fuera. Quedaba claro por qué no se le veía: era un forastero con conexiones.

Juan, con un humor sarcástico pero suave, susurró a Lucía:

—¿Qué te dije, Lucy? Un vampiro foráneo que no sale a la luz del sol…

Ella sonrió con un hilo de complicidad, aliviada al fin de tener un cabo claro. Se despidieron de Leandro con promesas de discreción, y salieron de la bodega. El anciano quedó allí, visiblemente aliviado de haber descargado esa información.

—¡Es nuestra pista definitiva! —exclamó Lucía, saliendo a la orilla —. Un inversor anónimo, Delgado, De la Vega… ya buscaremos la variante.

—Esto explica todo: la subasta del cuadro, los sabotajes para destruir papeles, la muerte de Marcos… —Juan meneó la cabeza, indignado—. Ese individuo actúa en las sombras, y se valió de gente local para despistar.

Lucía miró las olas lamiendo la playa, sintiendo un escalofrío. Era el **indicio final** que tanto ansiaba, confirmando que el verdadero asesino no era ninguno de los sospechosos públicos de la feria, sino alguien con intereses más profundos. "Ahora —pensó— está claro

que tenemos que destaparlo.” Esa determinación marcó un cambio en su enfoque: ya no se fijaría tanto en Óscar, Adrienne o Vicente, sino en rastrear a ese desconocido forastero con influencia.

Las luces de la farola se reflejaban en la arena, y el rumor del mar pareció un acorde dramático. **Lucía** se volvió hacia Juan:

—Debemos confrontar a quien organice la subasta, e indagar entre los artesanos e inversores que vinieron de fuera. Alguien sabrá de este Delgado o De la Vega.

Juan, con su chispa humorística, soltó:

—Yo me ofrezco para el papel de Bond, James Bond. Me hace falta un esmoquin y un martini. —Con un suspiro, recuperó la seriedad—. De veras, Lucy, iremos con todo.

Se encaminaron al hostal, dispuestos a planificar la ofensiva final en la que destaparían a ese inversor. Mientras andaban, Lucía recapituló los fracasos que la llevaron a este punto: acusar al chef, a la galerista, al funcionario. Todos quedaban exculpados en apariencia. La noche en Altea olía a sal y a secretos a punto de emerger. Lucía lo sintió con claridad: el asesino no estaba entre los sospechosos de siempre. Estaba al margen, como una grieta entre las piedras. Y ellos estaban a punto de hurgar donde nadie quería mirar.

17

EL DÍA POSTERIOR AL descubrimiento de la identidad parcial del misterioso inversor —el supuesto "Delgado" o "De la Vega"— se inició con una tensión palpable en Altea. Lucía y Juan, tras el fiasco de acusaciones previas y el hallazgo de que ninguno de los sospechosos visibles (chef, galerista, funcionario) encajaba del todo, se habían centrado en encontrar la pista de ese inversor cuya existencia Leandro mencionó la noche anterior.

Mientras la feria proseguía con su bullicio matinal, Lucía y Juan se reunieron con la artesana de pelo canoso que tantas veces les había orientado. Esta les contó que un tal Salvador, un barquero y antiguo vecino, afirmaba tener información sobre un "señor forastero" que se reunía con alguien por las noches cerca de la parte más apartada del puerto. Quizá podrían verlo in fraganti.

—Salvador me dijo que ha visto a un individuo elegante, con acento del interior, tomando un bote a medianoche para ir a un rincón de la costa donde no pasa nadie —explicó la artesana—. Dice

que, por la vestimenta, no parece un pescador ni un turista cualquiera.

Lucía miró a Juan con ojos chispeantes: se confirmaba la idea de que ese inversor actuaba en la sombra, usando métodos encubiertos. El plan surgió al instante:

—¿Por qué no hablamos con Salvador y vigilamos esa zona? —sugirió Lucía.

Juan arqueó una ceja, con su matiz de humor:

—Lo de "vigilancia nocturna" suena a guion de película de suspense, Lucy. Pero la última vez que nos metimos en un plan de espionaje casi terminamos con un incendio encima… En fin, confío en tu instinto suicida.

Ella rió:

—Así me gusta, que me apoyes con sarcasmo.

El barquero Salvador, un hombre de rostro surcado por el sol y manos encallecidas, los recibió con amabilidad. Les contó que, en efecto, a veces llevaba en su barca a un tipo que pagaba bien por un paseo fuera de horario, hasta una playa recóndita tras las peñas. No sabía su nombre, pero notó su "manera estirada" y la forma en que hablaba por teléfono en susurros.

—Esta noche tenía pensado llevarlo otra vez —confesó Salvador—. Me citó a eso de las once, cerca de la lonja pequeña. No me gusta el asunto, huele raro, pero me pagan.

Lucía y Juan se miraron con complicidad. Aquello podía ser la ocasión de sorprender al inversor en plena reunión, o, al menos, identificarlo. Le propusieron a Salvador acompañarlo de forma encubierta, a lo que el barquero vaciló; temía represalias. Al final,

tras la insistencia y la promesa de guardar discreción, aceptó con resignación: "De acuerdo, pero no me metáis en líos graves. Subid a la barca antes, escondidos, y haremos como si nada. Si os pillan, no sé nada."

Prepararon un plan rápido: se pondrían ropas oscuras y se ocultarían en la parte cubierta de la barca. Cuando el inversor subiera de noche, seguirían la ruta hasta llegar a la cala aislada, donde, con suerte, lo verían en acción o se enterarían de algo crucial. Lo arriesgado era que, si se trataba del asesino, podrían quedar expuestos sin escapatoria. Aun así, la sed de justicia de Lucía —y el mordaz aliento aventurero de Juan— pesaban más que el miedo.

Llegada la noche, Altea se cubrió del velo estrellado del cielo, mientras las luces de la feria seguían iluminando la plaza y las calles. Lucía y Juan, tras cenar con tranquilidad aparente, se dirigieron discretamente al puerto. Se adentraron en la zona de la lonja pequeña, donde un puñado de barcas reposaba en la penumbra. Salvador los aguardaba, encorvado junto a la suya, vigilando con recelo los alrededores.

—Pasaos rápido, meteos en la parte trasera y tapad con esa lona —susurró Salvador—. El hombre no tardará.

Con el pulso acelerado, Lucía y Juan obedecieron. Se acomodaron con la lona cubriendo sus cuerpos, dejando un hueco para respirar. Desde allí, oían el ligero vaivén del mar contra la barca y los murmullos lejanos de la gente en la zona de restauración. Juan murmuró a Lucía:

—¿Y si me pica la nariz? Podría estornudar, y se acabó nuestro plan.

Ella, conteniendo una risa nerviosa:

—Ni se te ocurra, James Bond. Sé fuerte.

El humor amortiguó el nudo de tensión que ambos sentían. Pasó un rato que se hizo eterno, hasta que oyeron pasos en el muelle. Una voz masculina habló con Salvador, usando un tono educado y algo altanero. Lucía pensó: "Este debe ser el inversor." Subió a la barca, se oyó el crujido de la madera y un aroma a colonia costosa llegó hasta su escondite. El barquero arrancó el motor, y la embarcación comenzó a mecerse en las aguas, alejándose de la lonja.

El trayecto duró unos minutos en silencio, salvo el susurro del desconocido hablando con su móvil. Con frases sueltas oyeron cosas como "el trato… pronto… no quiero fallos" y "la subasta… sí, me encargaré." El corazón de Lucía latía desbocado: confirmaba sus sospechas. Aquel hombre, con interés en la subasta, probablemente era el gran artífice del crimen de Marcos. Se esforzó en no moverse, aunque la curiosidad la devoraba. Apretó la mano de Juan, sintiendo la calidez de su compañero. Él soltó un suave:

—Tranquila, Lucy. Me estoy muriendo de ganas de estornudar, pero aguantaré —bromeó en un hilo de voz.

Entre risitas internas, la barca siguió su rumbo, adentrándose en la oscuridad del Mediterráneo. Al cabo de unos minutos, Salvador redujo el motor y la embarcación se aproximó a una cala casi invisible, flanqueada por rocas. El misterioso pasajero se bajó con un farol y caminó sobre las piedras. Salvador hizo un gesto, y Lucía

interpretó que era hora de desembarcar en silencio. Sin embargo, en un contratiempo, la lona se enganchó, provocando un leve ruido y un leve golpe que retumbó en la noche tranquila.

El inversor, alarmado, se giró y volvió al bote:

—¿Qué ha sido eso?

Lucía y Juan contuvieron el aliento. Salvador trató de excusarse:

—Nada, hombre, es un cabo suelto. Gajes del oficio…

El hombre alzó el farol, inspeccionó, y su ceño se frunció:

—Quita esa lona.

La orden resultó ineludible. Salvador, con pavor, y sin querer verse implicado, levantó la lona. Lucía y Juan se quedaron al descubierto, iluminados por la luz amarillenta de la linterna del desconocido. Este soltó un siseo de furia:

—¿Qué diablos…? ¿Quiénes sois?

Lucía se levantó con torpeza, tragando saliva:

—Lo sentimos, no queríamos…

Pero el inversor cortó sus palabras, apuntando con un objeto que parecía un arma pequeña. Juan, alarmado, soltó con su humor:

—Vale, Lucy, no creo que sea el momento de pedirle un autógrafo, ¿no?

El hombre gruñó, furioso:

—Salid de la barca, ¡ya!

***

El hombre, de mediana edad, vestía ropas semiformales y proyectaba un semblante de poder. Con la linterna en una mano y el

arma en la otra, ordenó a Lucía y Juan que bajaran a la cala rocosa. Salvador, asustado, miraba sin atreverse a intervenir.

—¡Poneos junto a esas rocas, rápido! —exclamó el inversor, conteniendo un arranque de ira.

Lucía obedeció, con el corazón en la boca. Juan la siguió, intentando mantener la compostura:

—¿Podríamos hablarlo con un té de por medio? —bromeó con sarcasmo trémulo—. Tengo un cupón de descuento en la cafetería, si te animas…

El inversor soltó una risa áspera:

—Cállate. Sé que sois los entrometidos que investigan el caso de Marcos. Pensé que el incendio, los robos y las notas os alejarían, pero sois más testarudos que una plaga.

El viento soplaba, y las olas lamían las piedras con un rumor siniestro. Allí, sin testigos, Lucía comprendió que el hombre podía dispararles sin nadie que impidiera la tragedia. Tragó saliva, recordando la frase: "El peor escenario." Trató de hablar con serenidad:

—Marcos no merecía morir. ¿Por qué lo hiciste?

El inversor apretó los labios, con expresión de desdén:

—Ese iluso descubrió documentos que invalidaban la venta del cuadro y la futura compra de una parcela costera. Hubiera arruinado mi operación. Llevaba meses maniobrando: soborné a algún artesano para robarle papeles, me alié con gente que quería ganar dinero. Pero Marcos era un estorbo. Y ahora vosotros me seguís.

—Así que confirmas tu culpa —murmuró Juan, con un escalofrío, mirándole el arma.

El tipo rió con un desprecio:

—Fue el infortunio. El muy cretino encontró una carta de los Salvatierra, aquellos que perdieron la finca en los años sesenta. Si alguien la ve, se cae todo el tinglado.

—¿La destruiste? —preguntó Lucía, jugando a ganar tiempo.

—No soy tan tonto. Está guardada, bien lejos. Aunque después de hoy… quizás la queme…

—No tendrá tanta suerte…

—¡Basta! Ya sabéis demasiado. Y no pienso dejar que echéis por tierra mi plan millonario. Además, no olvidéis que me apoyan ciertos personajes poderosos. ¿Creéis que la policía local resolverá algo? Bah, acabarán callados.

Lucía miró a su alrededor: un estrecho pasadizo de rocas, la barca a pocos metros con Salvador paralizado, y el horizonte negro del mar. No había escapatoria evidente. El inversor apuntaba con el arma de forma amenazante. "Este es nuestro momento más bajo", pensó.

El hombre alzó el brazo, indicando un recoveco entre las rocas:

—Meteos ahí. Y tú, barquero, lárgate si no quieres problemas.

Salvador, atemorizado, no supo qué hacer. Juan, con su humor desafiante, musitó:

—Si nos metemos en ese hueco, nos mojaremos los zapatos carísimos, Lucy. Y a mí me costaron medio sueldo…

El inversor espetó, impaciente:

—¡Cállate de una vez! —Miró a Salvador—. Fuera de aquí, o te vuelo la cabeza.

El barquero, con disculpas en la mirada, encendió el motor y zarpó, dejando a Lucía y Juan solos ante el asesino. Se adentraron en la escasa hendidura entre peñascos. El agua subía con cada ola, mojándoles los pies. El inversor, con la linterna, los enfocaba con crueldad:

—No os mataré aquí, haría ruido que vendría la Guardia Civil marítima. Pero dejaros atrapados… eso suena factible.

Con un ademán, forzó a Lucía y Juan a introducirse más en la grieta. El agua, primero fría en los tobillos, se convertía en un lamento helado que trepaba sin pausa. Las paredes rocosas, pulidas por el mar, resbalaban al tacto. La oscuridad era casi absoluta, salvo por un fulgor pálido que se colaba entre dos peñascos.

Lucía sintió cómo el aire se hacía espeso, húmedo, con ese olor mineral de los lugares donde el mundo parece cerrarse. Por primera vez en toda la investigación, la palabra "morir" le cruzó la mente con nitidez.

—En un par de horas, subirá el nivel del mar. Vosotros quedaréis sin aire. Problema resuelto —dijo con serenidad escalofriante.

Lucía tembló de pavor. Ese hombre no bromeaba. Juan, aunque pálido, soltó un último chiste con tono irónico:

—Lucy, no sé si me consuela que al menos moriremos abrazados. ¿Te suena muy romántico?

Ella se apretó contra él, con un sollozo entre la risa nerviosa:

—¿Qué remedio? Ni Cleopatra en su trono vivió algo así.

El inversor, impaciente, dio un empujón a la roca, cerrando un acceso de salida. Luego se aseguró de que no quedara un hueco evidente. Les miró con desprecio:

—En media hora esto se llenará de agua. Adiós, sabuesos. Mi plan seguirá en pie.

Acto seguido, se dio la vuelta y, con pasos firmes, regresó hacia la barca. Lucía escuchó el motor. Intuyó que con la oscuridad, nadie vería nada extraño. Abandonados allí, con el mar creciente, quedaban a merced de su ingenio para salir.

El agua les llegaba a la cintura. En la oscuridad, solo el sonido de sus respiraciones y el tambor del mar.

Lucía apretó la mano de Juan. No podían gritar. No podían salir. Pero aún podían pensar.

Y pensar, a veces, era la forma más pura de resistir.

18

LA PENUMBRA Y EL rumor del agua envolvieron a Lucía y Juan en una angustia creciente. Con el inversor navegando hacia la oscuridad, se percibía la soledad total. El aire era húmedo y la atmósfera opresiva. Lucía palpó las rocas con sus manos, intentando encontrar una salida superior, pero las paredes se elevaban resbaladizas, imposibles de escalar sin cuerdas. Bajo ellos, el mar lamía cada vez más arriba.

—Maldición, Lucy, me encantaría decir algo gracioso, pero la marea me quita las ganas —murmuró Juan, con un temblor en la voz.

Ella tragó saliva, intentando no dejarse dominar por el pánico:

—Si no hacemos algo, quedaremos sumergidos. ¿Ves alguna grieta por donde trepar?

Con la poca luz, exploraron a tientas. Las rocas eran lisas, y el techo de la cueva —o recoveco— se notaba demasiado alto. Por una hendidura, la luna proyectaba un débil haz que no les facilitaba

mucho. Mientras tanteaban, resbalaron varias veces, sintiendo que la marea subía con cada ola. Pronto, el agua les alcanzó casi la cintura.

—¿Crees que Salvador avisará a la policía? —preguntó Juan, con un matiz de esperanza.

—No lo sé. Capaz que esté tan asustado que se limite a callar. Ojalá. —Lucía se aferró a una roca, intentando sostenerse—. Maldita sea, no veo un hueco.

La situación —ese "peor momento"— confirmaba que nadie vendría a rescatarlos inmediatamente. Las fiestas de la feria y la oscuridad de la cala conspiraban contra ellos. Lucía sintió una rabia interna por no haber previsto la emboscada. El inversor había jugado su carta de forma maestra, aprovechando su posición clandestina y un lugar remoto.

Un oleaje repentino cubrió a Lucía casi hasta el pecho. Se ahogó en un grito. Juan la sujetó:

—Cuidado, Lucy. Ya nos llega el agua por… —Se estremeció—. Mucho más y tendremos que nadar.

Lucía pensó: "Si la cueva está totalmente cerrada, no bastará con nadar, quedaremos sin aire." Sopesó la idea de sumergirse y buscar una salida submarina, mas la oscuridad lo hacía suicida. Además, la corriente podía arrastrarlos contra rocas. Un nudo de terror se instaló en su vientre. Se hallaban en el umbral de la muerte, sin escapatoria aparente.

—Maldita sea… —exclamó Lucía con ira. Recordó la frase del inversor: "En media hora, esto se llena de agua." Quizá quedara un margen de tiempo. Tenían que idear algo ingenioso, o se ahogarían en esa trampa.

Juan, intentando sobreponerse, soltó un humor tenso:

—Al menos me queda el consuelo de que no veré cómo escribes un artículo llamándome 'el tonto que se enamoró de la posible asesina…'

Ella se permitió una risa amarga:

—No seas trágico. Prefiero que salgamos con vida y te cases con ella, si eso te place. —El temblor en su voz mostraba su desesperación mezclada con determinación.

Hicieron un último intento de escalar las paredes mojadas. Cada resquicio se antojaba resbaladizo, y la fuerza de las olas no daba tregua. La marea ascendía con rapidez, y la cúpula de la gruta apenas dejaba un espacio de aire. Lucía notó que la espuma ya golpeaba sus costillas, y un escalofrío la cubrió entera. Sus pies apenas rozaban el suelo. El agua gélida trepaba como un monstruo invisible. El sonido de cada ola era un bofetón contra la piedra. Y en la oscuridad, solo el eco de sus respiraciones entrecortadas llenaba el hueco.

Lucía intentó tragar saliva, pero tenía la garganta seca. Juan jadeaba como si el aire ya no alcanzara. El miedo era un animal mojado, aferrado al pecho.

"Nos ahogaremos," pensó con horror. Este era el peor escenario, sin nadie que escuchara los gritos en mitad de la noche.

Juan, con la voz ronca por el pánico, murmuró:

—Lucy, si este es nuestro final, quiero…

—Ni lo digas —cortó ella, intentando no sollozar—. No vamos a morir así. Nadie nos va a ayudar, pero buscaremos la forma de salir.

—Sí, eeeeh… —La respiración de Juan se aceleró—. Vale, discúlpame, soy medio gallina.

Lucía trató de sostenerlo con un abrazo torpe, mientras el agua les llegaba al pecho. En un arrebato, miró la parte más alta de la pared, adivinando que tal vez existía alguna oquedad secundaria. “Tendremos que sumergirnos y tantear,” pensó. Pero la oscuridad era densa. Sentía la angustia de no poder respirar en unos minutos.

19

EL AGUA HABÍA SUBIDO hasta el pecho de Lucía y Juan en aquella cueva rocosa, un rincón apartado de la costa alicantina donde el misterioso inversor los había encerrado. Con la marea ascendente, la posibilidad de un escape parecía cada vez más remota, y la penumbra aumentaba el terror. Lucía, con la espalda pegada a la pared, sintió un escalofrío mortal al notar cómo la espuma salada ya le rozaba el cuello.

—Juan, si hemos de morir, dime algo bonito —dijo ella con un humor forzado.

Juan, asustado pero fiel a su vena cómica, contestó:

—Eres la segunda mejor investigadora que conozco, Lucía. El primero soy yo, claro. —Soltó una risa agria—. Vale, quizá no era tan bonito…

Un leve chapoteo indicaba que la cueva se estrechaba más. Cada vez que intentaban reptar por la pared superior, las rocas mojadas se resistían a su agarre. Lucía cerró los ojos, intentando no hundirse

en la desesperación. De pronto, escucharon un sonido exterior: motor de barca acercándose. Se tensaron. "¿El asesino vuelve para rematarnos?" pensó ella, con un nudo en el estómago.

Pero la voz que resonó en la entrada de la cala era la de Salvador, el barquero que se había visto obligado a huir. Jadeante, gritó:

—¡Lucía! ¡Juan! ¿Estáis ahí? Responded…

Aun en su penosa situación, Lucía y Juan se miraron con una mezcla de alivio e incredulidad. El barquero, a pesar del miedo que había mostrado, había decidido volver. Con el agua al cuello, Lucía forcejeó para alzar la voz:

—¡Aquí! ¡Rápido… nos… ahogamos!

Salvador maniobró la barca cerca de la entrada rocosa. Con una linterna, iluminó el pasadizo. El tiempo apremiaba: la marea ya cubría parte de sus rostros. Con ayuda de una cuerda, y tras un forcejeo angustioso, salieron a la superficie. Lucía cayó de rodillas sobre la cubierta, empapada, con la sal en los labios y el pecho agitado. Aún no podía creer que respiraba.

—Creí que esa gruta sería nuestra tumba —susurró, mirando el cielo abierto.

Juan le tendió la mano.

—Y resultó ser la salida.

El barquero los ayudó a subir, y un reflujo de agua salada salpicó todas direcciones.

Tiritando y empapados, se dejaron caer en la embarcación. Lucía, tosiendo, agradeció con un susurro:

—Nos has… salvado la vida.

Salvador, con gesto acongojado, respondió:

—No podía dejarlos morir. Me sentí un cobarde por abandonaros antes. Luego reuní valor y busqué ayuda en la policía, pero tardaron en creerme. Les conté dónde estabais, y vengo a ver si lograba sacarlos.

Juan, aterido de frío, soltó una risa nerviosa:

—¿Te costó convencerlos? Vamos, hombre, con tu carisma habrías reclutado un ejército en un plis-plas…

Salvador suspiró:

—Lo lamento. Hice lo que pude. Vamos, debo llevaros a la orilla. La Guardia Civil también se dirige aquí, aunque un poco tarde.

De ese modo, con la barca meneándose, Lucía y Juan se vieron liberados de la muerte inminente. Su momento más bajo quedaba atrás, sustituido por la adrenalina del rescate. Aun no podían creer que hubieran sobrevivido. Si Salvador no hubiera vuelto, la cueva los habría sepultado en sus aguas.

—¿El asesino se fue? —preguntó Lucía, frotándose los brazos helados.

—Sí, no lo vi más. Partió hacia otra parte de la costa. —Salvador los miró con pesar—. Lo siento, amigos. Ojalá la policía lo atrape.

Juan lanzó un bufido:

—Lo atraparemos, con su yate lujoso y su acento de la capital. Y cuando lo hagamos, le daré un buen sermón sobre modales en la mesa.

Un destello de humor asomó a pesar de las circunstancias. La barca surcó las aguas de regreso a la zona del puerto, donde un par de agentes y un coche esperaban con sirenas apagadas. Al desembarcar, Lucía y Juan, exhaustos y temblando, tuvieron que

explicar someramente lo ocurrido: cómo siguieron al inversor, cayeron en su trampa y casi perecen en la cueva inundada. Uno de los agentes quiso llevarlos a un centro médico, pero ellos insistieron en que primero confirmarían la identidad del criminal.

—No podemos quedarnos callados —declaró Lucía, secándose la cara con una toalla que Salvador le ofreció—. Él es el asesino de Marcos. Tiene que quedar constancia.

Los agentes, entre confusos y alertados, pidieron detalles. Se generó un revuelo y comenzaron a pasar avisos por la radio, aunque no se tenía la identidad exacta del inversor. "Lo apellidamos Delgado o De la Vega," comentó Juan, recibiendo miradas escépticas. El plan sería intensificar la vigilancia en la costa. Con la entrada de la noche, el retén policial se reforzaría, y la guardia marítima patrullaría.

Al fin, Lucía y Juan, empapados, aceptaron ser trasladados a un puesto sanitario improvisado en la feria. Les revisaron la respiración, el pulso, confirmaron que, salvo hipotermia ligera, estaban bien. Aun con la conmoción, la voluntad de ambos se mantenía intacta:

—Es hora de revelar todo lo que sabemos —dijo Lucía a Juan—. Hablar con la policía, la prensa local si hace falta. Que no se entierre este caso.

Juan, aunque pálido y tosiendo un poco, asintió:

—Exacto. Y también debemos recabar más detalles para exponer a ese criminal. Pero, por favor, Lucy, déjame secarme y ponerme algo que no huela a sardina.

***

Tras un par de horas de reposo y con la ayuda de una manta que la Cruz Roja local ofreció, Lucía y Juan recuperaron algo de calor corporal. Empezaron a compartir con la Guardia Civil la información recabada: las palabras de Leandro sobre la venta ilegal del cuadro, la evidencia de la existencia de un inversor no empadronado, y la confesión que el mismo hombre les dio en la barca, admitiendo haber matado a Marcos para frenar su denuncia. Varios agentes escuchaban con gesto grave:

—De acuerdo, necesitamos rastrear a ese individuo. —Uno de ellos revisó archivos—. Quizá figure con otro nombre.

La noticia corrió y, al cabo de un rato, se supo que el misterioso inversor tenía vínculos con ciertos empresarios que aspiraban a comprar parcelas costeras en Altea. Con esa base, la policía localizó a un tal Javier Delgado (en realidad, "Gonzalo De la Vega" era un alias), un personaje con antecedentes de corrupción urbanística, al que se había visto "a ratos" por la feria, aunque actuando en segundo plano. De acuerdo con un concejal, Delgado planeaba pujar por el cuadro para legitimar una transacción mayor.

El logro final llegó en una maniobra de la Guardia Civil que, tras la presión de Lucía y Juan, estableció un operativo discreto en la marina de Altea, alertando a puertos cercanos. Al anochecer, se confirmó que un hombre con la descripción de Delgado intentaba salir en un yate privado, posiblemente para evadirse. Con los datos de la denuncia, los agentes interceptaron la embarcación en altamar y lo obligaron a regresar. Juan, enterado de la detención, exclamó con su humor:

—Menos mal, Lucy, ya temía que huiría con su lancha de lujo y dejaría de invitarnos a cócteles.

Ya de vuelta en tierra, Delgado quedó bajo custodia, y la policía comenzó el interrogatorio. Lucía y Juan, con la venia de la Guardia Civil, presenciaron la parte final. Delgado, un hombre de 45 años, porte elegante y un rictus de amargura, se vio acorralado por las pruebas y los testigos. Al verse sin escapatoria, aceptó hablar. Momento catártico: su confesión.

—Sí —dijo con voz árida—, maté a Marcos. Ese estúpido artesano descubrió que el cuadro no podía venderse legalmente: pertenecía a una familia que dejó el lienzo en prenda. Y planeaba denunciarlo antes de la subasta. Lo confronté, le ofrecí dinero, y se negó. Amenazó con exponer todo, arruinando la operación millonaria en la que invertía.

Lucía, conmovida y enfurecida, respiró hondo:

—¿Entonces lo citaste aquella noche?

—Lo embosqué, sí. Bastó un forcejeo y lo empujé contra la pared. Murió al golpearse la cabeza. —El hombre se estremeció—. No lo planifiqué tan fríamente, pero… una vez muerto, no pude echarme atrás. Lo dejé en ese callejón, tomando sus papeles, y luego… saboteé la feria para despistar.

Juan, agarrado a su característico humor, soltó un chasquido de lengua:

—¿Y pensabas quedarte con la costa, el cuadro, y de paso refrescarte con un gazpacho al sol?

Por primera vez, su voz perdió firmeza. Bajó la vista, derrotado. El brillo pulido de su reloj de lujo reflejaba la linterna del agente, como

un remanente ridículo de poder que ya no poseía.

—Me convenía que la culpa recayera en la gente visible: el chef, la galerista, el funcionario. Cualquier sospechoso local. Por eso hice pequeños actos: incendios, robos, notas amenazantes, robar en la galería… Quería desviar la atención y destruir documentos de Marcos.

La Guardia Civil, con la confesión grabada, confirmaba paso a paso cómo Delgado había manipulado escenas para incriminar falsamente a los más notorios, mientras él, invisible, tiraba de los hilos. Los viejos rumores de licencias, el caos en la feria, la subasta del lienzo… todo se revelaba como parte de un plan urdido para obtener enormes ganancias, si lograba callar al artesano.

El método quedaba claro: Delgado siguió a Marcos en la noche del crimen, lo confrontó, la cosa se complicó y, en un arrebato, lo mató. Luego, sembró confusión con actos de sabotaje y notas para asustar a Lucía y Juan, quienes se acercaban a la verdad. Su confesión demostró que se había valido de la complicidad de un par de contactos, pero sin involucrar directamente a Adrienne ni a los sospechosos principales que Lucía y Juan habían señalado erróneamente.

Con esto, la serie de pistas erróneas quedaba desenmascarada:

- El Chef aparecía como un blanco fácil por su mal genio y fricciones, pero no tenía vínculo real con Delgado.
- El Funcionario se veía cercano al escándalo de licencias, mas no participó en la conspiración; Delgado se había

limitado a sobornar a alguien menor.

- La Galerista lucía sospechosa por el cuadro, pero solo era una intermediaria desconocedora del trasfondo ilegal.

Lucía, aliviada, sintió un nudo al escuchar la verdad. Agradecía que el caso llegara a un cierre, pero recordaba el precio pagado: la vida de Marcos, el artesano que se alzó contra un fraude.

Pensó en el rostro amable de Marcos, en su pasión por los objetos antiguos, en su empeño por defender lo justo.

—No solo descubriste un crimen, viejo amigo —murmuró en voz baja, para sí—. Lo detuviste, incluso desde la tumba.

Juan, con su vena humorística, concluyó:

—*C'est fini,* Lucy —dijo Juan con una sonrisa agotada—. Delgado ya no podrá ocultarse entre los faroles de feria.

Ella asintió, la voz entrecortada:

—Marcos puede descansar. Y nosotros… por fin, dormir en paz.

Juan la miró, serio por un segundo.

—Gracias por no rendirte.

—Gracias por no dejarme sola.

En la distancia, la feria seguía su curso. Música, risas, y luces. Y entre todo ese bullicio, Lucía sintió que, esta vez, Altea volvía a ser un lugar seguro.

20

CON EL DETENIDO YA bajo custodia, Lucía y Juan contemplaron la plaza al anochecer. Se organizó una breve comparecencia de la Guardia Civil informando que el caso quedaba resuelto y que el principal sospechoso, foráneo a la comunidad, había sido arrestado. Los vecinos respiraban con alivio, y la feria recuperaba su aire festivo sin la sombra de un asesino suelto.

Entretanto, el chef Óscar y el funcionario Vicente, enterados de la noticia, se reunieron con Lucía y Juan en la plaza. Ambos mostraban un alivio notable y… un toque de reproche. Óscar bromeó con su sarcasmo:

—Veis cómo no me salía rentable matar a nadie. Con el restaurante tengo suficiente drama.

Lucía asintió con modestia:

—Lo siento, chef. Nos equivocamos al señalarte. Pero entiéndenos, todo apuntaba a roces en la feria.

El chef alzó los hombros:

—Bueno, perdonados. Al menos la gente verá que no engaño con pescado.

Vicente, por su parte, se mostró más diplomático:

—Aprecio que al final desenmascarasteis al verdadero culpable, aunque la acusación pública no me gustó nada.

Juan, con una inclinación de cabeza, soltó un matiz cómico:

—Tome un par de entradas VIP para mi próximo show de "Acusa a tu sospechoso." Aprendí la lección, no se repetirá.

El funcionario soltó una pequeña risa:

—Bah, la feria seguirá adelante. Y me alegro de que todo salga a la luz.

Con ese cruce de humor, los roces se zanjaron. Lucía se sintió en paz con la comunidad local, que la veía ahora como la forastera que, pese a los tropiezos, ayudó a descubrir la verdad.

La escena final de aquel día tuvo lugar en la galería de Adrienne, donde se supo que el cuadro, en realidad, era legítimo en cuanto a su autoría, pero no podía subastarse por razones de herencia. Delgado había planeado forzar la venta simulando permisos que no existían. Con Delgado capturado, la familia reclamante y la galería concluyeron que, tras un acuerdo legal, la obra se quedaría como patrimonio cultural en Altea.

Lucía y Juan acudieron a la galería para comunicar su despedida y confirmar la inocencia de Adrienne. Al verla, Lucía notó que la francesa lucía radiante, pues el caso quedaba resuelto y su nombre quedaba limpio.

—Me alegro de que descubrierais al auténtico criminal —dijo Adrienne, con una sonrisa—. Siento tanto la desconfianza.

Lucía carraspeó:

—Yo también lo siento, te señalé sin pruebas. —Le tendió la mano en gesto de reconciliación—. Eres inocente, y me alegra. Perdona si fui brusca.

Adrienne la miró y correspondió al apretón:

—Tranquila, lo entiendo. Fue un tiempo convulso. Al final, el cuadro no saldrá a subasta, pero al menos quedará aquí como testimonio de la historia local.

Juan, con una chispa divertida, comentó:

—Bueno, si necesitas un columnista para glorificar tu galería, ya sabes a quién llamar. Mi talento literario se cotiza alto, pero por ti podría hacer precio de amigo.

Adrienne rió, agradecida. Lucía notó la ternura en las miradas de ambos, aunque no había confirmación de un romance. Aun así, la fricción y el recelo se disolvían, abriendo la puerta a una posible amistad o algo más. Juan aceptaba que Adrienne era inocente, y ella, liberada de sospechas, podía permitir un atisbo de acercamiento genuino.

—¿Os quedáis en Altea unos días más? —inquirió la galerista.

Lucía negó con suavidad:

—Probablemente nos iremos pronto. Nuestra misión terminó, y necesitamos descansar. Hemos pasado mucho susto.

Juan intervino con humor:

—Yo, por si acaso, practicaré natación en cueva, así me preparo para nuestra próxima aventura letal.

Adrienne y Lucía soltaron una carcajada conjunta, aliviando la tensión acumulada. Era un cierre relajado tras tanto caos. Las

amenazas de Delgado ya no pendían sobre ellos, y con la ayuda de la policía local, se esperarían esclarecimientos legales que exonerarían a la feria y a la galerista de cualquier escándalo.

Así, la muerte de Marcos se aclaraba: un inversor foráneo, intentando forzar una compraventa ilegal, lo silenció por miedo a perder su negocio multimillonario. La manipulación de pistas, incendios y robos sirvió para desviar sospechas hacia los personajes más visibles (el chef, la galerista, el funcionario), confundiendo la comunidad y a los propios Lucía y Juan. Hasta que la perseverancia de estos —y cierta dosis de humor y suerte— reveló la verdad.

Al despedirse de Adrienne, Lucía sintió un enorme descanso. La subasta, en la cual Marcos habría revelado sus hallazgos, no se llevaría a cabo tal cual. El lienzo quedaría en la iglesia o en el museo local, y la familia original quizás recuperase derechos. El plan de Delgado fracasó, y su método de homicidio quedó expuesto: asfixió o golpeó a Marcos, disimulándolo como un accidente en un callejón. Con la confesión grabada, la justicia seguiría su curso.

Con la tormenta amainada, Lucía y Juan salieron por la puerta, contemplando el ocaso que bañaba Altea en tonos dorados.

Más tarde, en la plaza, una artesana tejía a la sombra, un niño le ofrecía un dibujo a Juan, y el panadero —que antes miraba con desconfianza— le regalaba a Lucía una bolsa de rosquilletas.

—Para la vuelta —le guiñó el ojo—. Y por si investigan en otro pueblo.

Aún quedaba la feria en su recta final, con bailes y demostraciones, pero para ellos la aventura había concluido. Juan, retomando su vena graciosa, soltó:

—Oye, Lucy, la próxima vez que investiguemos un crimen, ¿podríamos escoger un sitio sin mar ni barcas? Tal vez en un pueblecito de montaña. Estoy harto del chapuzón mortal.

Lucía rió, asintiendo:

—Hecho. La cueva de esta vez ya colma el cupo de sustos acuáticos.

Con esa ligereza, cerraron un ciclo. La asesina anónima resultó ser un hombre poderoso, con planes urbanísticos ilegítimos, ya bajo arresto. El malentendido con la galería quedaba resuelto, y las tensiones del ayuntamiento, si bien no desaparecían del todo, recuperaban la calma. Lucía sentía el cosquilleo de saberse en paz con la comunidad: Chef, Funcionario y Adrienne, exculpados; Delgado, culpable, purgando su crimen.

Aquella noche, la brisa marina acarició Altea con un sosiego renovado. Lucía y Juan, de la mano de su humor y su amistad, certificaron que el caso de Marcos no quedaría impune. El tiempo diría si Altea recordaría esta feria como la del "asesinato y la subasta fallida," o como la justa en la que la verdad salió a flote a pesar de las amenazas. Y, en su fuero interno, Lucía se admitió con un suspiro:

"He aprendido tanto… ojalá que, para la próxima, no me equivoque tanto en mis sospechas".

Y mientras el último farol de la feria parpadeaba sobre el empedrado, Lucía supo que, aunque la duda a veces nublara la vista, su instinto —ese que combinaba lógica, coraje y corazón— siempre la llevaría a la verdad.

21

LA FERIA DE ALTEA alcanzaba su apogeo: la música de charanga sonaba en la plaza mayor, los puestos de artesanía bullían de visitantes y en la zona de cocina en vivo se ofrecían degustaciones de fideuà y arroz a banda con vino local. Lucía y Juan, tras salir airosos del peligro en la cueva y ayudar a la Guardia Civil a identificar al culpable —un inversor foráneo que manejaba varios alias—, regresaban a la plaza para presenciar la clausura oficial del evento. Pensaban que todo había terminado después de que el asesino confesara parte de sus delitos y fuera retenido por las autoridades.

Sin embargo, sus vivencias los habían vuelto cautelosos. Tras el rescate en la cala, habían entendido que el asesino (o uno de sus cómplices) todavía podía apostar un último movimiento desesperado. La subasta del cuadro se canceló de forma oficial en el último momento, pues salieron a la luz los documentos que invalidaban la venta, y la familia legítima reclamaba la obra. El

revuelo, sumado a la detención de Delgado/De la Vega, apuntaba a un final feliz. Lucía, siempre precavida, recorría los pasillos de la feria con la antena levantada.

—El ambiente es de jolgorio total, Lucy —dijo Juan, con ese humor que lo caracterizaba—. Hasta yo olvidé por un minuto que casi nos ahogamos como sardinas en lata. Ella rió, agradeciendo su tono ligero:

—Te lo mereces, James Bond costero. Pero no bajes la guardia, que la música nos confunde.

Mientras se movían entre la multitud, se encontraron con Adrienne junto a su galería, rodeada de un puñado de vecinos que la felicitaban. La subasta estaba suspendida, sí, pero se descubría el valor cultural de la pintura. Eso atraía mucha atención. Lucía intercambió con ella una mirada de complicidad y, aunque no se dijeron nada, confirmaron la paz que reinaba entre ellas. De pronto, un alboroto rompió la placidez.

—¡La Guardia Civil pide paso! —Gritó alguien a lo lejos.

La muchedumbre se apartó, dejando ver a un par de agentes corriendo, perseguidos por otra figura… o persiguiendo a alguien. Lucía se alzó de puntillas y distinguió en la confusión al mismísimo Delgado —que creían ya bajo custodia— forcejeando con los agentes. Al parecer, una trifulca en comisaría le permitió escapar por unos minutos. Alcanzó a codear a uno de los guardias, intentando mezclarse en la muchedumbre.

La gente entró en pánico: la música se cortó, y el pánico silencioso se convirtió en gritos y carreras, pues nadie quería quedar atrapado en un tiroteo. El asesino echó a correr en dirección a un escenario

improvisado, abriéndose paso bruscamente. Uno de los agentes gritó:

—¡Quieto ahí, Delgado! ¡La tienes perdida!

Para infortunio de Delgado, Lucía y Juan se hallaban justo en el pasillo que él quería atravesar. La mente de Lucía, aun con el susto, reaccionó rápido. Tomó a Juan del brazo y susurró:

—¡Ese tipo no puede escapar de nuevo!

Juan, con su humor cuando se pone nervioso, contestó:

—Ya me duché dos veces hoy. No pienso perderlo otra vez…

Se abalanzaron en un intento de cortarle el paso, y Delgado, viéndolos, lanzó una maldición por lo bajo:

—Otra vez vosotros, malditos sabuesos… ¡A un lado!

Los intentó empujar, mas Lucía se agarró a su brazo con determinación. Juan, con un ademán algo cómico, le puso el pie delante: un discreto "tropezón" que hizo a Delgado tambalear. Los agentes aprovecharon el instante para reducirlo contra el suelo. Uno gritó "¡Suelta el arma!", y otro le inmovilizó con las esposas. Delgado aulló de furia, retorciéndose.

—¡Nos vemos en el infierno! —vociferó, mirando con rencor a Lucía y Juan, que jadeaban tras el forcejeo.

Los vecinos que se habían dispersado vieron la escena y, al comprobar que la Guardia Civil lograba inmovilizarlo, se acercaron poco a poco. Algunos vitorearon, otros se santiguaron, aliviados de ver al asesino capturado en plena feria, ante todos los testigos. El chef Óscar y la artesana de pelo canoso se aproximaron con curiosidad. El funcionario Vicente llegó, con los ojos desorbitados, sin creer que Delgado hubiera vuelto a causar caos. Se sumaba así

un desenlace aún más dramático: el asesino intentaba una última huida.

Juan, con su humor de siempre, comentó, respirando con dificultad:

—Es la segunda vez que este tipo nos complica el día, Lucy. Al menos no nos dejó otra cueva mortal.

Lucía rió con un temblor de adrenalina:

—Ni hablar. Hoy dormiremos en una cama seca, si no te importa.

Adrienne, acercándose, miró la escena con asombro y alivio:

—Menos mal que se acabó, ¿no?

Los agentes arrastraron a Delgado a un punto resguardado, haciendo un cordón de seguridad, para concluir la detención formal. Lucía y Juan, tras sus testimonios previos, se erigían como testigos clave. El asesino, con la rabia al tope, bramaba palabras contra la "ineficacia" de los locales, tildando de "insignificantes" a Lucía y Juan. Sin embargo, la muchedumbre se agolpó para ver el epílogo de lo que muchos consideraban una novela policíaca en vivo.

El oficial que lideraba la comitiva tomó la declaración final de Delgado y enumeró los cargos: homicidio de Marcos, sabotajes en la feria, amenazas y resistencia a la autoridad. Entre forcejeos, el inversor lucía derrotado. El público murmuraba, y uno de los guardias, con un megáfono, pidió calma, explicando que el "principal sospechoso" estaba controlado.

Lucía se sintió en la cumbre de la victoria, recordando cuántas veces se había equivocado, acusando erróneamente a inocentes. Ahora, en presencia de la gente, se esclarecía que ni el chef ni Adrienne ni el funcionario eran culpables. El momento catártico

surgió: varios vecinos se acercaron a Lucía y Juan, dando palmaditas en la espalda. "¡Menos mal que no paramos de investigar!", exclamó un artesano. "Ya decía yo que la culpa no era del chef", intervino un hombre con sombrero.

Los hilos del enigma, a su vez, se entretejían en la voz de la propia Guardia Civil, que explicaba a la prensa local y al público:

—El difunto Marcos descubrió papeles que demostraban la propiedad familiar del cuadro y que impedían la compraventa de terrenos costeros. El señor Delgado, temiendo perder un negocio millonario, cometió el asesinato y generó distracciones. Los sabotajes, incendios e intentos de incriminar a terceros fueron estrategia para desviar la atención.

Un locutor local, con una cámara de vídeo, entrevistó a Lucía y Juan, pidiéndoles en directo su versión de los hechos. Juan, con una sonrisa canalla, soltó una de sus bromas:

—Bueno, más que detectives, somos periodistas aficionados con un don para tropezar con cadáveres… y con trampas marinas. —Miró a Lucía—. Pero si algo aprendí es que no me conviene comer paella cerca de gente con planes oscuros.

Lucía se carcajeó, y el locutor quiso saber cómo se sentía la joven al haber desenmascarado al culpable. Ella, recuperando la serenidad, dijo con sencillez:

—Lo hicimos por la memoria de Marcos y por la honradez de los vecinos de Altea. Este lugar merece brillar por su gastronomía y su arte, no por un crimen.

Aplausos espontáneos surgieron de los artesanos y lugareños que seguían la escena. Chef Óscar, sonriendo con cierto alivio, resumió a

un grupo de turistas:

—¿Lo veis? Yo solo cocino fideuà, no cuezo cadáveres. Podéis comer en mi restaurante con total seguridad.

La gente vio cómo la supuesta rivalidad del chef, la sospecha del cuadro en la galería y la actitud esquiva de Vicente no eran más que carnadas plantadas por el verdadero antagonista. Había querido involucrar a los más notorios para eludir su propia exposición. Una jugada perversa que, a fuerza de perseverancia, Lucía y Juan desmontaron, aunque con tropiezos, por el camino.

Entre la multitud, Lucía reconoció a la artesana de pelo canoso, con lágrimas de emoción, y al funcionario Vicente, que se limpió el sudor de la frente, dichoso de quedar libre de toda sospecha. Adrienne, por su parte, asistía a la escena con el lienzo ya resguardado, dispuesta a devolverlo a la familia original. Todos comprendían ahora que Delgado había tejido su plan de venta ilegal usando intermediarios, intentando corromper con dinero, y que, cuando Marcos se cruzó en su camino, no dudó en eliminarlo.

***

La noche avanzó con un aire de celebración. Varios lugareños coincidían en que Altea debía demostrar su verdadero carácter, de modo que el festival cerrara con un broche de paz y alegría. La gastronomía y el arte, libres de la sombra del crimen, se adueñaron de la plaza. Los cocineros prepararon una paella gigante para compartir, y en el escenario se presentaron danzas folclóricas con trajes tradicionales.

Lucía y Juan, tras terminar con los trámites policiales, se reintegraron al ambiente. Aún empapados de emociones, se sintieron de pronto más livianos. El chef Óscar les brindó un plato de arroz a banda en señal de reconciliación total, y un funcionario del ayuntamiento los felicitó por su valentía. La artesana de pelo canoso les regaló un pequeño colgante hecho a mano, agradeciendo su constancia.

—Este pueblo no se olvidará de vosotros —les dijo, sonriendo.

Mientras el jolgorio continuaba, Adrienne se acercó a Juan con un cálido reconocimiento:

—Gracias por creer en mi inocencia, a pesar de todo. Siento si te llevé a sospechas cuando ocultaba detalles del cuadro. No sabía que hubiese un plan tan turbio detrás.

Juan, con su habitual ironía amable, respondió:

—Tranquila. Al fin y al cabo, me regalaste unos ratos memorables, entre sofás de tu galería y casi muertes en cueva submarina. ¿Qué más podría pedir?

Ella rió con genuina alegría. El flechazo que se insinuaba estaba ahí, aunque el futuro era incierto. Lucía vio la escena con ternura y cero celos, satisfecha de que la subtrama romántica se acomodase en un punto dulce. "Quizá queden en buenos términos, o surja algo más," se dijo, dispuesta a no entrometerse.

La gastronomía local y el arte brillaban sin sombra de crimen ni sospechas. El equilibrio estaba restaurado. Incluso el cuadro en disputa encontró un desenlace adecuado: quedaría expuesto en el museo municipal, rindiendo homenaje a la memoria de Altea y, de manera simbólica, a la valentía de Marcos. Con Delgado arrestado,

nadie temía ya la manipulación de la subasta ni la compra ilegal de terrenos costeros.

Al día siguiente, en una plaza más tranquila tras la resaca de la clausura, Lucía y Juan se dispusieron a partir. Con su equipaje ligero, se acercaron a la estación de autobuses que los llevaría a su siguiente destino. Juan, con el portátil bajo el brazo, comentó con sorna:

—Creo que mi artículo para *Vanidades* se titulará: "Altea: Sabores, Arte y un Homicidio Frustrado." Claro, con un toque chic para no asustar a los lectores.

Lucía rió:

—No suena muy cozy, pero describirás el drama perfectamente. Yo, por mi parte, he decidido que esta experiencia será el esqueleto de mi próxima novela de misterio.

Juan soltó un suspiro aliviado:

—Espero que la bautices con un nombre decente. "Asesinato y arroz a banda" me suena un pelín… recetario de terror.

—Tomaré nota, gracias —contestó ella, con ironía—. Quizás lo llame: "Sabores mortales en Altea," ya veré.

Bromearon mientras subían al autobús. La artesana de pelo canoso y un par de vecinos se acercaron a despedirlos con abrazo breve y un "hasta siempre." Altea recuperaba su paz, y Lucía y Juan sentían el doble regusto de haber sufrido tropiezos y tensiones, pero también la satisfacción de resolver el crimen, devolverle la armonía al pueblo y demostrar una vez más que su equipo era efectivo, a pesar de los bandazos iniciales.

—Altea se queda con un final feliz, supongo —dijo Lucía, apoyando la cabeza en el respaldo—. Y yo me voy con una historia de novela bajo el brazo.

Juan, mirando por la ventanilla, lanzó su chiste:

—Con lo que hemos vivido, Lucy… dirán que exageras si lo cuentas tal cual. Pero que lo digan. Yo lo volvería a vivir, contigo.

El autobús enfiló la carretera, y en la retina de ambos quedó la postal de la iglesia con cúpula azul que coronaba el casco antiguo. La muerte de Marcos dejó una huella dolorosa, sí, pero el asesino fue arrestado en plena feria, las licencias costeras salvadas de la especulación, la galería libre de sospechas.

Así, Lucía y Juan partieron, satisfechos de que Altea brillaría de nuevo sin la sombra del crimen y con la promesa de que la literatura y el periodismo se nutrirían de esta increíble aventura.

En el retrovisor, el reflejo dorado de la cúpula azul se mezclaba con el humo de una paella recién servida. Altea despedía a sus sabuesos con sabor a laurel, olas y justicia.

Para Lucía y Juan, solo quedaba una certeza: allá donde hubiera buena comida, gente entrañable… y un cadáver fuera de lugar, ellos terminarían metiendo las narices. Y disfrutándolo.

Sobre la autora

SOFÍA BLAKE es el seudónimo de una escritora mitad española, mitad americana, afincada en Alicante desde hace más de treinta años. Tras trabajar en marketing y publicidad para grandes marcas de cosmética, se dedica a su verdadera pasión: escribir *cozy mysteries* ambientados en lugares como Villajoyosa, Benidorm o Tabarca. Amante de los crímenes suaves, el humor sutil y los personajes entrañables, suele pasar desapercibida en Benidorm como una turista más… salvo cuando se la ve tomando notas detrás de unas gafas de sol sospechosamente grandes.

22

Otros libros



Serie ASESINATOS EN COSTA BLANCA (Lucía Santos y Juan Valdés)

Asesinato en Tabarca

Asesinato en Altea

Asesinato en Jávea